

**JOSTEIN GAARDER**

**El castillo  
de los Pirineos**

**Siruela Biblioteca Gaarder**

**JOSTEIN GAARDER**

**El castillo de  
los Pirineos**

 **Siruela**



**EL CASTILLO  
DE LOS PIRINEOS**

**JOSTEIN GAARDER**

Traducción del noruego de  
**Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo**

 **Siruela**  
Biblioteca Gaarder

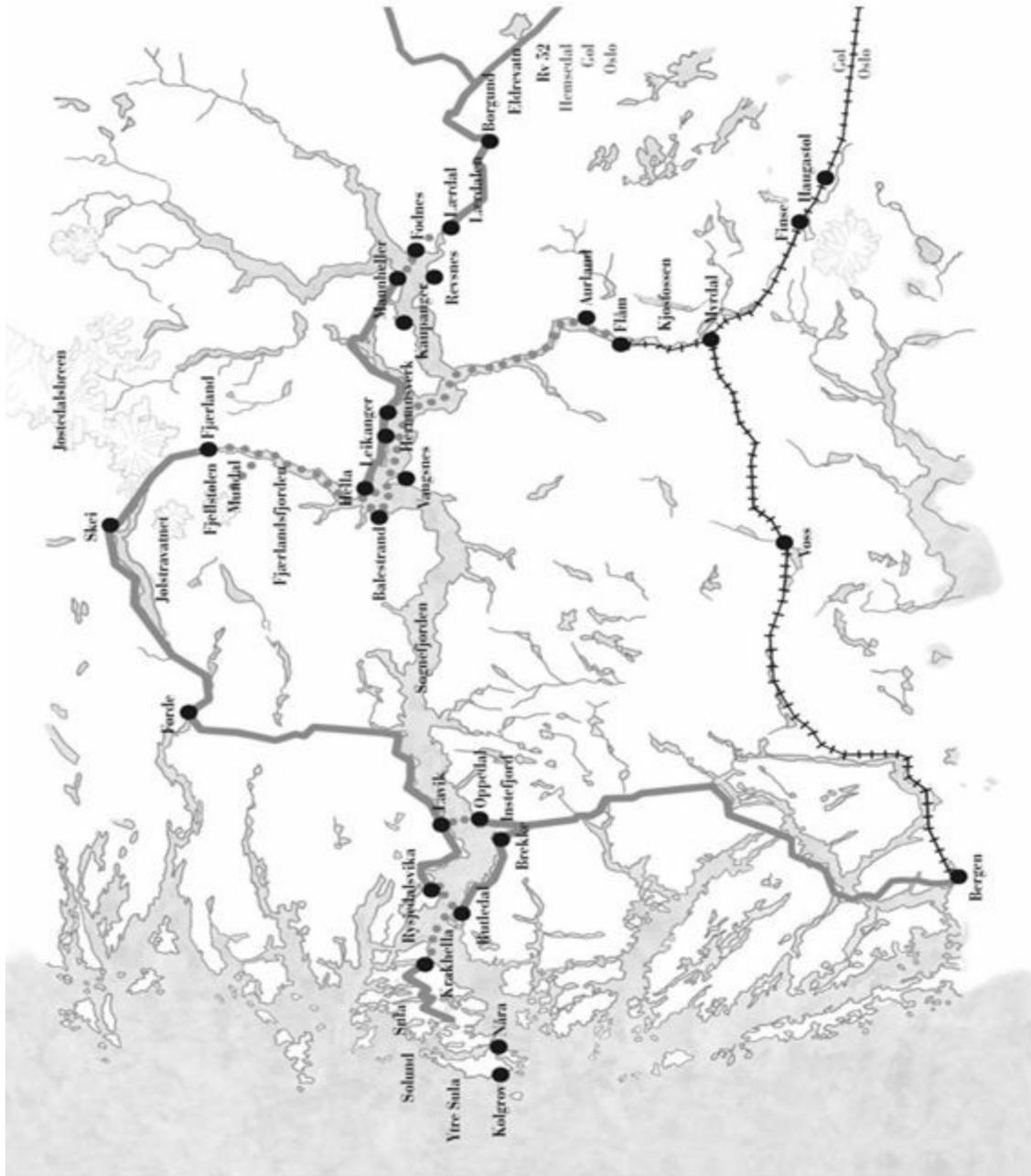
# Índice

## El castillo de los Pirineos

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX

Notas  
Créditos

## **El castillo de los Pirineos**



## I

Aquí estoy, Steinn. Fue mágico volver a verte. ¡Y justo allí! Te quedaste tan aturdido que casi te caes de espaldas. Aquello no fue una «casualidad». ¡Intervinieron las fuerzas! ¡Las fuerzas!

Pudimos disfrutar de cuatro horas para nosotros solos. Aunque, para decir la verdad, después Niels Petter no estaba muy contento que digamos. No abrió la boca hasta que llegamos a Førde.

Tú y yo nos fuimos derechos valle arriba. Media hora después nos encontrábamos de nuevo en la arboleda de abedules...

Ninguno de los dos dijimos ni una palabra durante el paseo. Sobre *aquello*, quiero decir. Hablamos de un montón de cosas, pero no de eso. Igual que entonces. Éramos incapaces de enfrentarnos juntos a lo que había sucedido. Así se nos secó la raíz, tal vez no la tuya, ni la mía por separado, sino la de los dos como pareja. Aquella vez hace tantos años ni siquiera conseguimos darnos las buenas noches. Recuerdo que esa última noche dormí en el sofá. Y recuerdo el olor a ti, fumando en la habitación contigua. Me parecía ver tu nuca inclinada a través de la pared y la puerta cerrada. Estabas inclinado sobre el escritorio fumando. Al día siguiente me marché de la casa, y no nos volvimos a ver en más de treinta años. Resulta increíble.

Y de repente nos despertamos tras un sueño de Bella Durmiente de años y años, ¡como con el mismo y milagroso despertador! Y los dos vamos de nuevo a ese lugar, sin saber que el otro está haciendo lo mismo. El mismo día, Steinn, en un nuevo milenio, en un nuevo mundo. ¡Qué te parece! ¡Después de más de treinta años!

¡No me digas que es una casualidad! ¡No me digas que no existe la Providencia!

Lo más surrealista de todo fue cuando de repente salió a la terraza la dueña del hotel, que entonces era la joven hija de la casa. También por ella habían pasado treinta años. Creo que se encontró con el mayor *déjà-vu* de toda su vida. ¿Recuerdas lo que dijo? Cuánto me alegro de que sigáis juntos. Esas palabras fueron hirientes, a la vez que algo cómicas, teniendo en cuenta que tú y yo no nos veíamos desde una mañana a mediados de los setenta, en que cuidábamos a las tres niñas de la mujer. Era un favor que le hacíamos en agradecimiento por habernos prestado las bicicletas y una radio.

Me están llamando. Es una noche de julio y estamos aquí, junto al mar, pasando las

vacaciones como manda la tradición. Creo que ya han puesto algunas truchas en la barbacoa, y Niels Petter entra a servirme una copa. Me concede diez minutos para acabar lo que estoy haciendo, y necesito esos minutos porque tengo que pedirte algo importante.

¿Podemos llegar al acuerdo solemne de borrar todos los correos electrónicos que nos enviemos, conforme los vayamos leyendo? Quiero decir inmediatamente, enseguida, y claro, ni pensar en imprimirlos.

Me imagino este nuevo contacto como una vibrante corriente de pensamientos entre dos almas más que como un intercambio de cartas que quedarían tras nosotros para siempre. Así podremos permitirnos el lujo de escribir sobre cualquier asunto.

Están además nuestros cónyuges e hijos. No me gusta la idea de tener almacenada cualquier cosa en el ordenador.

No sabemos cuándo nos marcharemos. Pero un día escaparemos de este carnaval con todas sus máscaras y roles, dejando sólo unos fugaces accesorios tras nosotros, antes de que también ellos sean barridos del escenario.

Saldremos del tiempo, saldremos de lo que llamamos la «realidad».

Transcurren los años, pero nunca me abandona el miedo de que algo relacionado con lo que sucedió aquel día vuelva a aparecer de repente. Tengo la sensación de que algo me pisa los talones, como si alguien estuviera a punto de atraparme.

No me olvido de las luces azules de Leikanger, y aún hoy me estremezco cada vez que noto que tengo un coche de policía detrás. Una vez, hace unos años, un policía uniformado llamó a mi puerta. Tuvo que darse cuenta del susto que me llevé. Sólo quería preguntar por una dirección en el barrio.

Seguramente pensarás que me preocupo innecesariamente. Además, ha prescrito cualquier responsabilidad penal.

Pero la vergüenza no prescribe...

¡Prométeme que lo borrarás!

No me dijiste por qué estabas allí hasta que nos sentamos en la ruinas de aquella vieja granja de verano. Intentaste contarme lo que habías hecho durante los últimos treinta años, y me explicaste lo de tu proyecto climático. Luego te dio tiempo justo a decir algo de un sueño muy intenso que habías tenido justo la noche antes de encontrar nos en la terraza. Un sueño cómico, dijiste, pero no pudiste decir nada más antes de que esas vaquillas vinieran brincando y nos echaran de allí, haciéndonos bajar de nuevo al valle. No volviste a decir nada sobre ese sueño.

Pero claro, el que tengas sueños cómicos forma parte de todo esto... Íbamos a dormir unas horas, pero estábamos demasiado nerviosos para dormir, y nos quedamos tumbados susurrándonos cosas con los ojos cerrados. Sobre estrellas, galaxias y cosas por el estilo. Sólo sobre cosas grandes, lejanas y superiores, por así decirlo...

Resulta extraño pensar en todo eso hoy. Aquello sucedió antes de que yo empezara a

*creer* en algo. Eso sí, justo antes.

Me están llamando otra vez. Sólo un último comentario antes de enviarte esto. El lago de entonces se llama Eldrevatnet, es decir, el lago de los Mayores. ¿No te parece un nombre extraño para un pequeño lago de alta montaña, lejos de la gente y del ganado? Quiero decir: ¿quiénes eran, en su tiempo, los «mayores» de ese lugar de allí arriba, entre picos y cormoranes?

Esta vez, viniendo en el coche con Niels Petter, no hacía sino mirar fijamente el libro de carreteras. No había estado allí desde entonces, y era incapaz de levantar la vista cuando llegamos al lago. Unos minutos después pasamos también por el otro lugar, me refiero al del precipicio, ése fue el punto más doloroso por el que pasamos.

Creo que no levanté la mirada del mapa hasta que nos encontramos abajo en el valle. Así aprendí un montón de topónimos que iba leyendo a Niels Petter en voz alta. Tenía que hacer algo. Temía derrumbarme y tener que contarle todo.

Luego llegamos a los nuevos túneles. Insistí en que fuéramos por ellos en lugar de pasar por la iglesia medieval y luego bajar hasta la vieja carretera a lo largo del río. Me inventé una tontería de que era tarde y que andábamos mal de tiempo.

Conque el lago de los Mayores...

La Mujer de los Arándanos sí que era «mayor». Al menos nos lo parecía entonces. Una señora mayor, decíamos. Una señora mayor con un chal carmesí sobre los hombros. Teníamos que asegurarnos de que habíamos visto lo mismo. Eso era mientras aún nos hablábamos.

La verdad es que ella tenía la misma edad que yo tengo hoy, ni más ni menos. Era lo que se suele llamar una mujer de mediana edad.

Cuando saliste a la terraza fue para mí como encontrarme conmigo misma en la puerta. Hacía treinta años que no nos veíamos. Pero no sólo eso. Tuve una sensación muy real de verme a mí misma desde fuera, desde tu punto de vista, quiero decir, y con tu mirada. De repente yo era la Mujer de los Arándanos. Una sensación inquietante se me vino encima.

Vuelven a llamarme para que salga. Ya es la tercera vez. Envío y borro. Un abrazo, Solrun.

Es como si tuviera que cuidarme de no escribir «tu Solrun», porque nunca llegó a haber entre nosotros una ruptura. Simplemente cogí algunas de mis cosas y me fui aquel día. Pero no volví nunca. Pasó casi un año entero hasta que te escribí desde Bergen para pedirte que embalaras mis cosas y me las enviaras, y ni siquiera entonces mencioné que se trataba de una ruptura formal, sino sólo que sería lo más práctico, después de llevar tanto tiempo al otro lado de las montañas, es decir, en Bergen. Pasaron aún unos años hasta que conocí a Niels Petter. Y ahora sé que transcurrieron más de diez hasta que Berit y tú os conocisteis.

Tú sí que fuiste paciente. Fue como si nunca dejaras de creer en nosotros dos del todo.

Yo, por mi parte, he tenido a veces la sensación de ser una bígama.

Jamás olvidaré lo que ocurrió arriba, en el puerto de montaña. Tengo la sensación de que no pasa ni una hora sin que piense en ello.

Pero luego ocurrió algo, en realidad algo maravilloso y esperanzador. Hoy lo considero un regalo.

Imagínate que hubiésemos sabido recibir juntos ese regalo. Pero estábamos aterrados. Primero caíste fulminado y yo tuve que consolarte. Luego te levantaste de repente y echaste a correr.

A los pocos días ya mirábamos cada uno hacia un lado. Habíamos perdido la habilidad o la voluntad de mirarnos a los ojos.

Nosotros dos, Steinn. Fue increíble...

¡Solrun, Solrun! ¡Qué bella eras! ¡Qué espléndida con aquel vestido rojo, de espaldas al fiordo, el jardín y la barandilla blanca!

Te reconocí al instante, claro que sí. ¿O estaba viendo visiones? No, eras tú, como esculpida de otra época.

Y que quede claro: no te asocié en ningún momento con la «Mujer de los Arándanos».

¡Qué bien que me hayas escrito! Durante las semanas que han pasado desde que volví a verte he albergado la esperanza de que lo hicieras. Fui yo el que sugerí que nos enviáramos correos, pero en el último momento fuiste tú la que dijiste que te pondrías en contacto conmigo cuando surgiera la ocasión. Y de esa manera la iniciativa estaba en tu mano.

Me resulta abrumador habernos vuelto a encontrar justo en ese mismo recoleto lugar de entonces. Era como si hubiéramos vivido con un acuerdo ancestral de volvernos a reunir justamente allí y entonces. Pero no teníamos tal acuerdo. Fue una exuberante casualidad.

Yo salía del comedor con una taza de café en un plato y me llevé tal sorpresa que se me cayó un poco de café y me quemé la muñeca; tienes razón al decir que apenas conseguí mantenerme en pie, pues tuve que sujetar la taza para que no se fuera al suelo.

Saludé escuetamente a tu marido, al que le entró una repentina necesidad de ir a por algo al coche, y así tú y yo pudimos intercambiar un par de frases. En ese momento llegó la dueña del hotel, tal vez me hubiera visto pasar por la recepción y me reconociera de treinta años atrás, de cuando su madre era la jefa del hotel.

Ella nos vio muy compenetrados y nos tomaría por un matrimonio de mediana edad que en un tiempo remoto habíamos estado allí de novios, antes de establecernos y vivir juntos toda una vida —he intentado imaginármelo— y que, por fin, tal vez por un arrebató de nostalgia, habíamos vuelto al escenario de nuestra aventura juvenil. Y luego, después del desayuno, salimos a la terraza, aunque, claro está, acordés con los tiempos, los dos habíamos dejado de fumar, faltaría más, pero salimos a contemplar el haya roja, el fiordo y las montañas. Porque así lo hacíamos siempre entonces.

Habían reformado la recepción del hotel y también habían puesto un nuevo café para la gente de paso. Pero los árboles, el fiordo y las montañas eran las mismas. También lo eran los muebles y los cuadros del salón de la chimenea, incluso la mesa de billar estaba exactamente igual que entonces, y dudo de que el viejo piano se haya afinado alguna vez. Tocaste a Debussy en ese instrumento, y algunos nocturnos de Chopin. No se me olvida cómo los demás huéspedes se agrupaban en torno al piano para escucharte, y que te aplaudían mucho.

Habían transcurrido treinta años, pero el tiempo apenas se había movido.

Acabo de olvidarme del único verdadero cambio. ¡Los túneles eran nuevos! En aquellos tiempos llegabas en barco y te ibas en barco. No había otra posibilidad.

¿Te acuerdas del alivio que sentimos cuando supimos que había llegado el último trasbordador? El pueblo entero quedó cerrado al exterior, y pudimos aprovechar lo que quedaba de tarde, la noche y la mañana siguiente antes de que el trasbordador *M/F Nesøy* saliera por el fiordo para volver más tarde con nuevos pasajeros. Una tregua, dijimos. Si hubiera sido hoy, habríamos estado sentados en la terraza toda la noche mirando los coches que salían del túnel. ¿Se dirigirían todos hacia el oeste o se desviaría alguno donde el Museo Glaciar para venir a recogernos? Para arrestarnos, quiero decir.

Por cierto, me había olvidado de que un día cuidamos a sus hijas. Como ves, no me acuerdo de todo.

Me parece estupenda tu sugerencia de borrar los correos electrónicos inmediatamente después de haberlos leído, contestar a continuación y borrar la respuesta en cuanto se haya enviado. Tampoco a mí me gusta tener demasiados asuntos almacenados en el disco. A veces resulta liberador airear pensamientos y asociaciones. En nuestros días se almacenan y se guardan demasiadas palabras, en la red, en lápices de memoria o en discos duros.

Ya he borrado el correo que me enviaste, y ahora me he sentado cómodamente a contestarte. Debo reconocer que lo de borrar también tiene sus desventajas, porque ahora, en el momento de escribirte, echo de menos la posibilidad de volver a leer alguna de tus frases. Tendré que fiarme de mi memoria, y así ha de continuar nuestro intercambio de correos electrónicos.

Insinúas que detrás de nuestro flagrante reencuentro en la terraza del hotel puede haber fuerzas sobrenaturales. Respecto a asuntos de esa índole debo decirte desde el principio que me expresaré con la misma sinceridad que en aquella ocasión. No puedo sino considerar esa clase de coincidencias como sucesos casuales, detrás de los que no hay ni una voluntad ni una «providencia». Cierto es que en este caso se trató de una enorme coincidencia nada trivial. Tenlo presente todos esos días en los que no ocurre nada parecido.

Aun arriesgando animar tu tendencia a lo oculto, voy a confesarte algo. Cuando el autobús en el que llegué salió del largo túnel en Bergshovden, el fiordo estaba como empaquetado en niebla, y no veía nada debajo de mí. Veía las cimas, pero tanto el fiordo como los valles estaban como borrados del paisaje. Luego entramos en otro túnel, y cuando salimos me encontraba ya debajo de la capa de nubes. Veía el fiordo y los fondos de los tres valles, pero ya no podía avistar las laderas de las montañas.

Pensé: ¿Estará ella? ¿Vendrá ella también?

Y llegaste. A la mañana siguiente estabas en la terraza con un vestido casi de niña cuando salí del comedor balanceando una taza rebosante de café.

Tuve la sensación de que te había creado allí, en ese instante, en ese lugar, como si hubieras salido de mi imaginación, como si te hubiera colocado en ese viejo hotel de madera justo ese día. Era como si nacieras en esa terraza, como si nacieras de mi recuerdo y mi añoranza.

Ahora bien, tampoco es de extrañar que te tuviera tan presente en mis pensamientos, pues me encontraba de nuevo en aquello que tú y yo habíamos llamado un «recoleta lugar erótico». Pero el que llegáramos al mismo tiempo claro que no era más que una increíble casualidad.

Había desayunado en el comedor del hotel pensando en ti, mientras bebía el zumo de naranja y picaba el huevo pasado por agua. Me sentía muy aturdido tras el impresionante sueño que había tenido, así que me llevé el café a la terraza. ¡Y zas! ¡Allí estás tú!

Me dio pena tu marido. Sentí mucha simpatía por él cuando una hora más tarde tú y yo le dimos la espalda y subimos juntos a la montaña, en soledad dual.

La manera en la que andábamos y empezamos a conversar se me antojó una dulce réplica de aquella vez en que, de jóvenes, estuvimos allí. El valle era el mismo, y, como te dije: tú aún pareces joven.

Pero yo no creo en el destino, Solrun. Decididamente no.

Vuelves a mencionar a la «Mujer de los Arándanos». Con ello tocas uno de los sucesos más extraños que he vivido. Porque no la he olvidado, y tampoco niego que fuera real. Pero espera un momento. Fui testigo de algo camino de casa.

Cuando vosotros os habíais marchado, yo me quedé para estar presente en la inauguración del nuevo centro climático a la mañana siguiente. Te dije que me tocaría pronunciar un pequeño discurso durante el almuerzo. El viernes por la mañana me fui en el barco expreso de Balestrand a Flam, y después de estar allí un par de horas, cogí el primer tren para Myrdal y luego me vine a Oslo.

Como sabes, justo antes de llegar a Myrdal, el tren se detiene junto a una imponente cascada llamada Kjosfossen. A los turistas casi los obligan a salir del tren para sacar fotos de la cascada o al menos echar un vistazo a esa espumeante catarata.

Mientras estábamos en el andén, en la ladera de la derecha de la cascada apareció de repente una *hulder*, una diablesa. Fue como si saliera de un salto de la nada. Desapareció igual de repente, pero sólo durante una fracción de segundo, porque volvió a aparecer a unos treinta o cincuenta metros de distancia.

Eso se repitió varias veces.

¿Qué me dices? ¿Acaso esa clase de subterráneos no están sujetos a las leyes naturales?

Ahora bien, no saquemos conclusiones precipitadas. ¿Vi visiones? Vamos a ver: había allí unas doscientas personas que vieron exactamente lo mismo que yo. ¿Fuimos todos testigos de algo sobrenatural, de un auténtico duende o espíritu de la naturaleza? No, no... era algo preparado para los turistas, claro está, y lo único que ignoro

respecto del suceso es lo que le pagan a la chica por hora.

Pero ¿me he olvidado de algo? Sí, porque fuera como fuera, esa chica no se movía de un modo natural por el paisaje, sino que saltaba de lugar en lugar a la velocidad del rayo. Eso también, sí, sí. ¡Era un truco! No conozco el número exacto de «diablas» que actuaban aquella tarde en Kjosfossen. Supongo que eran dos o tres. Recibirían la misma paga, digo yo.

Escribo estas líneas porque ahora se me ocurre que aquella vez hace treinta años quizá hubiera algo en lo que no reparamos, pero que, en mi opinión, aún no es demasiado tarde tomar en consideración. También la «Mujer de los Arándanos» podría haber sido colocada allí. Pudo haber desempeñado un papel, pudo habernos gastado una broma, y tampoco es seguro que fuéramos las únicas víctimas de su existencia «arandanera» tan exhibicionista. En todas partes hay originales locales de ese tipo.

Pero me he olvidado de algo más, ¿no? También esta vez. No sólo parecía llegar de la nada y de ninguna parte. También fue como si simplemente se la tragase la tierra al término de su pequeña actuación. Y tal vez fuera exactamente eso lo que ocurrió. Tal vez fuera una bromista que se dejaba caer en un viejo foso de animales, o justo detrás de unos montones de hojas o algo por el estilo, ¿qué sé yo? Tú y yo no investigamos a fondo aquel suelo, la verdad es que salimos corriendo valle arriba, como si tuviéramos al mismísimo diablo en los talones.

A veces decimos: Si no lo veo, no lo creo. Pero tampoco es seguro que tengamos que creerlo ni siquiera al verlo. Algunas veces tenemos que frotarnos los ojos antes de pronunciarlos. Tenemos que preguntarnos cómo algo o alguien puede haber logrado engañarnos por completo. Nosotros no lo hicimos entonces. Estábamos aterrados. Estábamos además muy tocados por lo que había sucedido unos días antes. Si uno de los dos hubiera perdido los estribos, estoy convencido de que también los habría perdido el otro.

No debes sentirte rechazada. Me alegré mucho de volver a verte, y estos días sonrío un montón. No es que piense que haya algo indiferente o absurdo en esas casualidades. Pueden ser muy significativas simplemente porque nos emocionan y se nos quedan grabadas en la mente. Además, pueden resultar decisivas para lo que ocurra más adelante.

De todos los sitios posibles, tenía que ser ése el lugar de nuestro reencuentro. Y sin más, subimos de nuevo hasta Fjellstølen. ¿Quién habría dicho que algo así volvería a ocurrir?

Una marcha de cuatro horas no es mucho tiempo si se tienen pequeños encuentros, digamos una o dos veces al año. Pero cuando han pasado varias décadas, cuatro horas es mucho tiempo, y la diferencia entre ese único encuentro y nada se hace inmensa.

Vale, Steinn. Me alegra saber de ti. Pero a la vez se me viene a la memoria por qué nos separamos. Una de las razones fue que interpretamos de muy distinto modo ciertas cosas vividas por los dos. Otra, que siempre hablabas de una manera condescendiente de mi manera de interpretar las cosas.

Y sin embargo me resulta grato saber de ti. Te echo de menos. Dame un poco de tiempo y te responderé cuando esté de mejor humor.

No era mi intención mostrarme condescendiente, pero no soy capaz de recordar exactamente las palabras que usé. ¿Qué escribí? ¿No te dije que iba por casa sonriendo porque nos habíamos vuelto a encontrar?

Por cierto, hay algo más que quiero contarte. Me fui al fiordo en un trasbordador que tenía el mismo nombre que ese brazo del fiordo. Primero atracamos en Hella, donde en aquellos tiempos aparcamos nuestro miserable vehículo —resultaba muy extraño estar en cubierta y contemplar de nuevo aquel desembarcadero— y luego cruzamos el fiordo grande hasta Vangsnes, antes de dar la vuelta y desembarcar en Balestrand. Allí estuve haciendo tiempo, en la punta junto al hotel Kvikne, mientras esperaba al barco expreso que me llevaría a Bergen. Por fin llegó, aunque algo tarde, creo que con un retraso de media hora, y ¡cuando embarqué descubrí que el nombre del barco era *M/S Solundir*!

Me sobresalté. Pensé, claro está, en ti. No pensaba nada más que en ti desde que nos despedimos agitando los brazos en el viejo muelle unos días antes. Al ver el nombre me acordé de aquel verano en que visitamos a tu abuela en las islas de Solund. Ella se llamaba Randi, ¿no? ¿Randi Hjøneveg?

No sólo me puse a pensar, más bien lo llamaría entrar en un estado especial de conciencia, porque de repente se me vinieron encima un montón de viejas vivencias, imágenes vivas e impresiones de aquellos tiempos en que tú

y yo, con veinte años, estuvimos como una pareja en esa boca de mar. Parecían tráilers de película, de episodios que ya ni recordaba haber filmado, y no era cine mudo, no creas, pues era como si oyera tu voz, te oía reírte y hablarme. ¿Y no oía también la brisa y los gritos de las aves marinas? ¿Y no podía oler tu largo pelo negro? Olía a mar y a algas. No eran unos pensamientos normales y corrientes, pues me subían empujando por dentro como un géiser de felicidad reprimida, o llegaban como un flashback a aquellos tiempos que fueron nuestros tiempos.

Primero me encuentro contigo en ese viejo hotel de madera tras más de treinta años sin vernos, y cuando me marché de allí, lo hago en un barco llamado como ese pequeño pueblo isleño de donde es oriunda la familia de tu madre. ¿No me dijiste entonces que en realidad tú te llamabas así por ese pueblo? Por lo demás, hablábamos más bien de Ytre Sula, que era el nombre de la isla más adentrada en el mar, donde vivía tu abuela. ¡Solrun y Solundir! ¡No es de extrañar que me sobresaltara!

De todos modos no debemos dejarnos tentar a sacar conclusiones ocultas de semejantes casualidades. El barco llevaba simplemente el nombre de uno de los municipios costeros de la provincia en la que me encontraba, no era más raro que eso. De manera que me tranquilicé, pero me quedé sonriendo en cubierta.

¿O tú qué crees?

Ahora estoy aquí. En Solund, quiero decir. Estoy en la vieja casa de Kolgrov, mirando los islotes. Lo único que me quita algo de vista en este momento son unas piernas de hombre. Pues Niels Petter está fuera subido en una escalera de aluminio pintando los marcos de las ventanas del piso de arriba.

Cuando tú y yo bajamos de Fjellstølen aquel miércoles, a mi marido le entraron de repente las prisas y quería que nos marcháramos cuanto antes. Debíamos estar en Bergen al menos a la hora del último telediario, dijo.

Fuimos en el coche por el valle Bøyadalen y entramos en el túnel cerca del glaciar sobre las tres de la tarde. Al salir del túnel vimos cómo se disolvía la niebla y el sol irrumpía en las nubes mientras íbamos bordeando el lago Jølstervatn. El único comentario que hizo Niels Petter antes de pasar Førde fue sobre la niebla. Está despejando, dijo, justo en el momento de rodear el lago junto a Skei. Intenté empezar una conversación, pero no pude sonsacarle más. Luego se me ocurrió que ese comentario suyo tal vez tuviera más que ver con su estado mental que con la meteorología.

Yendo hacia el sur desde Førde, Niels Petter se volvió de repente hacia mí y dijo que le parecía un viaje muy largo para un día, y que podríamos quedarnos una noche en la casa de la familia de mi madre, a la que ahora sólo llamamos «la casa de verano». En un principio pensábamos volver directamente a casa, sobre todo por sus compromisos para el día siguiente, pero su sugerencia era su aportación a una reconciliación, tanto por habérselo tomado tan mal cuando yo insistí en dar un largo paseo contigo –por primera vez en treinta años, Steinn– como por haber ido tan callado en el coche. Y así fue. Cruzamos el fiordo desde Rysjedalsvika hasta Rutledal, y desde allí fuimos hasta las islas de Solund. Pasamos un espléndido día junto al mar mientras tú estabas en la inauguración de ese centro climático. Como es natural, te dediqué algún pensamiento a lo largo de aquel día, recuerdos, quiero decir, instantáneas, momentos que vivimos juntos entonces, y seguí recordándote en los días siguientes; eran recuerdos intensos, y veo que algunos te llegaron en forma de pequeños tráilers que no recordabas haber filmado.

Volvimos a nuestra casa de Bergen el jueves por la noche, y temprano a la mañana siguiente bajé al muelle Strand para ver zarpar al *M/S Solundir*. Sale de Bergen a las ocho. Sabía que tú te ibas de Balestrand esa mañana, me lo habías dicho, y como de todos modos me había levantado temprano, me di un paseo matutino y bajé al muelle. Con el fin de desearte buen viaje, Steinn, para despedirme de nuevo. Seguramente algo muy irracional, pero se me antojó y quise hacerlo. No me digas que ese saludo no te llegó. Me parecía divertido que fueras en el *Solundir*, y me imaginé que pensarías en mí y en nuestra aventura veraniega en ese lugar.

El barco no lleva su nombre por mí, sino como bien dices por ese municipio isleño en el oeste, junto a la desembocadura del fiordo de Sogn, donde había pasado casi todo el día anterior, y donde estoy sentada en este momento, mirando el mar. Por suerte han desaparecido ya esas piernas, pues estorbaban bastante, tanto a la vista como a los pensamientos...

*Solundir* es simplemente una forma plural de Solund en antiguo nórdico, pues aquí hay varios cientos de islas Solund. *Sól* significa «surco» y *-und* significa «equipado con». Es decir que las islas Solund están equipadas de surcos. No es una mala descripción de la geología de este lugar. Como dice nuestro himno nacional «Con surcos, curtido por la intemperie y el agua...».

Supongo que recordarás cómo corríamos por aquí jugando al escondite entre las psicodélicas formaciones de piedras, constituidas por un conglomerado de colores, y tampoco habrás olvidado que nos pasábamos horas y horas recogiendo piedras del escultural paisaje. Tú coleccionabas mármol, yo unas piedras rojas. Aquí siguen brillando, tanto las tuyas como las mías. Las uso para los macizos de flores.

Es verdad que mi abuela se llamaba Randi, y me da un poco de pena que tenga que recordártelo, con lo bien que os caíais el uno al otro. Recuerdo que una vez describiste a mi abuela como la persona más cálida y maravillosa que habías conocido jamás, y ella, por su parte, salía constantemente al jardín canturreando para sus adentros: Ese tal Steinn. «Ese tal Steinn» era algo muy especial. La abuela no había conocido a un hombre más maravilloso en su vida.

También mi madre se crió aquí, ya lo sabes, en el lugar más al oeste del país. Su apellido era Hjønnévág, eso también lo recuerdas, y cuando mis padres me pusieron el nombre de Solrun no fue por casualidad, sino que se inspiraron en la historia de nuestra familia.

Ahora estamos aquí los cuatro, antes de que la vida cotidiana y la rutina diaria nos reclamen dentro de unos días. Ingrid ya va a la universidad. Aquí, tan cerca del mar, hay una calma inusual, y ayer hicimos una barbacoa en el jardín, lo cual no es nada frecuente por estos lares.

El mundo no es un mundo de casualidades, Steinn. Es coherente.

Qué bien que hayas contestado. No tardaste mucho en ponerte de mejor humor.

Me resulta muy curioso pensar que estás ahora allí. Es como si yo también estuviera, por el hecho de estar enviándonos correos, quiero decir. Pues opino que dos seres pueden estar cerca el uno del otro a pesar de que la distancia física que los separa sea grande. En ese sentido estoy de acuerdo en que el mundo es coherente.

Me ha emocionado saber que bajaste al muelle Strand aquella mañana para enviarme un saludo con el barco expreso. Te imagino bajando las escaleras de Skansen, y esa visión me hace pensar en una película española. Te aseguro que tu saludo me llegó.

Subiendo un día por el valle Mundal dijiste que rechazas cualquier tipo de «fenómenos llamados sobrenaturales». Dejaste muy claro que ni siquiera creías en la telepatía, ni en ninguna forma de clarividencia. Lo dijiste después de que yo te contara unos jugosos ejemplos de sucesos de esa clase. En tu caso tal vez se trata de no aprovechar tus antenas, de no querer quitarte las anteojeras, o de no admitir que de vez en cuando «recibes» lo que sólo crees son tus propios impulsos.

Ahora bien, no eres tú solo, Steinn. Hay mucha ceguera psíquica en nuestros tiempos, mucha pobreza espiritual.

En cambio yo soy tan ingenua que no me siento capaz de calificar como una simple casualidad el que nos volviéramos a encontrar en aquella terraza. Creo que hay algo que dirige todo eso. No me preguntes cómo, porque no lo sé. Pero no entender, no es lo mismo que cerrar los ojos. El rey Edipo tampoco descubrió los hilos del destino que tiraban de él, y cuando le fueron mostrados, se sintió tan avergonzado que se cegó. En cuanto a su destino, había estado ciego siempre.

Esto es como un partido de ping-pong. Tal vez deberíamos seguir enviándonos correos toda la tarde. Así yo también me doy una vuelta por Solund en este día de verano. ¿Te parece?

Pues sí, es como si estuviéramos charlando. Yo estoy de vacaciones, y en esta casa hay una ley no escrita de que durante las vacaciones todos hacemos lo que nos apetece. Únicamente nos atenemos a ciertas reglas respecto a las comidas, que se hacen todas en común excepto el desayuno, que cada uno tomamos conforme nos vamos levantando. Ahora hace poco que hemos comido, así que no tengo ninguna obligación hasta la cena de esta noche. Si no se levanta viento, tal vez hagamos una barbacoa también hoy.

¿Y tú? ¿Por dónde te darás una vuelta esta tarde?

Lamento no poder ofrecer nada parecido a tu entorno. Estoy sentado en un aburrido despacho de la Universidad de Oslo, y aquí seguiré hasta casi las siete, que he quedado con Berit en Majorstua. Vamos a ir a Bærum a visitar a su padre —viejo, aunque muy despierto y con la mente muy despejada—. Pero para eso todavía falta, aún podemos disfrutar de unas horas juntos.

No te olvides de que yo estudié en esa universidad durante cinco años. Aquellos años, Steinn... A mí me resulta ya exótico soñar con esa época.

No creo que ni soñaras con llegar a ser catedrático de la Universidad de Oslo en aquel entonces. ¿No aspirabas a un puesto de profesor de instituto?

Cuando te marchaste me encontré con un excedente de tiempo casi amenazador, de modo que me puse a trabajar en una tesis doctoral, y luego conseguí una beca postdoc de investigación. Pero tal vez deberíamos esperar para hablar de «entonces». Lo que ahora quiero saber es quién eres hoy.

Bueno, yo sí que acabé siendo profesora de instituto, ya lo hablábamos entonces. Nunca me he arrepentido de esa elección. Considero un privilegio ganarme el sustento pasando todos los días unas cuantas horas en compañía de unos jóvenes comprometidos, en un contexto profesional que me interesa. Eso de que siempre se aprende de los alumnos no es un tópico. En una de cada dos clases que me han tocado, siempre había algún chico de rizos rubios que me recordaba a ti, a nosotros dos en aquella época. Un año hubo uno que se te parecía de verdad, y casi tenía tu misma voz.

Pero tú tienes la palabra ahora. Creo que mencioné que no considero una casualidad el que de repente nos encontráramos de nuevo en esa terraza.

Exactamente, de eso estábamos hablando. Pero palabras como «casualidad» o «coincidencia» indican precisamente algo que es poco probable. En una ocasión calculé la posibilidad de sacar una serie de doce seises seguidos tirando con un dado, es decir, doce iguales seguidos: no es más que una entre más de dos mil millones. Eso no significa que nunca haya sucedido que alguien por casualidad haya sacado el mismo número doce veces seguidas; es simplemente porque en este planeta vivimos unos cuantos miles de millones de seres humanos, y porque en todas partes se juega a los dados. Pero en ese caso nos encontramos ante una «bomba de casualidades» o probabilidades de dimensiones astronómicas, y en esas situaciones mucha gente se echa a reír históricamente, porque desde un punto de vista estadístico habría que estar tirando dados durante miles de años, antes de tener una posibilidad razonable de conseguir una serie de doce iguales, aunque también puede ocurrir espontáneamente, es decir, en el transcurso de unos segundos. ¿No te parece fantástico?

Al menos fue una bomba encontrarme contigo en el fondo del fiordo. Estremecedor, para decir la verdad. Tampoco dudo en llamarlo un golpe de suerte. Pero no fue algo «sobrenatural».

¿Estás totalmente convencido de ello?

Casi sí. Igual que estoy seguro de que no existe ningún destino, providencia o fuerza mental capaz de influir sobre el resultado de, por ejemplo, una tirada de dados. Se puede hacer trampas, de acuerdo, y uno puede tener recuerdos falsos y dar información falsa sobre ellos, pero los sucesos físicos no se dejan influir ni por el destino, ni por una providencia divina, ni por ese pseudofenómeno que algunos llaman «psicogenesia».

¿Has oído hablar alguna vez de alguien que se haya hecho multimillonario porque mediante la fuerza del pensamiento haya sido capaz de dirigir o prever con exactitud dónde se va a acabar colocando la bola en la ruleta? En ese caso sólo se necesitaría un mínimo de previsión para asegurarse una fortuna millonaria. Pero nadie tiene tales habilidades. ¡Nadie! Por esa misma razón tampoco encontrarás colgado en ningún casino un cartel prohibiendo la entrada a adivinadores de pensamientos y videntes. Una prohibición de ese tipo no es necesaria.

Y además, tanto en lo referente a los juegos de azar, como a nuestras vidas en general, debemos tener en cuenta otro factor. La casualidad más asombrosa del mundo tiene una tendencia inherente a ser recordada o mimada por la cultura en la que vivimos, y, a los ojos de un inexperto, un ramillete de anécdotas sobre sucesos extraños puede entenderse como que en todas partes existen unas «fuerzas» que intervienen en nuestras vidas.

En mi opinión resulta indispensable entender ese mecanismo. La propia selección de los «boletos ganadores» que se recuerdan y se transmiten puede hacer pensar en la teoría de Darwin sobre la evolución por selección natural. La única diferencia es que en nuestro caso hablamos de una selección *artificial*. Por desgracia, así surgen también las ideas artificiales.

Más o menos conscientemente podemos llegar a sumar circunstancias que no tienen nada que ver entre ellas. Creo que esto es algo típicamente humano. Al contrario que los animales, buscamos muchas veces una causa «oculta», por ejemplo un destino, una providencia u otro fundamento que dirige, incluso donde no hay nada de

todo eso.

De modo que pienso que fue una mera coincidencia el que nos encontráramos en el valle aquel día de verano. La posibilidad de que ocurriera era mínima —ninguno de los dos habíamos estado allí desde aquella vez—, pero aunque la posibilidad fuera microscópica, eso no es en sí una indicación de que se trata de algo más que de una enorme casualidad.

Si hubiéramos logrado recoger en un grueso libro algunos de los ejemplos más llamativos de coincidencias llenas de sentido —me refiero a los boletos ganadores— tendríamos que haber hecho sitio para muchos miles de millones de tomos si hubiéramos querido incluir también todos los boletos perdedores. No hay bosques para tantos libros. De hecho, en nuestro planeta no cabrían ni tantos libros ni tantos árboles.

En esta ocasión voy a centrarme en un solo boleto perdedor, y pregunto: ¿Recuerdas haber leído alguna vez una amplia entrevista con el o con la que no ganó en la Loto?

No has cambiado mucho. Eso está bien, Steinn. Hay algo fresco y juvenil en tu obstinación.

Pero tal vez estés ciego. Tal vez eres de miras estrechas, aunque seas un sabiondo.

¿Te acuerdas de ese cuadro de Magritte de un enorme bloque de piedra suspendido en el aire sobre el paisaje, con un pequeño castillo en la punta, si no recuerdo mal? No puedes haberlo olvidado.

Si hoy hubieras sido testigo de algo parecido, habrías intentado buscar razones para justificarlo. Tal vez habrías dicho que lo que veías había sido amañado. Que la piedra estaba hueca y llena de helio. O que era sustentada por una ingeniosa red de rodamientos y cordajes invisibles.

Yo por mi parte soy un alma más sencilla. Yo simplemente habría extendido los brazos hacia la roca exclamando un «aleluya» o un «amén».

En tu primer correo escribes: «Decimos a veces: Si no lo veo, no lo creo. Pero tampoco es seguro que tengamos que creerlo ni siquiera al verlo...».

He de confesar que ese enunciado me deja algo perpleja. Pues en mis oídos suena poco empírico no depositar tu confianza en tus percepciones sensoriales. Me suena, para decir la verdad, un poco medieval...

Cuando los sentidos contaban algo que no encajaba en las teorías de Aristóteles, eran éstos los que se equivocaban, y cuando las observaciones de las órbitas de los cuerpos celestes no encajaban en el concepto geocéntrico del mundo, se introdujo algo misterioso llamado «epiciclos», con el fin de explicar lo que realmente se estaba viendo. Los fieles servidores de la Iglesia y de la Inquisición practicaban además autocensura al negarse a mirar por el telescopio de Galileo. Pero tú ya sabes todo eso...

¿Has pensado en lo siguiente? Nosotros dos *observamos* realmente algo parecido a un enorme bloque de piedra suspendido en el aire por encima del musgo y del brezo. Un milagro, amigo. ¡Un milagro de este mundo! Y déjame añadir: en aquel instante observamos exactamente lo mismo, en eso estábamos de acuerdo.

¿Estás segura?

¡Completamente! Pero para volver al tema de nuestro reencuentro, si quieres podemos dejar de lado toda esa clase de hilos del destino.

¿Qué quieres decir?

Tal vez esa «casualidad» se deba a algo tan banal como un poco de telepatía, aunque eso a ti te dé igual, ya que de antemano has decidido no «creer» tampoco en la telepatía. Sí crees en la fuerza de la gravedad. Pero ¿la puedes explicar?

Acaso ahora me des la oportunidad y por lo menos eches un vistazo a mi telescopio Galileo.

No puedo explicar la fuerza de la gravedad. Simplemente existe. Y claro que presto mis ojos a tu telescopio Galileo. Aunque tuvieras una docena de telescopios, miraría por todos ellos. Ahora dame el primero.

Para Niels Petter y para mí se trataba de un viaje totalmente espontáneo, seguro que fui yo la que sugerí que fuéramos un día a Fjærland a visitar la Ciudad del Libro y el Museo Glaciar. Volvíamos a Bergen desde el Este, y pensé que después de tantos años podríamos darnos una vuelta por allí, aunque no dudaba de que también me resultaría doloroso. La idea surgió de repente, como llegada de ninguna parte.

En cambio tú tuviste un horizonte de planificación mucho más largo, de modo que en este caso serías tú el remitente y yo la receptora. Pues no sería tan excepcional que me enviaras un pensamiento, teniendo en cuenta que era la primera vez que ibas a visitar el viejo hotel de madera desde que tú y yo nos alojamos allí mucho tiempo atrás. Lo que ocurre es que uno no nota nada ni cuando emite ni cuando recibe. Tampoco notas nada cuando piensas. Ni siquiera cuando piensas en algo muy dramático, violento o triste *notas* crujidos, tintineos o fricciones dentro de la cabeza. Eso es porque los pensamientos no suelen tener nada que ver con el cuerpo o los procesos corporales.

La explicación más sencilla de que volviéramos a aparecer los dos al mismo tiempo en ese lugar que en otra época fue nuestro lugar más maravilloso y más amargo de la tierra es, en mi opinión, la telepatía. Tus explicaciones, o mejor dicho, intentos de explicaciones, son más intrincados, y me parece que apestan a estadísticas manipuladas.

Empleando un cálculo de probabilidades, nuestro reencuentro en la vieja terraza es más o menos como si hubiéramos estado cada uno a un lado del fiordo y desde allí hubiéramos disparado cada uno una bala de fusil apuntando al otro, y las dos balas se encontrarán en el medio del fiordo para caer al fondo como un solo objeto. Eso tal vez hubiera sido sobrenatural. Al menos tendría que caracterizarse como una milagrosa precisión. A mí me resulta mucho más fácil entender que dos almas que en el pasado han estado muy unidas sean capaces de comunicarse la una con la otra a distancia, sobre algo con lo que las dos han tenido una relación profundamente emocional. Tú me enviaste

una señal de que ibas a volver a ese lugar, yo la recibí ¡y allí me fui!

De modo que... telepatía. Ese fenómeno bien documentado que menciono como una explicación razonable de lo que tú defines como una «enorme casualidad», es algo con lo que han experimentado muchos investigadores en varias universidades. Entre los pioneros se encuentra el matrimonio Rhine, en la Duke University de Carolina del Norte, ya en la década de los treinta. Si quieres, te envío con mucho gusto algunas referencias, pues tengo una bibliografía completa.

¿Y no es correcto que la mecánica cuántica nos muestra cómo todo en el universo, hasta la partícula más pequeña, está relacionado?

Ayudada por varios colegas, últimamente he leído bastante sobre física cuántica. En mi instituto llevamos ya un año celebrando un coloquio interdisciplinario por las tardes. Es un club y lo llamamos simplemente *In vino veritas*, lo que tal vez te indique algo del carácter social que tiene, pero después de haber pasado algunas veladas con físicos y gente de ciencias, no tengo para nada la impresión de que la física moderna haya convertido el mundo en algo menos misterioso de lo que era en tiempos de Platón. Pero corrígeme, Steinn, si opinas que tú lo sabes mejor.

Si dos partículas, por ejemplo dos fotones, tienen un origen o punto de partida común y luego se separan o se abandonan a gran velocidad, las dos partículas siguen relacionadas como una entidad. Aunque se envíen cada una en una dirección al espacio y se alejen años luz entre ellas, siguen *enmarañadas*, cada una de las partículas lleva consigo información sobre las cualidades de la otra, y las «partículas gemelas» se ven marcadas por lo que ocurra a la otra. Aquí no se trata, claro está, de comunicación, sino de *correlación*, o de lo que llamamos «no localidad». A nivel cuántico el mundo es, de hecho, *no local*. Es extraño, quizá igual de extraño que la fuerza de la gravedad, y Einstein rechazó el fenómeno porque lo tomó como una provocación contra la razón, pero después de Einstein ha sido confirmado experimentalmente.

Ahora no estamos hablando de telepatía, sino de telefísica, aunque para mí el contacto mental a gran distancia es más importante para el ser humano que la física cuántica, simplemente porque nosotros somos los espíritus en este contexto. Levanta la vista y busca astros y galaxias. Mira los cometas y asteroides que pasan veloces y riéte un rato con ellos. A pesar de los imponentes cuerpos celestes, *nosotros* somos al fin y al cabo las almas vivas de este universo. ¿Qué saben hacer los cometas y los asteroides? ¿Qué son capaces de percibir? ¿Qué conciencia tienen de ellos mismos?

Si hubiera sido supersticiosa, habría dicho que los fotones tienen conciencia y se comunican a distancia «telepateando» entre ellos. Bueno, no creo eso. Creo que los seres humanos disfrutamos de una situación especial. ¡Nosotros somos los espíritus en este teatro del universo!

¡Steinn! Mientras lees esta frase pasan a toda velocidad por tu cerebro unos mil millones de neutrinos, vienen del sol, vienen de otras estrellas de la Vía Láctea, y vienen de otras galaxias completamente diferentes al universo. También son, en cierto modo,

expresiones de la no localidad del universo.

Otra paradoja es que las partículas de la mecánica cuántica unas veces se comportan como ondas y otras como partículas. Algunos experimentos muestran que un electrón, que, como sabemos, es una pequeña partícula puntual o «cosa», es capaz de atravesar dos rendijas u orificios distintos a la vez. Esto resulta igual de asombroso que imaginarse que una sola pelota de tenis se lanzara al mismo tiempo a través de dos agujeros distintos de la valla.

No te pido ni que entiendas ni que me expliques cómo algo puede ser ondas y partículas a la vez, o en un momento una cosa y en otro otra. Sólo te pido que te inclines ante el universo tal y como está organizado. Si las leyes de la física son enigmáticas, a nuestros ojos quiero decir, que lo sean pues. Se puede uno lamentar de que no seamos capaces de explicar todo lo que hay entre la tierra y el cielo, sería para los poetas un buen ejercicio matutino –quiero decir, un sacudir la cabeza ante lo poco que entendemos de este universo tan profundamente misterioso en el que nos encontramos– pero por ahora es algo que tenemos que aceptar.

El que tú me puedas enviar un pensamiento que yo, más o menos conscientemente, sea capaz de captar, tal vez no pueda entenderse sobre una base matemática y física. Pero tal vez no sea más difícil que aceptar la física cuántica dominante.

¿O sí?

El matemático y astrofísico británico James Jeans lo expresó así: «El universo empieza a parecerse más a un gran pensamiento que a una máquina».

Acabo de recibir un flamante informe climático que es más alarmante de lo que nos temíamos, y he estado hablando con un par de airados periodistas que a toda costa quieren un comentario mío antes del cierre. Como sabes, en nuestros días hay una cierta histeria creada por los medios en torno a estas cuestiones. Tendré que hacer, pues, una breve pausa en nuestra conversación, pero no estaré fuera toda la tarde. Mientras tanto, sólo quiero decirte que respeto tu convicción y más que eso. Por encima de los ismos que cada uno podamos defender, te estimo muchísimo como persona. Perdóname, pues, mi falta de fe en los llamados «fenómenos sobrenaturales».

Bueno, bueno. Hay en ti muchas capas, querido. En otro tiempo te conocía, y ahora voy a escribir unas palabras sobre la Mujer de los Arándanos. Puedo imaginarme cómo te estás resistiendo, casi como aquella noche en que estabas sentado fumando podía imaginarte a través de la puerta y de la pared, pero ahora vas a escucharme.

Aquella noche lloraste, sollozaste como un niño, y tuve que acunarte en mis brazos. ¿Y qué sucedió más de treinta años después, cuando estábamos otra vez en ese lugar?

Escribes que no tienes fe en que fuerzas desconocidas intervengan en nuestras vidas. Pero allí arriba temblaste cuando nos detuvimos de nuevo ante el bosque de abedules. El cuerpo no miente.

Al acercarnos al lugar, me agarraste de repente de la mano. En otros tiempos íbamos muchas veces así, pero que me cogieras de la mano ahora era casi inaudito, aunque pensé que sería porque nos encontrábamos ya muy cerca y necesitabas apoyarte en mí. ¡Porque tenías miedo! No eras un tipo duro allí arriba entre los abedules. Tenías miedo

de lo que no es de este mundo.

Tienes una mano grande, Steinn. ¡Pero estaba temblando!

También yo me sentía afectada por la gravedad del momento, pero estaba más comedida que tú, más segura de mí misma, tal vez porque en un principio yo me había elaborado una especie de convicción del más allá. Para mí lo «paranormal» es normal. Estaba preparada para la posibilidad de que ella volviera a materializarse. Aunque «materializarse» es una palabra engañosa, ya que ella no es material. A lo mejor ni siquiera se hubiera dejado captar por una cámara fotográfica. Ella era lo que solemos llamar una *aparición*. La historia, así como la parapsicología, están llenas de informes sobre esa clase de fenómenos, es decir, de relatos sobre personas que se han aparecido a las almas de otras, incluso cuando esas personas se encontraban a una distancia de miles de kilómetros en el mundo físico. La literatura abunda además en historias sobre personas que han visto y recibido mensajes de alguien recientemente –no fallecido, sino *resucitado*. El ejemplo más famoso es Jesucristo, claro. Vivimos inmersos en una cultura sumamente materializada que ha cerrado casi por completo el contacto con lo espiritual, por no decir con el más allá. Pero lee a Shakespeare, lee las sagas islandesas y echa de nuevo un vistazo a la Biblia y a Homero. O escucha lo que las diferentes culturas cuentan sobre sus chamanes o antepasados.

¿Sabes? Creo que el incidente de aquel día puede habernos servido ante todo de *consuelo*. He pensado muchísimas veces luego en aquello que tú llamaste su «numerito». Ella no nos miró con reproche ni con odio. Nos miró con dulzura. Sonrió. Ella ya se había ido al otro lado, y allí no existe el odio. Donde no hay materia, tampoco hay odio, eso está claro.

Todo aquello fue un episodio estremecedor, también para mí: estábamos aterrados. En realidad llevábamos una semana aterrados. Si hubiera aparecido de nuevo, yo la habría recibido con los brazos abiertos.

Pero esta vez no apareció.

No existe ninguna muerte, Steinn. Y tampoco ningún muerto.

## II

Ya estoy otra vez aquí. ¿Sigues en el ordenador?

Impaciente, estoy dando vueltas a su alrededor, Steinn. ¿Qué conclusiones se pueden sacar del informe climático?

Es bastante alarmante, e indica que las conclusiones del Panel Climático de la ONU han sido demasiado conservadoras hasta ahora. Han tenido muy poco en cuenta los llamados mecanismos de retroalimentación. Esto significa, muy resumido, que cuanto más calor haga, más se calentará todo. Cuando el hielo y la nieve del Ártico se derritan, la luz solar se reflejará menos y la tierra se calentará más globalmente. Esto conduce a su vez a que el permafrost se derrita para liberar nuevos gases climáticos, como por ejemplo el metano. Existen más mecanismos de autorrefuerzo de ese tipo, tal vez nos estemos acercando al punto fatal de inflexión, y de allí no habrá ninguna posibilidad de regreso de una catástrofe global. No hace mucho que todos creíamos que pasaría al menos medio siglo antes de que el hielo desapareciera del Ártico en verano. Ahora estamos viendo que este proceso va mucho más rápido de lo que se preveía, tal vez ocurra sólo en un par de décadas. El que el hielo desaparezca en el norte contribuye además a la aceleración del derretimiento de glaciares en Asia, África y América del Sur, con el resultado de que estas importantes torres de agua se reducen y los cauces de los ríos se quedan secos en algunas épocas del año, lo que perjudica las cosechas y el abastecimiento de agua potable a millones de seres humanos. Pero no sólo los seres humanos son vulnerables. El informe señala que hasta el cincuenta por ciento de las especies vegetales y animales está amenazado.

¿Qué estamos haciendo a nuestro planeta? Ésa es la cuestión. Sólo tenemos éste, y debemos compartirlo con los que vengan después de nosotros.

Pero ahora estamos hablando tú y yo. ¿Quieres que siga?

Sí, sí, sigue. Voy al salón a poner un poco de orden en revistas y demás, pero volveré disparada en cuanto oiga el pitido del ordenador.

Claro que me acuerdo del cuadro de Magritte. Lo teníamos en forma de gran póster en nuestro dormitorio, y ahora acabo de volver a verlo en la red. Se llama *Le Château des Pyrénées* y muestra un mundo suspendido en el aire. Al menos así solíamos interpretarlo tú y yo. Éramos agnósticos, no del todo dispuestos a aceptar la antiquísima argumentación de que todo tiene que tener una causa, y que por consiguiente tiene que haber un «Dios» creador del mundo. A veces discutíamos si existe una instancia debajo o detrás de lo que llamamos «universo». Pero ninguno de los dos creíamos en alguna forma de «revelación» de poderes supremos. En cambio, nos sentíamos constantemente asombrados ante la existencia del mundo y la nuestra propia.

Solrun, yo tengo más o menos los mismos sentimientos sobre la vida hoy que entonces. Jamás dejaré de asombrarme ante la existencia del mundo. En ese contexto, aquello que se movía arriba en el bosque de abedules aparece al fin y al cabo como un misterio bastante menor, por no decir secundario, si quieres mi opinión. Ni las artes circenses ni los teatros de variedades lograrán nunca fascinarme de la misma manera que las estepas y las selvas tropicales, los miles de millones de galaxias en el espacio y todos los miles de millones de años luz que hay entre ellas.

Como a ti en aquella época, me interesa más el hecho de que el mundo sea un enigma que «los enigmas» que

hay en él. Me interesa más la naturaleza que lo «sobrenatural». Y me quedo mucho más maravillado ante nuestro cerebro inescrutable que ante todas esas anécdotas sueltas referentes a lo «sobrenatural».

Tampoco creo que se puedan transferir las paradojas de la física cuántica a la física en mayor medida, y mucho menos a fenómenos «espirituales» como la telepatía entre mamíferos superiores. Pero el hecho de que existan mamíferos superiores y yo sea uno de ellos, eso sí que me fascina enormemente. Te resultará difícil encontrar a alguien más asombrado ante su propia existencia que yo. Es una afirmación bastante fuerte, pero me atrevo a hacerla. Por lo tanto, no me siento ofendido por la acusación de sabiondo.

¿Pero qué hay de ti? ¿Qué camino tomaste exactamente?

Escribes que tienes certeza sobre el más allá, y proclamas que la muerte no existe. Pero ¿sigue intacta tu vieja capacidad de alegrarte por cada segundo que vives aquí y ahora? ¿O tu inclinación hacia el más allá está reprimiendo lo del «más acá»?

¿Aún eres capaz de sentir una «pena sin límites» por la «terrible brevedad» de la vida? Estas palabras eran tuyas. ¿Aún se te llenan los ojos de lágrimas cuando piensas en palabras como «vejez» y «tiempo de vida»? ¿Aún te echas a llorar ante una puesta del sol, para luego sin previo aviso poner cara de asombro y exclamar aterrada: ¡Un día ya no estaremos aquí, Steinn! O: ¡Un día ya no existiremos!?

No todos los veinteañeros son capaces de imaginarse la ausencia de su propia existencia. Al menos no con la intensidad que tú mostrabas. Para nosotros dos era una referencia casi diaria. ¿No era también por eso por lo que nos lanzábamos constantemente a las acciones de riesgo más enloquecidas? Con el tiempo ni siquiera tenía que preguntarte por qué te echabas a llorar. Yo sabía por qué era, y tú sabías que yo lo sabía. En esos casos solía sugerir que nos fuéramos al bosque o a la montaña. Hicimos muchas excursiones de consuelo a la naturaleza. A ti te encantaban. Pero tu amor por lo que a veces llamabas «la omninaturalidad» era en cierto modo un amor «no correspondido», porque siempre sabías que un día serías traicionada por aquello que tanto amabas, y, al fin y al cabo, abandonada a tu suerte.

Así fue. Oscilabas entre la risa y el llanto. Bajo la fina capa de una desmesurada alegría de vivir arrastrabas siempre una pena. Yo también. Éramos dos. Pero creo que tu pena era más profunda que la mía. Y también tu entusiasmo y tu fascinación.

Y ahora sobre la «Mujer de los Arándanos». Intentaré no desviarme del tema, y es verdad que me derrumbé por completo aquella vez. Se parecía muchísimo. ¿Cómo podía habernos seguido?

Pero cuando me temblaba la mano el otro día, era la vida misma la que temblaba. Habían transcurrido treinta años, y paseando otra vez juntos me llegó con mucha fuerza el recuerdo de cómo era ser tan joven, y también de cómo había sido ser nosotros. De lo que sucedió entre los abedules, aquello tan complicado que dio como resultado nuestra repentina separación.

Recuerdo el estremecimiento que nos produjo treinta años antes. Recuerdo lo aterrados que nos quedamos, y no te digo que no sintiera de nuevo un atisbo de terror o un escalofrío. Pero no por miedo a volver a encontrarnos con algún fantasma. El miedo puede, además, ser miedo a que te alcance tu propia locura, o la locura del otro. El miedo puede ser contagioso. Y también puede serlo la locura.

Tú no volviste a ser la misma después de lo que ocurrió. Luego cogiste tus cosas y te marchaste. A veces, en las semanas siguientes, tenía miedo de volver a verte, a la vez que contenía el aliento esperando que volvieras. Te añoré durante muchos años después de aquello. Pensé que llamarías a la puerta en cualquier momento o que entrarías en mi casa alguna noche mientras yo dormía, porque no me habías devuelto la llave. Me acostaba en la ancha cama de matrimonio echándote de menos, pero a la vez tenía miedo de que regresaras antes de volver a ser la de antes, la Solrun que yo había conocido, y al cabo de unos años instalé una cerradura de seguridad.

La «Mujer de los Arándanos» sigue siendo un suceso enigmático en mi vida. Pero éramos tan jóvenes entonces... Además, hace más de treinta años, y ya no sé nada.

Sí, Steinn.

¿Qué quieres decir?

¡Ya está aquí otra vez! No puedo concentrarme. No soy capaz de retrotraer mis

pensamientos treinta años con él subido en esa escalera de aluminio mojando constantemente la brocha en un cubo de pintura verde. ¿Es *realmente* necesario dar dos capas? ¿No hay que dejar pasar al menos un día para que la primera se seque bien?

Ponte a hacer otra cosa mientras tanto. Yo voy a estar aquí un par de horas más.

He ido a por un vaso de zumo de manzana con cuatro cubitos de hielo, y por fortuna han desaparecido tanto las piernas como la escalera de aluminio. ¿No se le ocurrirá dar una tercera capa?

Y los agnósticos. ¡Éramos muñecos vivos! ¿Te acuerdas? Íbamos por la vida con una constante sensación mágica de estar vivos. Y pensábamos que esa sensación la teníamos sólo nosotros. Éramos unos marginados, nos creamos una atalaya mágica que nos permitía observarlo todo de soslayo; era como si hubiéramos creado nuestra propia religión. Así lo decíamos, decíamos que teníamos nuestra propia religión.

Pero no sólo nos interesábamos por nosotros mismos; durante un tiempo llevamos a cabo cierta actividad misionera. Seguro que recuerdas todos aquellos sábados en que corríamos por el centro con una bolsa llena de papelitos que repartíamos a nuestro prójimo como panfletos. En casa habíamos escrito pequeños mensajes en una vieja máquina de escribir. *MENSAJE IMPORTANTE A TODOS LOS HABITANTES DE ESTA CIUDAD: ¡EL MUNDO ESTÁ AQUÍ AHORA!* Escribimos ese mensaje miles de veces, luego cortamos y doblamos los papelitos y fuimos en metro hasta el Teatro Nacional. Nos pusimos en el Parque de los Estudiantes o delante de las escaleras del Metro y repartimos nuestros pensamientos en un intento de despertar a la ciudad de lo que nos parecía un letargo espiritual. Era divertido. Nos encontramos con muchas sonrisas amables, pero también con un número sorprendente de gritos irritados. Algunas personas se sienten molestas si se les recuerda que existen.

Además, a principios de los setenta, no era políticamente correcto entregarse a un inactivo asombro por la existencia. Mucha gente de izquierdas opinaba que era contrarrevolucionario señalar que el universo era un enigma. Lo importante no era entender el mundo, sino cambiarlo.

La idea de hacer papelitos la sacamos de esos chistes tan tontos que venían en las *kransekake*, y creo que la idea original era hacer una tarta alternativa y servirla en una fiesta de estudiantes. ¿Te acuerdas? Soñábamos además con organizar una manifestación alternativa, por ejemplo el 2 de mayo. No llegamos más que a formular algunas consignas copiando algunos precedentes, como por ejemplo una usada en la revuelta estudiantil de París, como «¡La imaginación al poder!» y «¡La muerte es contrarrevolucionaria!», escritas en los muros de la Sorbona. Nos imaginábamos un desfile entero con ese tipo de consignas. Eras muy ingenioso, Steinn.

Solíamos visitar galerías e ir a conciertos –no para vivir el arte o la música, sino con el fin de observar a todos los muñecos vivos– y decíamos que participábamos en un «teatro

mágico». Eso fue después de haber leído *El lobo estepario*, de Hermann Hesse. A veces nos sentábamos en un café a estudiar de cerca algunos ejemplares sueltos. Cada uno de ellos era como un pequeño universo. ¿No decíamos también que eran «almas»? Creo que sí. Pues no eran muñecos *mecánicos* lo que contemplábamos. Eran muñecos *vivos*. Eso era lo que decíamos entonces. ¿Te acuerdas cuando nos sentábamos en un rincón de un café y nos poníamos a inventar complicadas historias sobre la gente que nos rodeaba? Eran «espíritus» que luego podíamos llevarnos a casa para seguir inventando. Les poníamos nombre y les proporcionábamos historias enteras sobre sus vidas, construyéndonos así un panteón de referencias ficticias. Un elemento importante de nuestra religión era ese culto casi desenfrenado al ser humano.

Luego colgamos el póster de Magritte en nuestro dormitorio, creo que lo compramos en el Centro de Arte Henie Onstad...

Hablando de dormitorios, a veces nos íbamos a la cama en pleno día, a menudo con una botella de champán y dos vasos corrientes sobre la mesilla de noche, y nos pasábamos horas sentados en la cama leyendo en voz alta a los poetas Stein Mehren y Olaf Bull. Nos lo permitíamos aunque la llamada «poesía central» estaba vedada. Pero también recitábamos todo lo que escribía Jan Erik Vold. Y las novelas *Crimen y castigo* y *La montaña mágica*, pues también novelas enteras podían constituir tales proyectos de cama y champán. Eso que llamábamos «champán» era Golden Power. Sabía dulce y era barato, pero a la vez muy potente, de ahí su nombre.

Nos parecía maravilloso ser cuerpos de carne y hueso. Era maravilloso ser hombre y mujer, gozábamos mucho. Pero precisamente en nuestra felicidad corporal estaba a la vez el constante recuerdo de que éramos mortales. El otoño empieza en la primavera, solíamos decir. Estábamos en la veintena, pero nos confesábamos que ya teníamos la sensación de empezar a ser viejos.

La vida era un milagro, y siempre nos empeñábamos en tener algo que celebrar. Podía ser una excursión espontánea al bosque una noche de verano, o un viaje en coche igual de improvisado. Vámonos a Suecia, dijiste, a Skáne. Cinco minutos después estábamos sentados en el coche, listos para iniciar el viaje. Ninguno de los dos habíamos estado allí antes, y no teníamos la más remota idea de dónde dormiríamos.

¿Recuerdas cuando llegamos a aquel café llamado Las Chicas de Skäret? No habíamos pegado ojo y nos partíamos de risa. Por fin nos quedamos dormidos en la hierba. Nos despertó una vaca, y si ella no hubiera aparecido nos habría despertado unos segundos después un montón de hormigas. Saltábamos como locos intentando sacudirnos de encima a esos bichos, no sólo estaban en la parte de fuera de nuestra ropa, sino también dentro y debajo de ella. Te enfadaste mucho con lo que llamabas hormigas *suecas*. Te tomaste su ataque como una ofensa personal.

El capricho de esquiar en el glaciar Jostedalén fue una escapada de esas que ahora llamas acciones de riesgo. Una tarde del mes de mayo, hace más de treinta años, anunciaste: ¡Vamos a cruzar el glaciar Jostedalén! Y eso se consideraba una orden, porque habíamos hecho un pacto de que la otra parte tenía que adherirse a ese tipo de

caprichos sin protestar. Hicimos el equipaje en unos minutos, nos metimos en el coche y enfilamos la carretera. Podríamos dormir en la sierra, en el pueblo de Lærdal o en el mismo coche. Éramos intransigentes y desenfundados. Cuando llegamos al fiordo, la idea era subir directamente hasta el glaciar con los esquís al hombro. Habíamos oído hablar de un refugio en el que podríamos hacer noche si se hacía demasiado tarde para esquiar. Ninguno de los dos sabíamos nada de glaciares, no habíamos hecho ningún cursillo, en ese sentido éramos completamente irresponsables. Pero esa excursión de esquí en el glaciar no se llegó a hacer. Por primera vez había algo que chirriaba, sabes a lo que me refiero, y nos quedamos una semana entera en el hotel, antes de volver a casa con las orejas gachas. No fue una estancia barata, pues entonces no había ningún descuento para estudiantes. Pero teníamos cosas más importantes en las que ocupar la mente, y por suerte también un talonario.

Escribo esto para acto seguido subrayar que hoy tengo la mismísima mágica sensación de estar viva. «¿Conservas intacta tu vieja habilidad de gozar de cada segundo que vives aquí y ahora?», me preguntas. La respuesta es que sí.

Y sin embargo son muchas las cosas que han cambiado, se ha añadido algo más, en realidad una dimensión completamente nueva. Me preguntas: ¿Todavía sientes un tremendo dolor por el hecho de que la vida sea tan corta...? ¿Todavía se te escapan las lágrimas al pensar en palabras tales como vejez y tiempo de vida? A eso puedo contestar hoy un rotundo no. Ya no lloro. Con relación a lo que me espera, vivo en un estado de... calma.

También hoy me produce un gran placer mi vida física, aunque no tanto como entonces. Ahora vivo con el cuerpo como una funda, y con ello como algo externo e insignificante. No es algo que llevaré conmigo mucho tiempo. Hoy estoy convencida de que lo que llamo yo, sobrevivirá a la muerte del cuerpo. Mi cuerpo ya no es yo para mí. No es más «yo» o «mío» que todos esos viejos vestidos que cuelgan en el armario. No me los voy a llevar al otro lado. Tampoco la lavadora. Ni el coche, ni la tarjeta del banco...

Hablo de todo esto con mucho gusto. Ahora leo la Biblia con frecuencia, lo que significa que no me limito a leer parapsicología. Para mí una cosa no excluye la otra, pero tú a lo mejor las excluyes ambas.

Ahora te pregunto: ¿En qué crees tú hoy? Sé de dónde vienes, pero ¿también para ti se ha añadido algo nuevo?

Gracias por el último correo. Has bajado un poco el tono respecto a las primeras cartas. Ahora me tiendes las manos. Pero están vacías, Steinn. Tenía muchas ganas de colocar algo maravilloso en ellas. Me encantaría servirte una fehaciente prueba de que la muerte no existe. Espera. ¡Algún día lo haré! Por ahora te agradezco tu disponibilidad a abrir este canal después de más de treinta años de habérsenos cerrado.

Fue doloroso comprobar que me tenías miedo. Nunca me lo dijiste. Pensaba que te habías encerrado en ti mismo y que te aburría con mis nuevas ideas.

Sea como sea, nos debemos el uno al otro mantener lo que teníamos juntos antes de que ocurriera aquello, y antes de que yo en tu opinión perdiera la razón. Nunca perdí la razón, pero lo que sucedió fue muy dramático, de eso no cabe duda. Pasé repentinamente de una concepción de la vida a otra. La ruptura fue más dramática porque la asociación que abandoné sólo tenía dos socios.

¿Pero recuerdas todo lo demás? ¡Sí que recuerdas nuestras escapadas! ¡Yo creo que recuerdas lo que quieres!

Claro que me acuerdo, he pensado muchas veces en esos cinco años que convivimos como la columna vertebral de mi vida.

Decidimos ir andando a Trondheim. ¡Y lo hicimos! Decidimos navegar por el lago Mjøsa. ¡Y lo hicimos! Sentados en el café de la Casa de los Artistas se nos ocurrió la idea de ir en bicicleta a Estocolmo. Fuimos primero a casa a dormir un par de horas. Y luego nos fuimos en bicicleta a Estocolmo.

Pero lo más descabellado que se nos ocurrió fue sin duda aquella acción de riesgo en el altiplano de Hardanger. Nos dio por que teníamos que vivir unas semanas como las personas de la Edad de Piedra. Nos fuimos a la montaña en tren y nos buscamos un cobijo debajo de una roca en una pendiente a unos kilómetros al sureste de Haugastøl. Llevábamos ropa de abrigo y mantas de lana. También nos habíamos llevado unos grandes bocadillos para asegurarnos la comida las primeras horas mientras preparábamos el campamento, y pan crujiente y galletas como víveres de emergencia por si acaso. Llevábamos un caldero y un rollo de sedal, un cuchillo de caza y dos cajas de cerillas. Eso era todo. Bueno —y he aquí el único anacronismo real—, tú llevabas un blíster de píldoras anticonceptivas, que nos sirvió además de calendario. El primer día nos alimentamos estupendamente de frutos del bosque —frambuesas árticas y arándanos— y repusimos fuerzas tomando té caliente de nebrina. Al día siguiente encontramos unos huesos de pájaro que nos sirvieron como aparejos de pesca y cavamos en busca de gusanos que usamos de cebo para pescar truchas que freímos sobre una piedra de pizarra. Albergábamos la esperanza de cazar una liebre o una perdiz blanca. Pero las liebres corrían mucho y las perdices siempre levantaban el vuelo en el momento de lanzarnos sobre ellas. Teníamos cada vez más hambre de carne y cuando avistamos una gran manada de renos, movimos algunas piedras y cavamos una fosa que cubrimos de ramas de abedul enano, líquenes y musgo. No volvimos a ver ningún reno, pero un cordero cayó por fin a la fosa, el cual matamos, despellejamos y devoramos, sin un atisbo de sentimentalismo. Nos alimentó durante varios días. Con las patas del cordero fabricamos anzuelos y utensilios de cocina, y yo limé un hueso y le puse un pegajoso tallo vegetal que colgué a tu cuello como una alhaja. Además, teníamos una piel de cordero que nos vino de maravilla, porque los días empezaban a acortarse, y una mañana nos encontramos con escarcha en el suelo. Entonces, y sólo entonces, recogimos los bártulos. Lo vivimos como un triunfo. Quedaban cuatro píldoras en el blíster, lo que significaba que llevábamos diecisiete días viviendo como cavernícolas. Nos habíamos escondido bien, porque no nos topamos con un alma en todos esos días. Nos habíamos demostrado el uno al otro que éramos capaces de sobrevivir como los hombres de la Edad de Piedra. Fue maravilloso volver a casa, a la ducha, a la cama de matrimonio y a una botella de Golden Power. Apenas nos movimos de la cama en dos días. Teníamos agujetas. Teníamos *jet-lag*. Teníamos la sensación de haber estado viajando durante miles de años.

Resulta extraño volver a pensar en todo aquello. La mismísima columna vertebral de *mi* vida es tal vez algo tan estrecho como esos diecisiete días en que nos aislamos del mundo, tú y yo solos, allí arriba bajo el cielo. Pero ¿qué piensas hoy? ¿En qué crees?

Tal vez la pregunta quede como en el aire. Pero ¿por qué no jugamos un poco? Ahí estás tú, recostado en tu sillón de catedrático en un despacho de la universidad, aburridísimo. Yo soy una estudiante que de repente llama a tu puerta, me dejas entrar, la verdad es que te encanta recibir visitas, y yo te digo: Escuchamos lo que nos enseña, profesor. Es todo muy fascinante, pero ¿cuál es su creencia respecto a todas esas cosas que no sabe? Te sientes halagado por esa pregunta tan directa y, en el fondo, muy personal, de tu estudiante favorita, y con ello sueltas una miniconferencia. ¡Adelante,

Steinn! Ésa es la miniconferencia que estoy esperando. (Pero no te alargues demasiado, creo que vamos a hacer una barbacoa hoy también, y tendría que preparar una ensalada.)

¡Eres única! ¿Cómo quieres que resista tal tentación?

No la resistas.

Entonces puedo retomar el hilo donde lo dejé, porque creo que provenimos de esos cavernícolas, lo que quiere decir que no se atiborraron de píldoras anticonceptivas. Como ellos, pertenecemos a la especie *Homo sapiens*, descendientes directos del *Homo erectus*, descendiente a su vez del *Homo habilis* y, aún más atrás, del *Australopithecus africanus*.

Somos primates, Solrun. ¿Lo recuerdas? Si retrocedemos unos millones de años, tenemos el mismo origen que los chimpancés y los gorilas. Pero eso ya lo sabes, hablamos mucho de ello y formaba parte de nuestra intensa sensación de vivir, de nuestra sensación de ser naturaleza. En la segunda vuelta somos mamíferos, igual que las liebres y los renos del altiplano de Hardanger, y esta clase de vertebrados se desarrollaron hace un par de millones de años a partir de unos reptiles parecidos a los mamíferos, los llamados *terápsidos*.

Pero ¿por qué mirar hacia atrás? Es como ir contracorriente. ¿Por qué no optamos por tomar asiento en la otra punta y participar en ese vertiginoso viaje desde el principio? Me contentaré con una panorámica a grandes rasgos.

Este universo intensamente enigmático tiene, según los últimos cálculos, unos 13,7 mil millones de años. Entonces sucedió algo que solemos denominar el Big Bang o la Gran Explosión. ¿Cómo? ¿Por qué? No me lo preguntes. Y no se lo preguntes tampoco a otros, porque nadie lo sabe. Pero en una fracción de segundo esa enorme descarga de energía se materializó y se formaron protones y neutrones, además de electrones y los llamados leptones. Conforme el universo se fue enfriando, surgieron los átomos ligeros, y con el tiempo también las estrellas y los planetas, las galaxias y los cúmulos de galaxias. Nuestro sistema solar y nuestro planeta tienen 4,6 mil millones de años, es decir, aproximadamente una tercera parte de la edad del universo. Y de la historia y la evolución de la Tierra sabemos ya bastante.

La primera vida primitiva surgió aquí ya hace tres o cuatro mil millones de años, puede que formándose aquí desde el principio —*in situ*, por así decirlo—, con las piezas con las que se construye la vida, una especie de material prebiótico, llegado desde lejos con las caídas de cometas o asteroides. Si retrocedemos hasta allí, los planetas aún carecían de una atmósfera de oxígeno, y tampoco hubo desde el principio ninguna capa protectora de ozono alrededor de nuestro globo. Ambas materias fueron muy importantes para la formación de las macromoléculas de la vida, y nos encontramos aquí con una interesante paradoja. Las condiciones necesarias para que pueda haber vida (tales como una atmósfera de oxígeno y una capa protectora de ozono) no pueden estar presentes para que ésta surja. Por tanto, las primeras células vivas seguramente surgieron en el mar, y tal vez a grandes profundidades. El oxígeno libre y una capa de ozono son una consecuencia de la fotosíntesis, es decir, de la vida misma, y una condición necesaria para que organismos superiores puedan vivir aquí. Pero no puede volver a surgir una nueva vida. Es muy probable que toda vida de este planeta tenga exactamente la misma edad.

Hasta que no surgieron los organismos fotosintetizantes en los tiempos primitivos de la Tierra, o en lo que llamamos el *Precámbrico* no se crearon las condiciones para los organismos superiores tales como plantas y animales. En el *Cámbrico* (hace de 543 a 510 millones de años) surgieron los primeros moluscos y articulados, y en el *Ordovícico* (hace entre 510 y 440 millones de años) los primeros vertebrados. Proporcionaron a la vida nuevas posibilidades de un esqueleto y eran representantes de una pequeña rama de la especie animal que quinientos millones de años después conquistó el espacio e inició la investigación de nuestro origen cósmico.

En el *Silúrico* (hace de 440 a 409 millones de años) surgieron las primeras plantas terrestres, al mismo tiempo que también aparecieron los primeros animales terrestres, que fueron los escorpiones. Como vemos, fueron unos representantes de los artrópodos, la clase arañas, para ser exactos, los primeros en subir a la tierra seca. Pero ya hacia finales del *Devónico*, (hace de 409 a 354 millones de años) los anfibios reptaban hacia la tierra, y me refiero a los estegocéfalos, que descendían de los llamados sarcopterigios. En el *Carbónico* (hace de 354 a 290 millones de años) los vertebrados terrestres se desarrollaron rápidamente, y nació una familia muy ramificada, primero de anfibios y poco a poco también de reptiles. Esta evolución continuó en el *Pérmico* (hace de 290 a 245 millones de

años). Muy característica de este período fue la adaptación de una serie de reptiles a un clima más seco, y en ese período surgieron los primeros *terápsidos*, el orden de reptiles de los que descienden todos los mamíferos.

En el *Triásico* (hace de 245 a 206 millones de años) surgieron los primeros mamíferos y también los primeros dinosaurios. Los dinosaurios dominaron la vida en la tierra desde finales del Triásico y durante todo el *Jurásico* (hace de 206 a 144 millones de años) hasta que una catástrofe global, probablemente el impacto de un meteorito en Yucatán, en el golfo de México, exterminara los últimos dinosaurios a finales del período *Cretácico* (hace de 144 a 65 millones de años). Sin embargo, no habíamos terminado del todo con los dinosaurios, pues todo indica que esas perdices sobre las que nos lanzamos tú y yo en el altiplano de Hardanger eran descendientes de una determinada familia de dinosaurios, orígenes que comparten con todas las demás aves.

Pero tú, yo y la totalidad de los primates descendemos de unos insectos musarañas que se aventuraron a salir al acabar la tiranía de los dinosaurios carnívoros hace 65 millones de años. ¿Recuerdas cómo bromeábamos con eso? ¿Con que éramos musarañas?

Durante el *Terciario* (hace de 65 a 1,8 millones de años) nuestro orden de mamíferos, los primates, experimentó una rápida evolución, y nuestro tatarabuelo, el *Australopithecus*, o «cerca del hombre», al que ya he mencionado, aparece en el umbral del *Cuaternario* (hace 1,8 millones de años), que es nuestro propio período geológico.

¡En eso creo yo! Creo en la competencia de la cosmología y la astrofísica, y creo en lo que son capaces de contarnos la biología y la paleontología sobre la evolución de la vida en la Tierra. Creo profundamente en la visión del mundo que nos ofrece la ciencia. Es una visión que se va ajustando continuamente, la investigación da dos pasos hacia delante y uno hacia un lado, o un paso hacia delante y dos hacia un lado. Pero yo creo en las leyes de la naturaleza, lo que en última instancia significa las leyes de la física y de las matemáticas.

Creo en lo que es. Creo en los hechos. Aún no tenemos conocimiento de todos los fenómenos ni entendemos todo, existen muchas lagunas en nuestra comprensión. Pero sabemos y comprendemos mucho más que nuestros antepasados.

¿No te parece impresionante todo lo que hemos aprendido sólo en el transcurso de los últimos cien años? Podríamos situar el principio de esta perspectiva de cien años en la teoría de la relatividad de Einstein de 1905. Detrás de la ecuación  $E=mc^2$  hay una profundísima comprensión de la naturaleza de este universo. La energía puede transformarse en masa, y la masa puede transformarse en energía. En la década de los veinte, Hubble descubrió el desplazamiento cósmico hacia el rojo y pudo constatar que las galaxias se alejan entre ellas a una velocidad directamente proporcional a su distancia. Esto hay que considerarlo uno de los grandes descubrimientos del siglo, pues con él llegó el conocimiento de que el universo se expande y que el origen del universo fue el Big Bang, una teoría que de muchas maneras fue confirmada más adelante, entre otras cosas por la demostración de la radiación cósmica de fondo, que nos cuenta que el universo sigue caliente tras la enorme explosión hace 13,7 mil millones de años. En 1990 el gran telescopio espacial —llamado Hubble— era puesto en órbita alrededor de la Tierra, y tras las reparaciones y ajustes necesarios ha conseguido proporcionarnos imágenes muy significativas del universo a muchos miles de millones de años luz en el espacio, y con ello también de la historia del universo igual de miles de millones de años hacia atrás. Mirar hacia el universo es lo mismo que mirar hacia atrás en el tiempo. Hoy en día no hay mucho que nos separe de poder mirar hacia atrás hasta el mismísimo origen del universo, aunque con el telescopio Hubble es imposible mirar más atrás de hasta 300.000 años después del Big Bang. En el transcurso del siglo XX la bioquímica y nuestra comprensión de lo que es vida han experimentado una enorme evolución. Un punto culminante fue la descripción de Crick y Watson de la materia genética —me refiero a la molécula ADN helicoidal— en 1953. Otro gran logro fue conseguir cartografiar el genoma humano, es decir, los aproximadamente tres mil millones de pares de bases de los que consta el material genético. Este mapa estaba terminado hacia finales de siglo. El próximo hito en nuestro conocimiento del universo y de lo que es la materia será el experimento de física más grande del mundo realizado en el CERN en algún momento de 2008.

Antes se solía decir que discutir las grandes cuestiones sobre el origen del mundo o sobre la naturaleza misma de la vida era igual de inútil que discutir la cara oculta de la Luna, pues la Luna nos muestra siempre el mismo lado. Pero hoy en día esa frase resulta no sólo ingenua, sino también inválida, ya que ahora —tras los viajes a la Luna— podemos conseguir fotografías detalladas de la otra cara de la Luna en cualquier librería.

Estoy impresionada. No es verdad, estoy hablando irónicamente.

Me recuerdas a un niño que no sabe contestar a lo que le preguntan y se explaya sobre algo que no tiene nada que ver. Te pregunté qué crees acerca del milagro del mundo, no

lo que piensas que tú y el resto de la humanidad sabéis.

¿No creerás de verdad que fue *eso* lo que te preguntó la joven estudiante cuando llegó a tu despacho? No creo que fuera a verte para que le sirvieras de enciclopedia.

No siento ninguna necesidad de distanciarme de tu explicación astronómica, paleontológica o histórico-científica. Allá tú. Pero sólo hablas de lo material. No contestas a nada. No tienes ninguna teoría de cómo o por qué sucedió todo. No haces más que reflejar el mundo tal y cómo se nos revela a todos.

No dices ni una sola palabra de lo más enigmático de todo –que tal vez sea también lo más esencial– y es que somos a la vez unos luminosos espíritus. Cada uno de nosotros somos una de las almas de este universo. ¿No eran las almas lo que veíamos en «los muñecos» entonces?

Intenta imaginarte a un niño que pregunta a su madre: ¿Quién soy yo? O: ¿Qué es un ser humano? Entonces la madre saca un cuchillo y se pone a cortar el cuerpo del niño para poder responder mejor a la pregunta.

Y sin embargo leí uno de tus párrafos varias veces. Escribes: «Este universo intensamente enigmático tiene, según los últimos cálculos, unos 13,7 mil millones de años. Entonces ocurrió algo que denominamos el Big Bang o la Gran Explosión. ¿Cómo? ¿Por qué? No me lo preguntes y no se lo preguntes tampoco a otros, porque nadie lo sabe...».

En ese límite tan ardiente nos colocamos entonces. Nos entregamos a un agnosticismo extático ante lo «intensamente enigmático». Tal vez fuera ese ardor el que nos dio fuerzas para vivir durante diecisiete días como cavernícolas. Estábamos mareados de asombro y determinados a investigar absolutamente todo. La respuesta de cómo era vivir como seres de la Edad de Piedra estuvo al menos a nuestro alcance.

Mas la distancia entre nosotros hoy no es necesariamente enorme. Tal vez la diferencia se reduce a que lo que tú llamas «Big Bang», yo lo llamo el momento de la creación, o, como se dice en el tercer versículo del libro del Génesis: *Dijo Dios: «Haya luz, y hubo luz»*.

Lo que tú reduces a «descarga de energía» es para mí un acto de creación, y he de confesar que me parece increíblemente soso llegar a una distancia de 0,000000000001 de la mano creadora de Dios sin tener siquiera una vaga sensación de la presencia divina. No indica mucha sensibilidad.

Pero ahora te doy otra posibilidad. ¿Qué *crees*? O, mejor dicho, ¿qué opinas sobre esas cosas que no sabemos?

¿Estás borrando?

¿Cómo?

¿Te acuerdas de borrar mis correos antes de contestarlos?

Bueno.

Lo que ocurre es que me parece que tienes una memoria espléndida en cuanto a cómo me he expresado. Como ese «párrafo» al que te refieres. Lo pusiste incluso entre comillas. Por lo que puedo ver, me has citado palabra por palabra.

Qué majo eres. Siempre he tenido una memoria excelente. Tengo ciertas habilidades.

Bueno...

Jonas y Niels Petter han encendido ya la barbacoa, y a mí me toca hacer la ensalada. Me estoy dando cuenta en este instante de que el chico ya es más alto que su padre. Bueno, veo que voy a estar ocupada lo que queda de noche. ¿Qué tal mañana?

Vale. Mañana tendré tiempo. ¡Que pases una buena velada con tu familia!

Y tú, que te lo pases bien con ese suegro tuyo tan espiritual.

### III

¡Buenos días! ¿Hay alguien ahí?

Me enviaste el correo hace media hora. Ya estoy online delante de la pantalla.

Aquí hace un tiempo maravilloso. Nada de viento y un calor agradable. Me he sacado el portátil fuera y estoy sentada en el pequeño jardín donde mi abuela canturreaba mientras cuidaba de sus flores.

Esto es lo que tiene ser del oeste, ¿sabes? Nunca renunciamos a un caluroso día de verano. En honor al sol y al mundo que me rodea me he puesto un ligero vestido amarillo con unas enormes aplicaciones de cerezas, y delante de mí en la mesa tengo, aparte del portátil, un plato con cerezas que he bajado a comprar a la tienda del muelle.

¿Y tú?

Creo que ya te conté que vivimos en el barrio de Nordberg, no muy lejos de donde vivíamos tú y yo. De hecho, recuerdo que una vez, dando un paseo, pasamos por la casa en la que vivo ahora, en la parte alta de la calle Kongleveien. Pero supongo que habrás olvidado los nombres de las calles de un barrio por el que no has pasado en más de treinta años.

Estoy sentado en una terraza acristalada mirando nuestro jardín, que da al sur. Es casi como estar fuera, porque he abierto dos grandes ventanas y hay por aquí un abejorro que no hace más que entrar y salir. Berit quería llenar todo esto de flores, pero conseguí hacerle ver que tenemos flores de sobra en el jardín. A cambio, he tenido que aceptar una enorme cantidad de plantas en la terraza durante todo el invierno, cuando por las ventanas abiertas no entran ni salen abejorros ni avispas. Se trata de un acuerdo típicamente matrimonial. Hay que ser capaces de llegar a esta clase de arreglos.

Berit acaba de reincorporarse a su trabajo después de las vacaciones. Tal vez te haya dicho ya que es oftalmóloga y que trabaja en el Hospital de Ulleval. Mis hijas, Ine y Norun, están por ahí, como de costumbre, tan alocadas como el propio verano, de modo que estoy solo en la casa.

Recuerdo muy bien esa calle y que paseábamos por ella. Íbamos andando hasta la estación de Berg, y a veces incluso hasta la universidad. No fueron un par de veces, Steinn. Además, casi siempre que voy a Oslo me doy una vuelta por Kringsjá, donde está la residencia universitaria. No te olvides que viví allí cinco años, y que fueron unos años muy importantes, yo formaba parte de ese lugar. Incluso hoy en día suelo darme una vuelta o dos alrededor del lago Sognsvann. No es un «área restringida», ¿verdad?

En absoluto. Me agrada saber que has estado por aquí.

Pero nunca me he encontrado contigo. Alrededor del lago de Sognsvann, quiero decir.

Ya ves.

¿El qué?

La casualidad. Que no siempre ocurre.

Tal vez El Gran Reencuentro estaba previsto para aquella terraza del viejo hotel...

Eres muy graciosa. Por cierto, cuando das la vuelta al lago, ¿lo haces en el sentido de las agujas del reloj o al contrario?

Siempre al contrario, Steinn. Así lo hacíamos siempre.

Yo soy tan conservador como tú. Eso significa que puedo haber ido cincuenta o cien metros detrás de ti. Ahora he empezado a hacer footing, así que la próxima vez puede que te alcance.

Por el momento me interesa más formarme una imagen de ti sentado delante del ordenador en una terraza acristalada de Nordberg. He tomado nota del abejorro que acaba de pasar por tu terraza, pero necesito saber más cosas para olvidarme por completo de que en realidad nos encontramos a una distancia de dos traspbordadores y 600 kilómetros. ¿No podrías darme algún otro dato?

Bueno. Llevo una camiseta blanca y un pantalón corto, y estoy descalzo. Delante de mí, en una minúscula mesa, en realidad no es más que un simple soporte, tengo un portátil tamaño A4. En el alféizar he colocado un café expreso doble y un vaso de agua mineral. Estoy sentado en una banqueta alta que no sé de dónde ha salido. Fuera hay una temperatura de casi 25 grados, y en el jardín, que está rodeado por un seto, veo un peral con las peras verdes, además de dos ciruelos con las ciruelas azuladas, casi maduras, creo que son de una clase que se llama Herman. Alrededor de un viejo reloj de sol crecen en abundancia unas plantas de la moneda amarillas que florecen casi todo el verano, y a lo largo del camino de gravilla se yerguen unos astilbes blancos y rojos; salen tarde, pero se mantienen como pequeñas columnas hasta muy entrado el otoño.

¿Sirve esto de compensación por las dos travesías en traspbordador y los 600 kilómetros?

Me sirve de sobra, porque ahora te puedo alcanzar. Pero ¡pantalón *corto*! Nunca lo llevabas entonces. Solías llevar pantalones de pana, unas veces marrones, otras beiges, y otras de un rojo intenso. Así que *algo* sí ha cambiado.

Ya puedes empezar a hablarme, Steinn. Aquí estoy.

¿Empezar a hablarte?

Quiero darte otra oportunidad de contarme lo que opinas de las cosas que no puedes explicar.

Ya. Creo que me hiciste esa misma pregunta aquel día, y no recuerdo muy bien lo que te contesté. Pero después de que os marcharais de la Ciudad del Libro aquel miércoles, estuve paseando por el jardín, reflexionando una vez más sobre por qué nos separamos. Es verdad que se trataba de algunas cuestiones de fe. Ya que me había vuelto a acordar de la «Mujer de los Arándanos» intenté rememorar todas las conversaciones que mantuvimos sobre esos temas, hasta que de repente se hizo un insidioso silencio entre los dos y nos quedamos bloqueados.

Casi me da miedo volver sobre el tema. Es cierto, como bien dices, que estuve en el dormitorio fumando durante casi toda aquella noche; me sentía abatido, pues veía que ya no éramos capaces de mantener un diálogo. Apenas podíamos estar en la misma habitación. Cuando por fin me tumbé en la cama, ya de madrugada, sólo quedaba un cigarrillo en el paquete. Lo recuerdo muy bien, porque el último lo encendí sentado en el borde de la cama, cuando volví a levantarme sólo media hora después. Antes de fumarle la mitad, lo apagué y fui al salón. Allí estabas tú, sentada en el borde del sofá, también con un cigarrillo en la mano.

Steinn, dijiste sin más, pero había algo en tu mirada, y yo hice un gesto afirmativo.

En el transcurso de ese día comprendí que te irías. Y tú sabías que yo me había dado cuenta. No intenté retenerte.

¿Y me vienes ahora, treinta años después, preguntando que en qué creo? Puede que te decepcione, pero no sé si tengo «fe» en algo. Me resulta más fácil precisar en lo que no creo.

Me parece que te estás poniendo un poco difícil. ¿En qué *no* crees?

Tal vez pueda decirlo con una sola palabra. No creo en ninguna clase de *revelación*. Por lo demás, hay mucho de qué sorprenderse y maravillarse, y muchísimo que no sabemos. Existe un campo casi ilimitado de lo que uno puede creer y dudar.

¿Sí?

Usamos la palabra creer en muchos contextos diferentes. Podemos creer que el Manchester United ganará al Liverpool, o podemos creer que mañana hará buen tiempo. Con eso queremos decir que una cosa nos parece más probable que la otra. Tal vez sea más probable que el Manchester United gane el partido del domingo, y tal vez existan muchos indicios de que mañana vaya a hacer buen tiempo. Pero, claro, no es ese tipo de asuntos lo que aquí se discute.

Hay otra categoría de cuestiones de fe que por ahora podemos dejar; me refiero a una que ya has mencionado, es decir, si lo que llamamos Big Bang ocurrió así como así, por su cuenta, o si fue el resultado de un acto de creación divina. Éstas son cuestiones a las que ninguno de los dos podemos dar una respuesta definitiva, en otras palabras: se trata de una típica cuestión de fe. Yo siento un gran respeto por la idea de que el Big Bang pueda deberse a un milagro de Dios, pero la propia palabra o concepto «Dios» está demasiado cargada de interpretaciones humanas para que pueda emplearla. En mi opinión, otra cuestión que a ti te preocupa pertenece también a esa misma categoría, es decir, si hay algo dentro de nosotros, un «alma» o un «espíritu» que sobreviva a la muerte. Por mi parte, no considero probable que algo dentro de mí sobreviva al que soy yo, pero no es porque piense que una idea de esa clase sea incompatible con la ciencia, aunque sí podría decirse que se encuentra en el límite. Ahora bien, no es mi intención menospreciar la fe en una vida después de ésta, y mucho menos quitártela a ti, sobre una base científica.

Vale. ¿Y qué?

Que no creo que existan unas fuerzas «sobrenaturales» que constantemente intervengan en la vida humana,

«revelándose» ante nosotros. Debería haber sido más claro sobre este punto entonces, porque no fue tu repentina convicción de la existencia de una vida después de ésta lo que me hizo reaccionar, sino el que asociaras esa idea con que la «Mujer de los Arándanos» fuera una revelación del más allá. Y, como tú misma has señalado, ella fue algo que vimos los dos. Aunque inmediatamente yo también la asocié con lo que habíamos vivido junto al lago de la montaña, era incapaz de creer que ella murió allí, y que ahora hace poco haya venido a encontrarse con nosotros desde «el otro lado».

Entiendo. Sigue, Steinn. Estoy más que dispuesta a intentar comprenderte del todo, y luego, cuando me toque a mí, procuraré hacerme entender. Háblame, lo soportaré.

Entonces escucha esto: yo no creo que haya ocurrido nunca, en la historia de la humanidad, que dioses o ángeles, espíritus o antepasados, duendes o monstruos, se hayan aparecido alguna vez o se hayan manifestado de algún modo ante individuos o pueblos, y la razón es la más sencilla posible: ese tipo de seres no existen.

Ya me he comido cinco cerezas. Voy dejando los huesos en la mesa delante de mí, así resulta más fácil llevar la cuenta.

Por aquí corren rumores de que van a cerrar la Tienda de Eide, que ha sido regentada por la misma familia desde 1883. Hay tiendas tanto en Nára como en Ytterøygrend, aunque en toda la isla no hay más que un par de cientos de habitantes, me refiero a gente que viva aquí todo el año. De todos modos, me resulta muy triste que nos quedemos sin tienda en el cabo. Por supuesto se puede coger el coche o la bicicleta e ir a hacer la compra a Nara, pero cuando una población tan pequeña como Kolgrov se queda sin tienda, toda la sociedad empieza a disgregarse, al menos en invierno, cuando no hay turistas.

¿Recuerdas los paseos en bici que dimos aquel verano? Sé que sí. Todas las tardes íbamos a Søndre Gjønnvág a contemplar el mar y la puesta del sol, y en el camino de vuelta queríamos bañarnos en todas las charcas.

Sigue, Steinn. No soy tan delicada como te imaginas. Escribes que no crees en ninguna fuerza sobrenatural.

Tú eres la que preguntas. Aquí tienes mi telescopio Galileo. Intenta imaginarte que todas las ideas sin excepción sobre los fenómenos «sobrenaturales» son concepciones puramente humanas que en cualquier aspecto carecen de una base que no sea el propio ser humano. En ese ámbito sí tienen, en cambio, una tierra muy fértil en la que crecer. Creo que existen tres factores decisivos: la fecunda imaginación del ser humano, nuestra necesidad inherente de buscar causas ocultas incluso donde no las hay y, por fin, nuestro anhelo innato de una existencia después de ésta, es decir, una vida después de la muerte.

Este cóctel de naturaleza humana ha demostrado ser excepcionalmente productivo. En todos los tiempos —y en todas las sociedades y culturas— los seres humanos han producido conjuntos de ideas referentes a seres sobrenaturales, tales como espíritus, antepasados, dioses, monstruos del caos, ángeles o demonios.

Vaya, vaya. Veo que estás muy seguro.

Empecemos por nuestra burbujeante imaginación. Todo el mundo sueña, lo que significa que es imposible protegerse al cien por cien contra las alucinaciones, y en algunos casos esto también puede ocurrir estando despierto. Nos parece ver y sentir fenómenos sin que lo que percibamos tenga una base real. ¿Quién no se ha

preguntado alguna vez si ese recuerdo es algo que uno realmente ha vivido o si sólo es algo que ha oído contar o ha pensado, soñado o imaginado?

Yo mismo he conocido a personas que dicen haber visto representantes de «los subterráneos». Ahora bien, nuestras cabezas están tan llenas de sensaciones e impresiones que no es de extrañar que a veces rebosen, me refiero a que puedan surgir esas pequeñas perturbaciones que denominamos alucinaciones o quimeras.

El convertir nuestras fantasías en lo que llamamos «verdades de fe» ocurre cuando otorgamos a esas fantasías o a las de otros la categoría de seres reales, independientemente de nuestra conciencia o de la de otros. Me refiero a todo, desde los espíritus de la naturaleza a una multitud de figuras míticas como las encontramos en las antiguas religiones nacionales, hasta las concepciones más elevadas o intelectualizadas que nos presentan las grandes religiones universales; por ejemplo, la idea de un Dios omnipotente que se ha revelado ante los seres humanos de la Tierra, es decir, en nuestro planeta dentro de la Vía Láctea.

Déjame añadir de todos modos un matiz importante. En todas las religiones existe además un puñado de ideales éticos y un baúl de experiencias humanas que pueden tener un gran valor en sí mismos. Como ya he señalado, no es que quiera menospreciar la *vida religiosa* de la gente. Pero todo tiene un límite, y para mí está en cuando por escrito u oralmente me encuentro con personas que alegan que un Dios todopoderoso se les ha revelado con un mensaje específico ante el que todos los demás tenemos que arrodillarnos. Millones de personas andan por este planeta pensando que Dios les habla —y las instruye— de un modo muy personal. Además hay millones y millones de personas que se sienten convencidas de que existe un Dios todopoderoso que dirige cada cosa que ocurre en la Tierra, ya sea un tsunami, una guerra atómica o la picadura de un mosquito.

O que se me acabe la batería del portátil aquí, en la boca del mar. Intentaré buscar una solución al problema. Pero tú sigue escribiendo. Por el momento no me queda batería para entrar en una larga discusión contigo, y con este tiempo tan maravilloso no quiero meterme en casa.

¿Entonces quieres que siga?

Sí, Steinn. Luego me tocará a mí, espero que estés psíquicamente preparado para ello. Tal vez sea yo la que tenga que volver sobre el asunto de lo que nos pasó entonces. No sé de cuántas cosas te acuerdas tú. Pero ahora sigue.

Para decir la verdad, no me hace mucha ilusión pensar que vas a volver sobre aquello, pero mientras sigamos borrando, aceptaré tus condiciones. Sigo pues.

Hemos mencionado lo que llamamos la «solución religiosa». Pero la naturaleza humana no cambia, y sabes bien que nunca he tenido fe en ese largo menú de fenómenos «paranormales» o «sobrenaturales» de la parapsicología. Y no estoy pensando únicamente en los salones de la época victoriana con sus sesiones de espiritismo y todas las variantes de nigromancia, ya que esa forma de desdoblamiento de la realidad parece estar pasada de moda, me refiero sobre todo a las ideas muy vivas hoy en día sobre la telepatía y la clarividencia, la psicokinesia y los espectros. Además, muchas ideas antiquísimas sobre ángeles y «ayudantes» han tenido en los últimos años un intenso florecimiento. Pero también esas ideas se basan en una forma de fe en las apariciones, relacionadas con la convicción de que es posible entrar en contacto con ciertas fuerzas trascendentales o sobrenaturales. No hace mucho causó cierto revuelo el que un treinta y ocho por ciento de la población noruega manifestara su fe en la posibilidad de los seres humanos de comunicarse con los ángeles.

En la lista de esos pseudofenómenos incluyo también todas las formas de adivinación, porque éstas también están condicionadas por la existencia de un destino predestinado que puede ser revelado mediante ciertas técnicas. Sobre todo con la ayuda de adivinas bien pagadas —una verdadera industria, que en su volumen de ventas tal vez pueda ser comparable a la del sexo. Supongo que la pornografía y el ocultismo se venden más o menos por igual, aunque uno de los dos fenómenos trate de algo radicalmente natural y el otro de algo «sobrenatural».

De lo único que es capaz la llamada parapsicología es, en mi opinión, de proporcionarnos el mapa de un terreno que no existe, es decir, un paisaje inexistente o imaginado. Esto no significa que toda literatura

parapsicológica carezca de valor. Como descripciones de todo lo que se mueve de ideas e imaginaciones en el pueblo llano, esta literatura puede ser tan interesante como la historia de las religiones, el folklore y otras materias culturales. Nuestros cuentos populares no nos parecen en absoluto carentes de valor, y estamos contentos de que Snorre recogiera por escrito gran parte de la mitología nórdica y germánica antes de que se olvidara.

Tengo más cosas que decir, pero recibo gustosamente comentarios por el camino, así que envío estas reflexiones tentativas antes de que se te haya descargado del todo la batería.

\* \* \*

No recibo respuesta tuya, supongo que ya estás teniendo problemas con la batería. Entonces hasta nuevo aviso, quiero decir hasta que me contestes, continuaré mi pequeña disertación.

Al rechazar toda clase de fenómenos sobrenaturales, soy a la vez escéptico ante todas las ideas y concepciones correspondientes dentro de las religiones establecidas. En mi opinión, se trata de dos caras de la misma moneda, y me pregunto si sirve de algo trazar una línea divisoria fundamental entre las religiones de revelación, por un lado, y un trato más frívolo o no dogmático con ideas de «fenómenos sobrenaturales» por otro. A diferencia de la enorme flora de anécdotas sobre sucesos «sobrenaturales», relatos parecidos han cuajado como dogmas en las grandes religiones del mundo y han seguido viviendo en el marco de una fe bien organizada en la intervención de las fuerzas divinas.

¿Cómo se puede distinguir entre «fe» y «superstición»? La fe de uno es la superstición del otro, o viceversa. La balanza de la Justicia tiene dos platillos.

No veo muy bien la diferencia entre la glosolalia y la fraternización de los espiritistas con los espíritus. ¿El que practica la glosolalia no es también un «médium»? No veo ninguna diferencia entre las profecías religiosas y una extensísima flora de adivinaciones. El llamar a esos fenómenos «milagros» o psicokinesia, «ascensión» o levitación, es para mí lo mismo, ya que se trata en cualquier caso de una suspensión de todas las leyes naturales.

La propia idea de que «lo sobrenatural» se nos pueda aparecer en algunos casos excepcionales, es algo que tienen en común tanto la creencia popular como la parapsicología y las religiones mundiales, al contrario de lo que llamaríamos un concepto naturalista o científico del mundo. Empleas la palabra «aparición», que significa más o menos lo mismo que «revelación».

Un motivo fundamental de la investigación parapsicológica a la que haces referencia era precisamente el intento de asegurar un fundamento científico de la fe en una vida después de la muerte, algo que se intensificó cuando el darwinismo y los librepensadores habían empezado a amenazar las religiones tradicionales. Mencionas al matrimonio Rhine, y yo he hecho un par de averiguaciones. Tanto para ellos como para otros pioneros dentro de la parapsicología experimental, el propio incitamiento se encuentra en querer afirmar la inmortalidad del alma. Si consiguieran presentar pruebas irrefutables de que la telepatía es un fenómeno auténtico, les sería mucho más fácil defender la fe en que el ser humano tiene un alma «libre» que sólo visita al cerebro provisionalmente, sin estar indisolublemente atada a él. Pero hasta la fecha no se ha conseguido una prueba irrefutable de esa clase.

Vuelvo a enviar. ¿Me recibes?

¡Sí señor! He encontrado un viejo alargador en el cuarto de las herramientas y he podido conectarme. Con un largo cable rojo colgando, mi portátil parece un satélite de la red eléctrica de la isla. En este momento está físicamente atado a la casa y al entorno, *pero no irrefutablemente*.

Por cierto, acabamos de instalar una red inalámbrica que cubre todo el pequeño jardín. Sin enchufes ni cables de ninguna clase, desde aquí puedo comunicarme con el mundo entero.

Intenta imaginarte que no sea sólo un ser humano el que ha conseguido crear algo como las redes inalámbricas...

¿Te refieres a la telepatía y tal vez al contacto con los espíritus de la muerte?

Tengo muchos pensamientos en la cabeza. Pero prefiero que primero tú digas lo que quieres decir para que yo luego tenga una posibilidad razonable de entenderte. Primero presentarás tus opiniones, y yo puedo preguntar y hurgar un poco entremedias. Luego me tocará a mí entrar en escena conmigo misma y todo lo mío.

Me parece muy bien, con tal de que no nos olvidemos del último punto, porque yo también quiero intentar entenderte a ti.

Además tengo que relatar en detalle lo que realmente nos sucedió, porque no soy capaz de distinguir entre la vivencia de entonces y mi vida de creyente hoy en día. Creo que tú puedes haber olvidado algunas cosas, algunos detalles muy significativos, quiero decir. Como ya te he dicho: tengo muy buena memoria.

Eso es algo sobre lo que podemos volver más adelante, ¿no? Si realmente debes hacerlo, quiero decir. Si debemos hacerlo. Aquella vez nos prometimos, ¿te acuerdas?, que jamás volveríamos a hablar de eso.

Vamos a ver. Esto es un proceso.

Cuando encontré el largo alargador, valga la redundancia, y me lo traje al jardín, mi hija Ingrid alzó la vista al cielo. Creí que estabas de vacaciones, exclamó. Así que piensa que estoy haciendo algo que tiene que ver con el consejo escolar o preparando las clases de francés del curso que viene. Por cierto, este año también voy a dar algunas horas de italiano. Nada de esto habría sido digno de atención, porque sólo queda una semana para la vuelta al instituto. Pero hace un momento que Niels Petter y Jonas volvieron de su excursión de pesca. Niels Petter nos echó un vistazo casi preocupado a mí y al alargador, antes de acercarse y acariciarme la nuca, mientras se servía cerezas. De un modo ostentoso evitó echar una mirada a la pantalla de mi ordenador, la cual, por cierto, no resulta fácil de leer con esa intensa luz solar. Creo que sabe que estoy escribiéndome con alguien, y sospecho que pueda pensar que es contigo. Yo por mi parte no me atrevo a decir lo que estoy escribiendo ni a quién estoy escribiendo, y es como si él tampoco se atreviera a preguntar.

¿Alguna noticia de Nordberg? Si no sucede algo pronto en esa terraza acristalada, me temo que voy a perderte de vista.

Esta tarde apenas he hecho otra cosa que escribirte, esperar tus respuestas y leerlas. Tú sueles acusar recibo enseguida. Aunque para decir la verdad, acabo de ir a por una co-pita de calvados. Ese café expreso era demasiado ligero.

No te levantes a por más copitas, Steinn. Sigue escribiendo. Estabas con la

## parapsicología y lo sobrenatural.

Así es.

El conocido prestidigitador norteamericano James Randi ha instituido un premio para el primero que sea «capaz de demostrar cualquier tipo de poderes paranormales, sobrenaturales u ocultos mediante pruebas acordadas por ambas partes». Esta iniciativa se llama el *Desafío Paranormal del Millón de Dólares*, y fue lanzada en 1964, cuando Randi ofreció mil dólares de su bolsillo al que fuera capaz de demostrar algo sobrenatural. Esta iniciativa recibió un gran apoyo y con el tiempo la suma se elevó a un millón de dólares, pero hasta la fecha nadie ha superado la prueba.

Seguro que objetas que las personas que tienen poderes ocultos y sobrenaturales no necesariamente tienen que ser tan avariciosas. Pero incluso entre los miles de charlatanes que llegan a las columnas de los periódicos y los programas baratos de los canales de telebasura, casi nadie se ha declarado dispuesto a probar suerte en el *Desafío Paranormal del Millón de Dólares* para llevarse el premio de Randi. ¿Y por qué no? La respuesta es muy sencilla: porque no existe ningún ser humano que tenga poderes «ocultos» o «sobrenaturales».

La mayor parte de los aspirantes al desafío, y son muchos, no procede de las filas de los actores profesionales del mercado de lo sobrenatural. Este grupo huye de él como de la peste, y es natural, porque Randi está amenazando con aniquilar toda una industria. (No logrará hacerlo nunca, claro está, porque el mundo desea ser engañado.)

Una de las estrellas de los «clarividentes» estadounidenses, Sylvia Browne, participó con Randi hace unos años en un duelo televisivo del programa *Larry King Live*, y cuando Randi la retó a mostrar sus poderes bajo condiciones controladas, ella prometió en el transcurso del programa que se dejaría someter a una prueba. De eso hace ya muchos años, y sigue sin presentarse a las pruebas de Randi. No sé dónde encontrarlo, se disculpó en una ocasión. Me parece increíble que alguien que afirma estar en posesión de poderes ocultos no sea ni siquiera capaz de encontrar un número de teléfono en la guía.

La mayor parte de los aspirantes al *Desafío Paranormal del Millón de Dólares* han sido individuos ingenuos, inocentes o perturbados. Por esa razón Randi se ha visto obligado a adoptar medidas cada vez más severas para que la prueba pueda llevarse a cabo sin peligro para los que se presenten a ella. Si por ejemplo un hombre pretende demostrar su capacidad de tirarse de un edificio de diez plantas y salir ileso, Randi no está dispuesto a correr ese riesgo.

Pero en el fondo ese *Desafío Paranormal del Millón de Dólares* no haría ninguna falta, porque si alguien realmente es clarividente o tiene poderes sobrenaturales, hay muchas otras maneras de hacerse rico. Ya he mencionado la ruleta, pero también otros típicos juegos de salón deberían proporcionar abundantes posibilidades de ganancias para los que poseen poderes sobrenaturales. Pero nunca he oído hablar de un equipo de póquer que haya expulsado a uno de los jugadores por ser vidente. Lo que se desea es protegerse contra el fraude.

Poderes sobrenaturales y fraude. Estamos hablando de dos amigos inseparables, tan viejos como la propia humanidad.

Y el millón de James Randi sigue intacto.

Un último reducto por ahora de lo «sobrenatural» ha sido para muchos la experiencia de «coincidencias significativas» o «coincidencias no casuales», lo que Carl Gustav Jung llama *sincronicidad*. Éste es un tema que ya hemos tocado en relación con nuestro reencuentro en el fiordo, y no somos los únicos que han tenido experiencias de este tipo. Piensas en una persona a la que no has visto en varias décadas y al doblar una esquina aparece precisamente esa persona. Muchos interpretan ese tipo de incidencias como la última prueba de una dimensión sobrenatural. No es extraño que los segundos siguientes a una casualidad como ésa, uno se sienta algo aturdido o desamparado.

Pero, como ya he insinuado en algunos de mis primeros correos, lo que Jung llama «sincronicidad» no son más que puras coincidencias.

Siempre tan excesivamente seguro de ti mismo. Sin embargo, no todo lo que «es» ni todo lo que «sucede» puede medirse mediante métodos científicos. No me resultaría muy extraño que la ciencia de este mundo sólo fuera capaz de demostrar lo que es de este mundo.

¿Por qué no dejas a cada uno creer lo que quiera? ¿No se dice *vive y deja vivir*?

Sí, la gente puede creer en lo que le dé la gana. Pero cuando alguien afirma haber visto apariciones de altos poderes, tenemos derecho a desviar un poco la vista. Sabes bien que hay individuos o grupos de personas que alegan una misión o una vocación de Dios, trátase de una misión dulce o dura. Otros se limitan a decir que oyen «voces» y se hacen tratar por un psiquiatra.

Las afirmaciones de «milagros» o «prodigios» han sido aprovechadas en el transcurso de la historia por individuos y pueblos enteros con el fin de conservar posiciones y privilegios, pero también para motivar actos represivos e inhumanos. Sabemos que la religión puede inspirar a los seres humanos acometer actos piadosos, altruistas y filantrópicos, pero tanto la historia como los medios de comunicación de nuestros días nos muestran cómo se puede abusar de las concepciones religiosas. Las atrocidades cometidas en nombre de dioses, patriarcas y antepasados han estado presentes en la historia de la humanidad en todos los tiempos.

Jesús fue capaz de detener a una pandilla de hombres a punto de linchar a una mujer a la que habían pillado cometiendo adulterio. Se sigue linchando, y existen países en los que el violador queda inmune, mientras que la mujer violada puede ser condenada a muerte por linchamiento.

Hace poco, en un país árabe, un hombre fue ahorcado entre otras cosas por haber intentado que un matrimonio se separara mediante artes mágicas. Y en el mismo país una mujer fue condenada a la decapitación por haber inducido, mediante artes mágicas, que un hombre quedara impotente. Es muy injusto hacer que un hombre se vuelva impotente, claro que sí. Pero en este caso podría justificarse el ir contra la idea de que la «magia» o «artes mágicas» sean fenómenos reales. La maldad existe, pero en mi opinión es importante señalar que toda maldad cometida por los humanos es obra de los humanos, y no de demonios y malvados espíritus.

Si hacemos una panorámica, vemos que la humanidad sigue impregnada de la fe en la magia, en el contacto con los antepasados o los muertos, y en todo el registro de los llamados fenómenos paranormales. En África, Asia y América Latina, las ideas de brujería, magia negra y las exigencias de los antepasados a la conducta de cada uno, son tan exhaustivas que dominan las vidas de millones de personas. Pero la superstición florece también en los países industrializados. Grandes partes de la población de Europa y Estados Unidos confiesan creer en fantasmas, en la posesión por malos espíritus, en que sea posible comunicarse con los muertos, y también en fenómenos más «civilizados», como la clarividencia, la telepatía y el preconocimiento.

He escrito que se puede «abusar» de las ideas religiosas, pero también la tortura y los actos violentos pueden basarse en paradigmas religiosos. El celo empleado en combatir a enemigos, incrédulos o pueblos enteros no ha estado del todo carente de ideales divinos. Para los fundamentalistas —y fundamentalistas hay en todas partes del mundo— todo lo que se encuentra en escrituras antiguas y reveladas puede ser normativo. Por esa razón necesitamos una constante crítica religiosa. En la mayor parte del mundo eso ya no constituye una actividad que conlleve peligro de muerte, pero aún existen muchas excepciones, y tanto más importante resulta la crítica.

\* \* \*

¿Estás ahí, Solrun?

Sí, Steinn. Pero tengo que tragar saliva antes de poder contestar. Espera un poco.

Espero.

Estoy de acuerdo contigo en lo último, y me uno gustosamente a ti en tus ataques al dogmatismo y al fundamentalismo. Aunque yo encuentro muchos pasajes que me alegran y me maravillan en el Nuevo Testamento, no creo que la Biblia haya sido dictada letra a letra por Dios. Para mí un núcleo es la fe en Jesucristo resucitado.

¡Hace un rato Niels Petter ha vuelto a subirse a la escalera de aluminio para dar una *tercera* mano a los marcos de las ventanas! Ahora está cogiendo frambuesas. Me parece que está deambulando por el jardín porque yo estoy aquí escribiendo. Me ha preguntado

qué estaba haciendo y le he contestado la verdad. En este momento estoy enviando un correo a Steinn, le he dicho.

¿Tienes algo más que decir? ¿O se ha acabado la crítica a las religiones por esta vez? Me parece que has dicho bastante. ¿Tal vez has dicho *suficiente*?

Me queda un último punto.

¡Adelante Steinn! Al menos aquí no va a haber censura.

Gran parte de la fe en las revelaciones se basa en la idea de que la vida en este mundo es sólo un puerto de tránsito en el camino hasta la parada final del cielo. De esa manera las condiciones aquí y ahora se vuelven menos importantes de lo que habrían sido si no hubiera habido una existencia más amplia y más auténtica en el más allá.

Como investigador climático nunca me canso de repetir que tal vez tengamos sólo este planeta al que aferrarnos. Pero mucha gente alberga la idea de que a la larga tal vez no sea tan importante cuidar de este planeta y de nuestra base existencial física, ya que el juicio de Dios y la salvación de los creyentes están a punto de ocurrir de todos modos. De esa forma nuestra existencia terrenal puede llegar a considerarse como una parada intermedia, y existen grupos de creyentes que prevén un colapso de la biosfera simplemente porque se concibe como un augurio del final y del regreso de Jesucristo. ¡De eso hablan las sagradas escrituras!

Según un sondeo de la CNN, hasta un 59% de los norteamericanos cree en las profecías del Apocalipsis y en que el Día del Juicio tendrá lugar conforme a lo que cuenta Juan de una manera muy imaginativa. Pero no basta con eso. Abundan los predicadores y pastores que se prestan gustosamente a abonar los conflictos internacionales para poder así contribuir a la *aceleración* del regreso de Jesucristo. Estos cristianos del Día del Juicio pueden tener influencia hasta dentro de la Casa Blanca, porque se esconden bajo la superficie como topos, sobre todo en relación con las elecciones presidenciales norteamericanas.

Sabes que me encuentro bastante alejado de los miedos a las profecías apocalípticas, y seguramente tú también. Pero me aterra lo que llamamos las profecías autocumplidoras. Porque tal vez no haya ningún nuevo cielo, ninguna nueva tierra. Tal vez no llegue ningún «Día del Juicio Final» con la salvación de los creyentes. Tal vez este planeta sea lo único que tenemos, nuestro único hogar y nuestra única pertenencia. Si es así, no hay nada más importante que la responsabilidad que tenemos de administrar este planeta y la pluralidad de especies.

Sí, sí Steinn. Vamos a cuidar de este planeta. Pero creo (T) que no deberías rebajarte a echar la culpa de la destrucción ambiental a los creyentes. Yo supongo que muchos de los que creemos tenemos más respeto por la naturaleza que los que no creen en nada. ¿No entiendes que el desenfrenado consumo en grandes partes del mundo es el resultado de un crudo materialismo? Lo contrario de una orientación espiritual, diría yo. Ahora se le da la vuelta a todo para encontrar maneras de reducir las emisiones de gases climáticos. Lo único que nadie se atreve a introducir en la contabilidad son las posibilidades que tenemos de reducir el alto consumo, esa mezcla de usar y tirar más loca de la historia. Vivimos en una época histórica que tal vez sea definida por nuestros descendientes como el *fascismo del consumo*, y estoy convencida de que la ideología del consumo de nuestra época puede interpretarse en muchos sentidos como un sustituto de la religión.

Tal vez tengas razón, renuncio con mucho gusto. En realidad no tengo ninguna base para decir que los que creen en una existencia después de ésta se responsabilizan menos del planeta que los que no comparten sus creencias. Pero advierto contra el apoyarse en la idea de que «el cielo y la tierra van a sucumbir» y que a los

creyentes les espera un nuevo mundo de salvación.

Aquí va a tener lugar un pequeño cambio de escena. Creo que todos están un poco hartos de que me haya aislado durante todo el día, y he de admitir que el aislamiento se ha llevado a cabo de una forma bastante demostrativa. Tal vez lo del alargador desde la mesa del jardín hasta dentro de la casa haya sido un poco exagerado. Hoy es nuestro último día aquí, y tú y yo llevamos más de seis horas «hablando», por mi parte interrumpidas sólo por unos pequeños paseos a lo largo de los macizos de flores con una gran regadera hasta que oía la señal en el portátil anunciando tu respuesta, entonces dejaba la regadera y me apresuraba a volver al ordenador. Niels Petter ya no me mira cuando pasa por aquí. Y pone cara de pocos amigos.

Ya he enrollado el alargador y lo he vuelto a dejar en el cuarto de las herramientas. La batería está cargada a tope, pero el plato de cerezas está vacío.

En el plano familiar tengo que mejorar. He anunciado mi intención de responsabilizarme plenamente de la cena de hoy. Vamos a comer bacalao fresco. Los chicos volvieron esta mañana con tres grandes bacalaos. Apenas les he echado un vistazo, a los peces quiero decir, pero tengo localizada una botella de vino de Borgoña. Ése será hoy mi pequeño triunfo. La escondí en el fondo de un cajón de ropa pensando precisamente en una posible cena de bacalao fresco la última noche de vacaciones.

Siempre insisten en salir a pescar el último día, y ni siquiera en esas modernas bolsas para congelados me gusta llevarme pescado a la ciudad. La gente de Bergen no nos paseamos por el Oeste con pescado fresco en una bolsa de congelados. Preferimos ir al mercado y comprar peces vivos.

Se me ha ocurrido algo. ¿Por qué no acabas con unas palabras sobre cómo fue la inauguración de la nueva exposición climática?

Pondré agua a hervir para el pescado, pelaré unas patatas de esta región, haré una ensalada y pondré la mesa. Luego volveré a leer tu correo. Pero yo ya no escribiré más.

¿De acuerdo?

Acababas de marcharte y me quedé dando vueltas en la gran pradera junto al fiordo. Luego me pasé por el hotel para darme una ducha antes de bajar al salón. Allí saludé a algunos de los demás invitados antes de iniciarse el miniseminario sobre el desmoronamiento de los glaciares, clima e investigación polar en el Café Mikkel. Tras una copa de vino blanco y una interesante exposición sobre la historia del hotel, del pueblo y del turismo glaciar, empezó la cena. Me sentía un poco honrado por haber sido colocado en la «mesa presidencial».

Después de la cena intenté pedir una copa de calvados. Había estado pensando en ti toda la tarde, o mejor dicho, en nosotros, y en aquel viaje en coche a Normandía. Pero ya no tenían calvados. Era como si lo hubiera soñado, como si nunca hubieran tenido aguardiente de manzana. ¿Recordaba yo bien? Si lo del calvados se debía a un recuerdo radicalmente equivocado, ¿cómo podría entonces fiarme de todo lo demás que creía recordar de aquellos tiempos? Protesté enérgicamente contra la oferta de una copa de coñac por cuenta de la casa. Creo que la joven que me atendió había oído rumores de que era yo el que daría el discurso en la comida al día siguiente, pero rechacé su oferta y opté por una cerveza y una gotita de vodka a cuenta mía.

Había tantas voces alegres en el salón que subí pronto a mi habitación a acostarme. Me dormí casi al instante. No sólo había bebido cerveza y vodka, también me había reencontrado contigo. Había estado de nuevo en Fjellstølen. Y había vuelto a pasar por el bosque de abedules.

A la mañana siguiente me despertaron los gritos de las gaviotas y bajé en el momento en que estaban abriendo las puertas del comedor. También esa mañana me saqué la taza de café a la terraza. Tú ya te habías marchado. Me senté al sol a escuchar las hojas del haya roja susurrar en el viento. Las gaviotas aleteaban y gritaban sobre el supermercado de la Cooperativa y el viejo muelle de barcos a vapor. En el fiordo divisé una figura vestida de verde pescando desde una barca de remos.

Había algo dentro de mí que protestaba contra ese ambiente matutino tan idílico.

Unas horas más tarde nos llevaron en autocar hasta el Museo Glaciar. Señalaron la altura que podría alcanzar el fiordo dentro de unas décadas si no controlamos el cambio climático. Me pregunté si habrían tenido en cuenta la compensación de todos los sedimentos que bajan continuamente del glaciar, ampliando la tierra del delta cada vez más adentro del fiordo. ¡Hoy en día se cultivan patatas donde hace mil años hubo un puerto vikingo!

En la exposición climática nos dividieron en pequeños grupos y entramos primero en una sala donde con mucho ruido vivimos la formación de la Tierra hace 4,6 mil millones de años. En la estancia siguiente pudimos ver cómo era nuestro planeta hace unos 40 millones de años, y a continuación cómo los últimos períodos glaciales han dejado su marca en la superficie de la Tierra. Luego nos llevaron a una pequeña sala en la que nos mostraron cómo funciona el efecto invernadero y lo insostenibles que serían las condiciones de nuestro planeta si este efecto no existiera. Acto seguido nos explicaron cuánto puede perjudicar el efecto invernadero creado por los humanos al viejo equilibrio carbónico, y en la siguiente sala vimos el aspecto que tendrá la tierra en 2040 y en 2100 si no logramos hacer algo radical para reducir las emisiones de los gases del efecto invernadero. No fue una grata experiencia. Pero por suerte también nos mostraron qué aspecto podría tener este planeta en los años 2040 y 2100 si somos capaces de unir a la población del mundo, hacer algo drástico con las emisiones y detener la terrible tala de árboles y bosques tropicales. Este planeta tiene aún posibilidad de recuperación. En la última sala nos enseñaron unas imágenes magníficas de distintas regiones pobladas del planeta, y de su diversidad biológica. Los comentarios eran de David Attenborough, que acababa diciendo: *...pero todavía tenemos tiempo de actuar y llevar a cabo cambios que aseguren la vida en este planeta. Éste es el único hogar que tenemos...*

Tras la solemne inauguración nos llevaron en autocares hasta el glaciar Suppehellebreen, donde se nos ofreció una recepción al aire libre con vinos espumosos, fresón y canapés. La gente del hotel lo había preparado todo mientras estábamos en el Museo Glaciar. La amable dueña del hotel se fijó de nuevo en mí; era obvio que había estado muy ocupada las últimas veinticuatro horas. Creo que sabía que yo estaba allí por lo de la inauguración de la nueva exposición climática y que iba a dar un pequeño discurso durante el almuerzo en el hotel un par de horas más tarde.

Vino hacia mí con una cálida y cordial sonrisa, y naturalmente preguntó por ti.

¿Dónde está su mujer?, dijo.

No tuve valor para decepcionarla, no pude, Solrun, así que me limité a decir que te habías ido de Fjærland porque había ocurrido algo en la familia de Bergen.

¿Los hijos?, preguntó.

No, una vieja tía, mentí.

Se quedó pensando uno o dos segundos, tal vez se preguntara si podía entrar en cuestiones tan personales. Preguntó: ¿Pero tienen hijos?

¿Qué podía decir yo? Ya me había lanzado a las mentiras, y no me sentía capaz de explicar que nos habíamos vuelto a encontrar allí después de llevar treinta años sin vernos. Procuré dar una respuesta lo más vaga posible.

Dos, contesté. No estaba muy lejos de la verdad, porque pensé en las dos mías y en los dos tuyos.

Pero no se dio por vencida, quería saber más sobre nuestros hijos, y no sé por qué, pero a partir de ahí me centré en Bergen. No dije ni una palabra de mis hijas, sólo hablé lo más brevemente que pude de Ingrid, de diecinueve, y Jonas de dieciséis, aun siendo una información que yo mismo acababa de recibir unas horas antes. Pero así podía manejarme con una sola mentira, y se dice que el que miente tiene que tener buena memoria. Como ves, me hice pasar por tu marido.

Ella haría unos rápidos cálculos mentales, porque dijo: ¿Ah sí? Entonces tardasteis muchos años en tener hijos.

Pensé: ¿Esperabas poder confirmar que habíamos concebido un hijo en el Hotel Mundal cuando estuvimos aquí de jóvenes?

Pero me limité a señalar el glaciar y dije: Era mucho más grande entonces.

Ella asintió con un movimiento de la cabeza y se rió. No entendí por qué se rió. Dijo: ¡Me ha hecho mucha ilusión volver a verlos!

Los pensamientos me daban vueltas en la cabeza. Tal vez trataran de toda esa vida que habíamos vivido separados. Pero también pensaba en el embarcadero de Revsnes, en los coches de policía en Leikanger y en aquel bosque arriba, en el valle Mundalen.

Volví a hacer un gesto en dirección al glaciar.

A mí me preocupan más los glaciares del Himalaya, dije. También se están retirando. Hay varios miles de

glaciares allí, y suministran agua a unos cientos de millones de personas.

Alguien me llenó de nuevo la copa, y me volví para no tener que enfrentarme a más preguntas. Di unos pasos a lo largo del río verde azulado pensando en ese libro que te subiste a la habitación aquella noche y que luego robaste para llevártelo a Oslo. Tras el encuentro con la «Mujer de los Arándanos» ese libro se convirtió en la mismísima espada entre tú y yo. Si no hubieras encontrado ese libro por casualidad, es posible que aún siguiéramos conviviendo. ¿Tú qué opinas?

Creo que podríamos haber conseguido arreglárnoslas con la «Mujer de los Arándanos». Pero al cabo de unos días la metiste en un contexto mucho mayor.

Se me vienen encima muchos pensamientos, Steinn, pero me veo obligada a terminar. Apago el ordenador. Te escribiré desde Bergen un día de éstos.

## IV

Estoy sentada junto a mi mesa de trabajo delante de la ventana en el barrio de Skansen de Bergen. Hace un tiempo espléndido, ya algo otoñal. Por primera vez este año me fijo en que ya hay algunas hojas amarillas en los árboles. También los días son más cortos.

Estoy sentada en mi antigua habitación de cuando era niña. Ha sido la habitación de Ingrid desde que tenía tres años, pero cuando hace más o menos tres meses se independizó para irse a vivir a una comuna de chicas en Mohlenpris, la recuperé. Me puse manos a la obra inmediatamente, arranqué la vieja moqueta, acuchillé el suelo y pinté las paredes de color crema. De esa manera he vuelto a hacer mía la habitación, mi propia caverna, por así decirlo. La llamo la biblioteca, pero Niels Petter la considera mía por completo. Es un tipo generoso.

Ingrid estuvo muy cariñosa conmigo. Cuando un amigo y ella llevaron sus últimas cosas al coche, me abrazó de repente muy alterada, y me dio las gracias por el préstamo. ¡Me agradeció haberle prestado esa habitación que había sido suya desde los tres años! Aunque siempre supo que era mi antigua habitación, de cuando yo era una niña.

Sólo he vivido fuera de este piso cinco años.

Cuando aquella tarde me senté en el tren expreso, me eché a llorar. ¿Qué crees que hice en Haugastøl? Antes de llegar a Finse, el revisor se sentó a mi lado para consolarme. Yo no dije ni una palabra y él tampoco preguntó, pero me consoló. Después de haber agitado una bandera verde en la estación de Myrdal volvió a entrar. Yo seguía llorando. Él me sirvió un té, no en una de esas tazas de cartón que llevan en el carrito, sino una de verdad. Entonces conseguí levantar la cabeza y sonreírle. Logré decir «Muchas gracias». Pero no fui capaz de hablarle de la Edad de Piedra.

Iba camino de casa. Volvía a casa de mis padres. Eso era lo único de lo que estaba segura. No los había avisado. No era capaz de pensar más que en llegar a mi casa cuanto antes. Ellos tendrían que aceptarme.

Volví a instalarme en mi antigua habitación. Cuando conocí a Niels Petter unos años más tarde, mis padres ya habían empezado a restaurar la vieja casa de la abuela junto al mar, en Ytre Sula. Mi padre había empezado a «bajar el ritmo», como él decía, y al final vendió la agencia, con lo que se convirtió en un hombre acaudalado. Decía riéndose: Se está muy bien en Bergen, Solrun. Pero no creo que sea muy sano *morir* en la ciudad.

Los dos vivieron en Kolgrov durante más de veinte años, de modo que mi padre tenía al fin y al cabo razón. Murió pacíficamente, sin previo aviso, hace tres años, dicen que estaba sentado en su sillón de orejas, con una copa de coñac en la mano. La copa, que era una herencia familiar, cayó al suelo, haciéndose añicos al cuarto de segundo después de morir él. Creo que ya te dije que mi madre falleció este invierno. Yo estaba con ella y le tenía cogida la mano. Era su única familia.

Cuando llegué a Oslo para estudiar en la universidad, tenía exactamente la misma edad que Ingrid tiene hoy. Resulta curioso pensar en ello. ¡En lo jóvenes que éramos!

No pasaron más de un par de semanas desde mi llegada a la Estación Este de Oslo hasta que te conocí. Fue después de una clase de filosofía de los cursos preparatorios en Chateau Neuf. Tú me pediste fuego para encender un cigarrillo, tal vez fuera un pretexto, pero desde entonces estuvimos juntos día y noche. Ya en octubre nos mudamos al pequeño piso de la residencia estudiantil de Kringsjá. Nuestros compañeros de la universidad mostraban a veces cierta envidia. Tú y yo éramos algo muy especial. ¡Estábamos tan felices!

Claro que lloré en el tren. Lloré hasta que llegué a Bergen. No entendía nada, sólo que de repente pensábamos de modo diferente, pero era incapaz de entender por qué no podíamos vivir con ello. No seríamos la primera pareja del mundo con posturas diferentes respecto a la fe. ¿O tú opinas que una creyente y un no creyente no pueden en ningún caso vivir bajo el mismo techo como hombre y mujer?

¡Cómo odiabas esos libros, Steinn! Sobre todo uno de ellos. ¡Cómo lo despreciabas, y cómo me despreciabas a mí por leerlo! ¿O eran simplemente celos? Habías sido el centro de mi atención durante cinco años. Yo no había tenido otros pensamientos en la cabeza que los que trataban de ti y de nosotros. Tras el encuentro con la Mujer de los Arándanos, y después de empezar a leer el libro que cogí prestado en el hotel, fui desarrollando una fe cada vez más intensa en una existencia después de ésta. ¿No podías simplemente haberme dejado tener esta fe?

¿Quién eres realmente? Quiero decir, ¿quién eres hoy? Ya te he preguntado en qué crees, y me has respondido con una larguísima disertación científica, completamente acorde con esa facultad en la que trabajas. Desde luego no eres un disidente. Vaya con los terápsidos y los australopitecos, etcétera, etcétera. Vuelvo a preguntarte en qué crees, y la única respuesta que recibo es una lista de las cosas en las que *no* crees. Pero no me doy por vencida, Steinn, soy muy testaruda ¿sabes? Quiero que demos juntos marcha atrás, hasta nuestro común punto de partida. Antes de empezar a hablar de lo que creo, quiero que volvamos juntos a aquella mágica sensación de vivir de entonces, pero a la que ninguno de los dos fuimos capaces de añadir un atisbo de *esperanza*. Pregunto: ¿Qué es el mundo, Steinn? ¿Qué es un ser humano? ¿Y qué es ese cuento de perlas en el que flotamos como pequeñas joyas mágicas de consciencia? De psique y de espíritu. ¿Puedes vislumbrar un atisbo de esperanza para dos almas como nosotros?

Hola otra vez.

Claro que me ha dolido saber sobre tu viaje a Bergen de entonces.

Además, me doy por aludido con lo último que mencionas. Es probable que te haya dado respuestas sabiondas a esas grandes preguntas que me haces. A lo mejor me he vuelto algo «limitado a lo mío» con los años, con tanta investigación y tanto estudio, quiero decir. Uno tiene que limitarse a los hechos. Se pueden lanzar hipótesis y teorías, pero éstas tienen que estar basadas en algo sobre lo que tenemos conocimiento.

Acaso sea la palabra «fe» la que desvía mi atención. Es una palabra que no existe en mi vocabulario adulto. Me parece más fácil hablar de *intuición*. Creo que tengo más intuición que fe. Y tal vez sobre todo cuando se trata de esta cuestión de conciencia.

Entonces escribe sobre eso, Steinn. A mí «intuición» también me parece una buena palabra. Por ejemplo, puedes contarme lo que soñaste la noche antes de volvernos a encontrar en el valle. ¿No dijiste que habías tenido un sueño cósmico?

Sí, y todavía lo tengo en el cuerpo. Es como si realmente hubiera vivido lo que ocurrió en ese sueño. Bueno, estaba sentado de verdad en aquella nave espacial...

¡Cuéntamelo!

Todo el día anterior a nuestro encuentro se me ha quedado grabado en la memoria. Aunque no hice mucho más que viajar en tren, autocar y barco a través del paisaje, no soy del todo capaz de distinguir ese día del sueño al que daría lugar. De manera que tendré que empezar por ahí.

Con tal de que no te olvides del sueño, por mí puedes empezar por donde te dé la gana. Además, tendrás todo el tiempo que quieras. Por razones varias no podré estar de vuelta hasta mañana por la noche. Una de esas razones es que no me parece bien estar tecleando sin parar mientras él está en casa. No es que Niels Petter no pueda soportarlo, soy yo la que no soporta pensar que él tiene que estar escuchándome teclear. A mí no me gusta escuchar a la gente teclear. Más o menos como tampoco me gusta estar obligada a escuchar las conversaciones telefónicas de otras personas, por ejemplo en un autobús, un taxi o en un sendero del bosque de Nordmarka. Me resulta inquietante y embarazoso. Mañana tenemos día de planificación de los profesores. Me hace ilusión. Será agradable volver a trabajar.

¡Qué bien! Me viene estupendamente, porque necesito algo de tiempo. No puedo prometer cuándo volveré a ponerme en contacto contigo.

Tómate el tiempo que necesites. Yo estaré aquí, Steinn.

Lo oigo carraspear, ya acabo. Creo que voy a proponer que nos tomemos una copa de vino tinto.

Por primera vez este otoño ha encendido la chimenea. Resulta agradable.



Es el 17 de julio de 2007. Me despierto muy temprano, con una tormenta de truenos bastante fuertes. Es un día gris, nubes plomizas cuelgan sobre Oslo. Iré en tren hasta Gol, y desde allí en autobús hasta Lærdal y Fjærland, es un viaje de casi nueve horas. Nunca me ha gustado ir solo en coche, para eso prefiero el transporte colectivo, así estoy completamente libre, y puedo leer o simplemente relajarme.

La mañana en cuestión Berit me llevó en coche a la estación de Lysaker, pues tenía que ir de todos modos a casa de su padre a llevarle ropa de la tintorería. Esperé unos minutos en el andén, hasta que a las 08:21 llegó el tren a Bergen. Se oyen truenos a intervalos irregulares, es una mañana de verano verdaderamente siniestra. No llueve, pero las nubes color carbón crean una impresión casi nocturna, y aunque estamos en pleno día, veo los rayos cada vez que revientan el cielo. El tren entra en la estación, subo y busco mi asiento. Como siempre, lo he pedido junto a la ventana, es el número 30 del vagón 5.

Pronto llegamos a Drammen, y el viaje prosigue hacia el norte, siguiendo el curso del río hacia Vikersund y Hønefoss. Las nubes siguen bajas, las copas de los árboles están casi todas cubiertas de niebla, pero dos o tres metros por debajo de las nubes hay buena vista. El río lleva mucha agua, y a lo largo del lago Tyri ésta sube por los troncos de los árboles, y algunos muelles están sumergidos. Así ha estado en varias ocasiones este verano, un verano catastrófico, dirán muchos campesinos, porque ha habido bastantes inundaciones, sobre todo a lo largo del río Drammen, destruyendo parte de las cosechas.

No sé si tiene que ver con el tiempo, pero desde el primer momento me noto muy concentrado. De repente me siento más despabilado que la media, un poco más inteligente que antes, me siento intensamente presente en ese vagón amarillo que pasa volando por el paisaje nublado. Y me pregunto: ¿Qué es la conciencia? ¿Qué es la memoria y qué es la reflexión? ¿Qué significa «recordar» u «olvidar» algo? ¿Qué es eso de pensar y pensar en lo que es pensar? Y sobre todo: ¿Es la conciencia una casualidad cósmica? ¿Se debe a una mera coincidencia el que este universo por el momento sea consciente de sí mismo y de su propia evolución? ¿O es algo característico de la naturaleza de este universo?

No era la primera vez que reflexionaba sobre esta cuestión fundamental, y en el fondo clarísima. En algunas ocasiones he hecho esa misma pregunta tanto a biólogos como a astrofísicos, y la primera reacción ha sido siempre una especie de resistencia o pudor ante el propio planteamiento del problema. Los científicos sienten una especie de vergüenza ajena, dándome a entender que ese tipo de preguntas son imperdonablemente ingenuas. Si les repito la pregunta, precisando que no pido más que una reacción intuitiva, la respuesta suele ser afirmativa. Sí, me contestan, el fenómeno conciencia no es más que una casualidad cósmica.

Pues no hay ninguna intención, ningún objetivo o esencia en el universo, es algo que se suele acentuar como un requisito evidente. El que surgiera aquí la vida, y que luego la biosfera desarrollara lo que tú llamas «perlas mágicas de conciencia», no es más que el resultado de una casualidad ciega. O como lo expresó el biólogo y Premio Nobel francés Jacques Monod: *El universo no estuvo preñado de vida, y la biosfera tampoco del ser humano. Nuestro número ha salido por azar, como en la mesa de juego en Montecarlo.*

Cuando Monod rechaza así la categoría vida como un fenómeno esencial o esencialmente cósmico, lo hace con las siguientes palabras: *Lo que quiero afirmar es que la biosfera no contiene una clase previsible de objetos o fenómenos, sino que constituye un acontecimiento especial, que, si bien es compatible con los primeros principios, no puede deducirse de los mismos. En consecuencia, es más bien imprevisible.*

Ésta es una puntualización útil, y claro, la afirmación de Monod puede que sea correcta, aunque parece difícil señalar alguna instancia que pueda verificarlo. «Imprevisible» tendrá que significar en este contexto que estamos hablando de fenómenos tan especiales —y por ello también tan marginales— que se encuentran más bien en los

límites de las leyes de la física.

Ahora bien, en ese terreno a mí no me encontrarás. Siempre, desde que vivimos juntos, he tenido una sensación intuitiva de que precisamente sea una *característica* de la naturaleza de este universo el que aquí hayan surgido vida y conciencia. De manera que tal vez vive en mí, a pesar de todo, un disidente, si no en calidad de ciudadano del mundo, al menos como investigador en la facultad de ciencias. Pero la mayor parte de astrónomos, físicos y biólogos a los que he conocido insisten en lo contrario: ni la vida ni la conciencia pueden remitirse a la naturaleza inanimada como un producto «esencial» o «necesario».

El propio paradigma de comprensión de la ciencia parece suponer hoy en día que los átomos y partículas subatómicas, o también las estrellas y las galaxias, la materia oscura y los agujeros negros, son expresiones más esenciales de lo que es este universo que la vida y la conciencia, las cuales, según una ciencia reduccionista, no representan más que aspectos completamente arbitrarios, casuales, y, por tanto, «no esenciales» de la naturaleza. El que existan aquí estrellas y planetas es una consecuencia necesaria del Big Bang. El que también existan vida y conciencia no se debe más que al puro azar, una monstruosa casualidad, una anomalía cósmica.

Por estos cauces voy pensando en el instante en que el tren entra en la estación de Hønefoss. En una pequeña pantalla sobre la puerta del vagón pone *Hønefoss 96 msnm* [metros sobre el nivel del mar]. Dos pasajeros salen disparados a encenderse un cigarrillo.

No lueve, pero sobre el paisaje cuelga un cielo tenso que puede reventar en cualquier momento. Suenan pitidos, el tren se pone de nuevo en marcha y atraviesa campos amarillos y verdes por un lado, y colinas pobladas de árboles por el otro. Nubecillas oscuras corren por encima de los abetos.

Intento recordar cómo empezó todo. *Intento recordar la historia del universo.*

Los protones y los neutrones fueron formados por los quarks unos microsegundos después del Big Bang, y un poco más tarde surgieron los núcleos de hidrógeno y helio. Los átomos enteros con corteza de electrones no surgieron hasta cientos de miles de años después, aunque todavía eran casi exclusivamente hidrógeno y helio, y los átomos más pesados se «cocinaron» o «cocieron» probablemente en la primera generación de estrellas, para luego ser sembrados por el universo. Sembrados, sí, con esta palabra nos ponemos tendenciosos, claro está. Pues con los átomos más pesados empezamos a aproximarnos al jardín de la vida y al nuestro, porque nosotros estamos formados por esos átomos, y lo mismo ocurre con el planeta que habitamos.

No hay nada marginal en la masa o en la capacidad de enlace de «nuestros» átomos. Los átomos de los que nosotros estamos formados se encuentran por todo el universo. Así pues, podría decirse que son esenciales para su naturaleza. La física de partículas, que recientemente nos ha permitido formarnos una imagen de los primeros minutos del universo, es además plenamente capaz de explicarnos con exactitud por qué los átomos necesariamente forman los compuestos que llamamos moléculas.

Más complicadas, y en un contexto cósmico mucho más raras, son las llamadas macromoléculas de las que está compuesta la vida. Son básicas para toda vida en nuestro propio planeta las macromoléculas tales como las proteínas y los autorreproductores ácidos nucleicos, ADN y ARN, que dirigen la formación de las proteínas y se encuentran en el material genético de todos los organismos. Algo común a toda la vida en la Tierra es que ha sido construida por compuestos de carbono, y que la energía (la luz solar) y la existencia de agua líquida desempeñan un papel decisivo.

Ya no constituye un enigma el cómo las macromoléculas de la vida pueden haberse formado en la Tierra hace cerca de cuatro mil millones de años. Quedan por resolver muchos pequeños enigmas, pero la bioquímica ha demostrado, tanto teóricamente como mediante experimentos prácticos, cómo las piezas con las que se construye la vida pueden haberse formado en la atmósfera libre de oxígeno que nuestro planeta tenía en su infancia. Hasta después de la fotosíntesis de las plantas no surgió una atmósfera rica en oxígeno, además de una capa de ozono que protege la vida en la Tierra de la radiación cósmica.

En la medida en que la ciencia se considera capaz de explicar cómo pudo surgir la vida en la Tierra, por ejemplo de un «caldo primitivo» de macromoléculas, reconoce a la vez que en un «caldo primitivo» de ese tipo sería *probable* que surgiera la vida. Todo lo que ocurre en la naturaleza ocurre con necesidad. ¿Por qué no sería esta regla válida también para la formación de la vida?

Hoy en día sabemos que muchas de las piezas con las que se construye la vida pueden sintetizarse a partir de compuestos químicos simples. En general, ya no existe una marcada diferencia entre lo que antes se llamaba química orgánica e inorgánica. También se han encontrado en el espacio esas moléculas, de las que está compuesta la vida. Una novedad de los últimos años ha sido el hallazgo de compuestos orgánicos como el alcohol y el ácido fórmico en nubes de polvo interestelares. Recientemente se ha mostrado también la existencia del ácido

aminado llamado glicina en el espacio. Estas moléculas se encuentran en las colas de los cometas y en lejanas galaxias a miles de millones de años luz de la Vía Láctea. Pero la *astroquímica* es todavía una rama jovencísima de la ciencia.

La vida o las moléculas de la vida de nuestro planeta no han surgido necesariamente aquí. Las dos pueden haber venido del espacio, por ejemplo traídas por un cometa. De hecho, la mayor parte del agua de nuestro planeta nos ha llegado hasta aquí con cometas. Toda esa agua no era muy «limpia», y mucho menos esterilizada.

Lo que estoy haciendo no es ni más ni menos que resumir la historia de este universo. Lo que ha sucedido es espectacular, tan espectacular como que yo pueda estar aquí, actuando como la memoria de esta extraña historia. Por suerte voy sentado en la dirección del tren, suelo pedirlo cuando reservo el billete, y a mi izquierda voy mirando un rato el lago de Krøderen. Jirones de niebla, como de algodón, vuelan sobre el agua como zeppelines albinóticos, pero sobre los blancos dirigibles cuelga un pesado cielo de carbón que se refleja en el agua, confiriendo a Krødern un oscuro y pesado aspecto otoñal. No llueve.

Nuestro propio planeta es el único lugar en todo el universo en el que sabemos con toda seguridad que hay vida. Hace unos años se pudo demostrar por primera vez la existencia de planetas fuera de nuestro propio sistema solar. La razón por la que se tardó tanto en demostrarlo es simplemente que la tecnología de ayer no era capaz de detectar planetas extrasolares. Ahora, en poco años se ha demostrado la existencia de unos doscientos planetas, y se calcula que existen planetas en torno al menos de una cuarta parte de todas las estrellas de la Vía Láctea.

Si hoy en día preguntamos a los astrónomos si creen que existe vida en otros planetas o lunas del universo, la gran mayoría contestaría que sí. El universo es tan inmenso que lo que ha sucedido aquí abajo, en nuestro pequeño patio trasero, simplemente tiene que haber ocurrido también en muchos otros lugares, dicen ellos. Lo curioso en este contexto es que muchos de esos mismos astrónomos, sin pensárselo, sigan dispuestos a firmar el dogma de Monod, que clama que el universo no estaba «preñado» de vida. Pero si el universo no estaba preñado de vida, ¿cuál era entonces la relación del universo con su producto más espectacular?

Hace unas décadas abundaban las ideas fantásticas sobre la vida extraterrestre, pero hoy en día la astrobiología busca ante todo agua. Aparece cada vez más como un paradigma bioquímico el que allí donde hay agua líquida también podemos esperar encontrar vida. Tal vez el asombro sería mayor si un día se descubriera un exuberante pequeño planeta con plenteros lagos y agua corriente sin encontrar vida en él.

Los elementos químicos son, pues, universales y pueden derivarse directamente de «los primeros principios». Mucho más raras son las moléculas o macromoléculas, aunque esto no significa que sean menos universales.

Así pienso. Se trata de un encadenamiento de ideas lineal, pero también lógicamente claro. Puede que yo sea el único ser del planeta que justo esta mañana está reflexionando sobre su propia conciencia o agudeza. Y quién sabe, tal vez sea yo en este mismísimo segundo el único de todo el universo. En ese caso estoy sentado dentro de este vagón de tren amarillo disfrutando de un gran privilegio.

Justo antes de llegar a Nesbyen empieza a llover. Sobre la pantalla azul encima de la puerta pone con letras blancas: *Nesbyen: andén a la izquierda, 168 msnm*. Y después de que el tren se ponga de nuevo en marcha, la pantalla nos dice: *Bienvenidos a bordo del tren a Bergen*. Luego aparece otro amable saludo: *Bienvenidos al café \* Magnífico menú \* raciones \* comidas \* varios*.

Entre Nesbyen y Gol hay bosques a ambos lados de la vía. Observo fijamente el río a mi derecha. Veo algunas granjas. Ahora las nubes de niebla se posan en el fondo del valle, como si fueran zeppelines listos para el aterrizaje.

En la cosmología hay un concepto llamado el *principio cosmológico*, según el cual el universo tiene las mismas propiedades en cualquier dirección. Siempre que la escala sea lo suficientemente grande, el universo es *isótropo*, o bien homogéneo y de igual naturaleza.

¿Por qué no iba a ser también aplicable este principio a nuestra pregunta: ¿Se puede esperar encontrar vida en todas partes del universo, igual que planetas, estrellas y galaxias? ¿O la existencia de eso que llamamos vida sólo es algo que casualmente ocurre aquí?

Ahora bien, en el universo existen cientos de millones de galaxias, y cada una de ellas tiene del orden de cien mil millones de estrellas, lo que significa que estamos exageradamente bien surtidos de fábricas químicas. Quiero decir: ¡en ese caso se ha podido colocar una enorme cantidad de fichas en la mesa de juego de Montecarlo! ¡Y con ello desaparece parte del fundamento para declarar que un posible premio gordo es «casual»!

Obviamente no es «casual» que un gran jugador se lleve de vez en cuando un sustancioso premio. De hecho,

lo propio de un gran jugador es que se lo lleve en algún momento. Pero si alguna rara vez nos topamos con gente que presume de ganar muy a menudo en la Loto o en el hipódromo, y preguntamos a los afortunados por la cantidad total apostada, a muchos no les gusta la pregunta.

No me he olvidado de la conciencia. Si miramos nuestra propia biosfera, debe poderse afirmar, al menos a posteriori, que estaba preñada del sistema nervioso y el aparato sensorial de los organismos. La vista, por ejemplo, ha surgido decenas de veces en nuestro propio planeta sin que se trate de una relación genética. Por consiguiente, podemos suponer que organismos grandes en cualquier otro planeta también habrán desarrollado una especie de capacidad visual. La razón es obvia: en cualquier biosfera será una ventaja evolutiva el ser capaz de registrar su propio contorno, como por ejemplo un terreno inhóspito, enemigos o presas. Donde existe la reproducción sexuada, se debe saber elegir una pareja adecuada. También otros sentidos constituirán una eficaz ventaja en la lucha por la vida en cualquier planeta, por ejemplo el oído, la localización de ecos, la capacidad de sentir dolor, el sabor, el olor y también algunos sentidos exóticos que no son corrientes aquí.

Con el fin de coordinar las sensaciones, cualquier organismo superior tendrá un eficaz centro de control o «cerebro». De nuevo vemos ejemplos en nuestro propio planeta de cómo las distintas familias de animales, de un modo totalmente independiente entre ellas, han desarrollado un sistema nervioso más o menos complejo. Resulta interesante que algunos investigadores se hayan dedicado a estudiar las células nerviosas del calamar con el fin de entender mejor el sistema nervioso del ser humano.

Al hilo de nuestra teoría de que la vida representa un fenómeno de la naturaleza universalmente extendido, podríamos decir lo mismo del desarrollo de un «aparato nervioso» y un «cerebro».

*Gol, 207msnm.* Cojo mis cosas, una chaqueta y una pequeña mochila. *Próxima estación Gol, andén a la derecha.*

Acto seguido me encuentro bajo la llovizna. Voy a coger un autobús local en la estación de Gol. Voy de excursión, enciendo un GPS portátil, y enseguida consigo contacto por satélite. Son las 11:19 y me encuentro en la latitud norte a 60 grados, 42 minutos y 6 segundos, y en la longitud este 08 grados, 56 minutos y 31 segundos, margen de error -20 pies. Salida del sol a las 04:21, puesta del sol a las 22:38, pero, como ya he indicado, está lloviznando. La luna sale a las 08:11, la luna se pone a las 23:23, pero aunque hubiera sido un día de verano despejado, apenas habríamos visto la luna en el firmamento. Sobre las posibilidades de caza y pesca en Gol ese día, recibo el siguiente informe: *Average Day.*

En la estación pido un café y un panecillo con queso y pimienta roja y me siento. Sigo pensando, pienso cósmicamente y apenas estoy presente en el local, aunque durante unos segundos me dejó distraer por un estupendo contacto visual con una mujer mucho más joven que yo. Se me ocurre la ridícula idea de que tal vez piense que tengo diez años menos de los que tengo.

En Gol, en la única carretera principal que hay y que pasa por el centro, está lloviendo ya con mucha intensidad. Esto me pone de un humor aún más atmosférico. Me tomo un pequeño descanso en mi investigación básica mental, y anoto algunas palabras clave para ese discurso que daré durante el almuerzo dentro de dos días. Aún no tengo ni idea de que antes de eso tú y yo nos vamos a volver a encontrar. Ni falta hace mencionar que también pensé en cuando atravesamos veloces ese paisaje en un volkswagen rojo, camino del glaciar en el Oeste.

Tengo un buen rato para comerme el bocadillo, porque el autobús para Gol no sale hasta las 13:20. Un poco más tarde nos metemos en la niebla que se posa sobre el valle de Hemsedal. También en el autobús hay una pantalla. La temperatura fuera es de 14 grados. La niebla se va despejando.

Ahora bien, como hemos podido comprobar en nuestro propio planeta, hay un gran trecho desde un cerebro y un aparato nervioso a lo que llamamos «conciencia», al menos si con ello nos referimos a algo tan mordaz como la mismísima capacidad de reflexionar sobre su propio lugar en la existencia, no sólo en un bosquecillo cualquiera, sino en el universo, por no decir en la realidad. Por otra parte, cuando el vertebrado se irguió sobre dos patas, liberando así las patas delanteras para, por ejemplo, poder construir herramientas, resultó también muy ventajoso tener la habilidad de aprender algunos trucos útiles, y además ser capaz de compartir tales «experiencias de supervivencia» con otros miembros de la manada, por ejemplo con sus propios descendientes.

El vivir con lo que llamamos «conciencia» estaba ahí, como un nicho libre para la familia de los antropoides. Si nosotros no hubiéramos llegado antes, tal vez habría habido, más tarde o más temprano, representantes de otro orden de vertebrados que hubiesen sido los primeros en meditar sobre cómo había surgido este universo, incluidas la vida y la conciencia.

Puede que sea un punto fácil, pero no obstante debe tenerse en cuenta que, hasta el momento, el cien por cien de todos los cuerpos celestes en los que se sabe con toda seguridad que existe vida también han producido

conciencia con un posible horizonte de comprensión que se extiende hacia atrás casi hasta el Big Bang.

La evolución del universo también trata de la formación de procesos físicos cada vez más diferenciados o integrados. Hasta el momento, el cerebro humano es el sistema más complicado o complejo que conocemos. Es la conciencia que habita este órgano la que constantemente contempla el firmamento preguntando de parte de todo el cosmos: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos?

Semánticamente, estas breves frases son tan sencillas y básicas que no sería de extrañar que también hubieran sido lanzadas a la noche universal desde otros puntos cardinales a muchos años luz de distancia de nuestro propio patio galáctico. El idioma en sí puede que tuviera una estructura muy diferente, y fonéticamente, los sonidos podrían ser de tal índole que no comprendiéramos que se trataba de un lenguaje. Pero no es seguro que una civilización extraterrestre pensara de un modo muy diferente al nuestro, ni que hubiera tenido una historia de la ciencia muy diferente a la nuestra. También allí sus habitantes más destacados habrían ido tanteando por el largo y laborioso camino hacia una visión de conjunto de la naturaleza de este mundo, del origen del universo y el sistema periódico de los elementos.

Si el llamado proyecto SETI (Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre) gasta enormes sumas en la escucha de señales de vida en el universo, y, por definición, de una vida inteligente, no será porque se esté buscando algo tan improbable como una casualidad cósmica a sólo unos pocos años luz de nuestra propia estrella. Tiene que ser porque buscamos una confirmación de que nuestra propia estirpe representa algo característico o esencial de todo el universo.

Pero también existen argumentos a favor de la idea de que sólo aquí haya seres con una conciencia universal. Aunque han surgido formas primitivas de vida también en otros astros, no debemos olvidar que transcurrieron unos cuatro mil millones de años desde el principio de la vida en este planeta hasta el nacimiento de la estirpe humana, y cuatro mil millones de años es una avanzada edad para un planeta. Ya dentro de mil millones de años lo más probable es que hayan desaparecido las condiciones de vida en nuestro propio planeta, la Tierra habrá perdido su atmósfera, y el agua se habrá evaporado.

A pesar de todo, tal vez seamos los únicos que estemos aquí. Aunque por ahora no podemos estar completamente seguros de que este universo no sea una fuente humeante de almas y espíritus en sus formas externas más diversas.

Cuando era niño, recuerdo que pensaba muchas veces precisamente esto. Tal vez haya un hervidero de vida en el universo, pensaba. Era un pensamiento estimulante. Al mismo tiempo me sobrevenía justo la idea contraria. Tal vez sólo haya vida aquí y en *ningún otro lugar* de todo el universo. Ése también era un pensamiento estimulante. Las dos posibilidades resaltaban ese increíble milagro que suponía para mí estar vivo.

El autobús pasa velozmente por Hemsedal. Naturalmente sé que dentro de un rato voy a pasar por *aquel* lugar. Intento prepararme. Tal vez todos esos pensamientos sobre el universo que me han tenido ocupado durante el viaje formen parte de esta preparación. Supongo que te acordarás de lo del muelle de Revsnes. Estábamos obligados a hablar de algo tan abrumador que un suceso casual de nuestro propio planeta era eclipsado por un orden superior y un contexto casi infinitamente mayor.

Las nubes siguen bajas, aunque ¿cómo distinguir entre un mar de niebla y una capa de nubes? Las nubes cuelgan a tres metros sobre el suelo.

Un letrero en la carretera nos informa de que la Carretera Nacional 52 sobre la montaña de Hemsedal está abierta al tráfico. Cómo no, estamos en verano.

Durante mucho tiempo vamos por el lado derecho del río, que lleva una gran abundancia de agua debido a unas precipitaciones récord durante las últimas semanas, pero también debido al tardío derretimiento de nieve en la sierra este verano. Pasamos por un embalse tan lleno que se está desbordando. Ésa es la explicación de la enorme cantidad de agua que llevaba el río que acabamos de ver. También encaja con los muelles inundados del lago Tyri, pues se trata del mismo sistema fluvial.

Los jirones de niebla, que casi se pueden tocar, dormitan sobre el valle en cantidades muy concentradas. El tiempo está a punto de convertirse en una broma meteorológica. Luego vuelve a espesarse, sólo se ve el fondo del valle, las dos laderas están embaladas en una espesa niebla.

Observo todo esto a la vez que me concentro en el inconcebible hecho de poder estar aquí sentado con unas claras ideas sobre la historia y la geografía del universo. Además, me permito tener ciertas opiniones sobre cómo o por qué hemos surgido seres como yo.

«El universo no estuvo preñado de la vida, y la biosfera tampoco del ser humano. Nuestro número ha salido por azar, como en la mesa de juego en Montecarlo.»

Pero resulta tentador intentar soplar la floritura reduccionista de Jacques Monod hacia atrás, sólo para

escuchar lo armonioso o lo no armonioso que sonaría: *El universo estuvo preñado de la vida, y la vida de la conciencia de este universo de sí mismo.*

A mí no me suena mal. Al menos no está en total desacuerdo con mi intuición. Este universo es consciente de sí mismo, tiene conciencia de sí mismo. Un hecho tan evidente, pero a la vez tan asombroso, no se puede dejar exclusivamente a interpretaciones esotéricas.

Porque algo hay en un nivel superior, pienso cuando nos acercamos a la línea hidrográfica, por no decir al nivel más alto al que se puede argumentar científicamente. A lo mejor no «debería» haber surgido la conciencia, y tampoco la vida. Así argumentaba Monod. Y a lo mejor tampoco «debería» haber surgido este universo.

Si este universo desde sus primerísimos inicios hubiera sido de una naturaleza un pelín diferente a la que de hecho es, se habría derrumbado en unas millonésimas de segundo después de haber emergido. Incluso diferencias microscópicas en lo que Monod llamaba «los primeros principios» habrían conllevado la consecuencia inexorable de que ningún universo hubiese surgido. Me limitaré a dar un par de ejemplos. Si no fuera porque el universo tuvo desde el primer momento un poco más de masa positiva que negativa, éste se habría aniquilado al instante después del estallido. Si la interacción nuclear fuerte hubiera sido sólo *un poco* menos fuerte, no habría contenido absolutamente nada de hidrógeno. Pero la lista es mucho más larga. O como dijo en una ocasión Stephen Hawking: *Las probabilidades en contra de que surgiera del Big Bang un universo como el nuestro son enormes.*

Tan «casual» como que la vida y la conciencia surgieran aquí es el hecho de que surgiera un universo sostenible. También «los primeros principios» de Monod han salido al azar, como en la mesa de juego en Montecarlo. ¿O a pesar de todo podemos permitirnos especular sobre si habría algo incluso antes del tiempo y del espacio? No existe ninguna base científica para descartar del todo que «algo» pueda haber estado «preñado» de este universo.

Para que un universo pueda sacar por arte de magia una conciencia de sí mismo y de su propia belleza, ha de concurrir una serie de criterios, y eso ya antes de los primeros micro-segundos posteriores al Big Bang. Este universo es un universo de ese tipo. Deberíamos prestar atención a ese hecho.

Eso es lo que pienso. Muchos colegas lo describirían como una herejía. Lo que yo pienso sobrepasa con mucho los marcos de lo que está anclado dentro de la ciencia. Pero es esto lo que yo llamo intuición.

La carretera sigue el curso del río, que queda a la izquierda; durante un rato pasamos por un paisaje cultivado, campos labrados y bosques, para acto seguido volver a la orilla del río. Luego empezamos el ascenso hacia el refugio montañoso de Bjøberg. Veo un atrevido puente colgante sobre el río. Tal vez estemos a unos 700 metros sobre el nivel del mar. Una maraña de abedules crece a ambos lados del río.

La niebla es aún más espesa, pero veo la nieve en la montaña de mi izquierda, y algunas cabañas a la derecha, las últimas, creo, antes de subir a alta montaña, donde está prohibido edificar.

Nos acercamos al lago Eldrevatn, ya en la frontera provincial y por donde pasa la línea hidrográfica. Es la primera vez que estoy aquí desde entonces. Pero me he armado de valor, y me alegro de no ir conduciendo. Al pasar no miro hacia el lago. Miro el reloj. Son las 14:20. No lo había planeado, pero llevo media botella de vodka en la mochila. La saco discretamente, le quito el tapón y doy un largo trago. No creo que ninguno de los pasajeros se haya dado cuenta. Hace más de treinta años y ahora está tan cerca... Ella fue un misterio. La del chal, quiero decir.

Y bajamos hacia el Oeste. Son las 14:29 en el momento en el que pasamos por la primera curva cerrada cerca del precipicio. Doy otro trago de aguardiente. Es como si todo lo que estoy pensando tuviera que ver con lo que pasó aquel día. Íbamos a intentar dormir unas horas en Revsnes, pero nos quedamos charlando con los ojos cerrados.

Bajamos a lo largo del virulento río hacia Laerdal, pero a partir de la iglesia medieval de Borgund, la carretera transcurre por dentro de túneles. Espesas nubecillas vuelan sobre el valle como corderos ingrátidos. Entramos en el centro del pueblo de Lærdal, donde optamos por no hacer noche aquella vez, ¿recuerdas? Suben más pasajeros y nos metemos en el largo túnel que lleva hasta Fodnes. Me alegro de que hayan hecho este túnel, así no tengo que ver otra vez el enervante lugar de Revsnes.

Durante la breve travesía en barco hasta Mannheller hago balance de todo lo que he estado pensando en el viaje desde Oslo.

Aparte de una serie de detalles, hoy en día la ciencia se enfrenta a dos gigantescos enigmas: ¿qué ocurrió durante aquella primera fracción de microsegundo del universo?, y la cuestión sobre la naturaleza de la conciencia. Tal vez no tengamos ninguna razón para creer que hay alguna relación entre estos dos únicos grandes

misterios para el ser humano y la ciencia. Pero, por otra parte, tal relación tampoco se puede descartar. Si tuviera que adivinarlo, diría que sí existe.

Creo que tiene que haber una explicación más profunda, o una *raíz y base* detrás de las leyes físicas que han formado nuestro universo. Éste es mi credo minimalista. Si existe algo «divino» tendrá que estar debajo o detrás del Big Bang. A partir de allí rigen, según mi entendimiento, las leyes naturales y sólo las leyes naturales, y todo, absolutamente todo lo que pasa tiene causas naturales.

Si se quieren buscar «pruebas de la existencia de Dios», lo más natural sería buscarlas en las constantes cósmicas, o en aquello que el ateo Jacques Monod llamó «los primeros principios». Como ya he dicho: en lo único que no tengo ninguna fe es en las «revelaciones» de fuerzas naturales.

He llegado al final de mi razonamiento, y dentro de un rato también habré llegado al final de este recorrido por el país en autobús. Sólo quiero añadir que creo que tendrás que buscar mucho para encontrar a un físico dispuesto a señalar, como yo lo hago, que la vida y la conciencia pueden ser características esenciales de este universo. Y yo no baso mi razonamiento en ninguna revelación o fe, sino en cómo interpreto la naturaleza.

Nuevo túnel desde Mannheller. Pronto bajaremos a Kaupanger, donde nos dejaron bajar del trasbordador aquel día, luego volveremos a subir por el mar de niebla antes de atravesar el pueblo de Sogndal hasta un nuevo puerto de montaña.

Cuando salimos del largo túnel muy arriba en la ladera que sube del fiordo de Fjærland, no veo más que niebla por debajo de mí, pero aunque nunca he venido antes por este camino, sé que debajo de la niebla me está esperando el viejo paisaje. Entramos en otro túnel, y cuando salimos, estamos debajo de la capa de niebla y puedo ver los valles de Suppedalen, Bøyadalen y Mundalsdalen.

Entonces me sobreviene con mucha fuerza la pregunta: ¿Estará ella allí? ¿Vendrá ella también? Fue un mero reflejo. Sabía lo irracional que era.

Bajo del autobús junto al Museo Glaciar, llamo al hotel y al cabo de unos minutos me recoge un coche. Estoy de vuelta en el viejo hotel de madera, más de treinta años después. Me dan la habitación 235, con vistas al fiordo, a la tienda y a la librería, pero también al glaciar y a las montañas. Una vez más la niebla ha pasado a la fase de jirones que vuelan bajo sobre el fiordo, puedo verlos desde la ventana del hotel.

El comedor está lleno de gente. Me alegra ver que el hotel tiene muchos huéspedes; tal vez se deba a la inauguración de la nueva exposición climática. Pido una garrafa pequeña del tinto de la casa, 25 cl por 90 coronas. No soy capaz de adivinar ni de qué tipo de uva se trata, ni de dónde viene, pero es un vino bueno, tal vez sea un Cabernet Sauvignon. Me sirven una cena de cuatro platos: ensalada costera, sopa de coliflor, asado de ternera y fresón con nata.

Después de la cena subo a la habitación a deshacer la mochila. Doy un trago de aguardiente y contemplo la noche de verano. Lluvia a cántaros. Las gaviotas chillan sobre el fiordo y desde el tejado del supermercado de la cooperativa. Doy otro trago antes de acostarme.

A la mañana siguiente me topo contigo en la terraza. Habíais llegado la noche anterior, justo después de la cena, es decir, cuando yo estaba en mi habitación con la botella de vodka. Pensé en nosotros, claro que sí. Pero tú ya estabas en el hotel. Os habían servido una cena ligera en la cafetería mucho tiempo después de que el comedor se quedara vacío.

Me quedo despierto en la cama escuchando a las gaviotas antes de dormirme. En el momento de poner la cabeza en la almohada y cerrar los ojos, pienso: aquí dentro. Resulta tan confortable y tan bien estar aquí dentro. Resulta tan confortable y tan bien ser yo.

Me duermo y tengo ese extraño sueño. Da la sensación de que dura toda la noche, por no decir mucho más tiempo aún, y al recordarlo ahora lo siento como algo que realmente he vivido.

Lo he vivido.

Y aquí pongo punto final a mi pequeña odisea. Llevo todo el día escribiendo, casi ni he comido. He tomado un café y un té, y he ido un par de veces a la rinconera a por un trago.

¿Y tú? ¿Has vuelto a casa después del día de planificación?

Sí, ya estoy en casa, y me parece que deberías mantenerte lejos de esa rinconera. Son

sólo las cinco. ¿No podrías acostumbrarte a no abrir ese armario hasta las ocho o las nueve de la noche? Ya hemos hablado de eso antes. Alguna tarde me pasaba por el restaurante de la universidad a buscarte. ¡Y ya estabas allí con tu cerveza!

Porque también entonces estaba agobiado con esas enormes perspectivas. ¿Tú no sientes cierto mareo cuando piensas que *formas parte de este universo*? Te cuento que intuyo cierta conexión entre mi propia conciencia y el Big Bang hace 13,7 mil millones de años. ¡Y tú te pones a moralizar sobre unas gotitas sacadas de un podrido armario de mi casa de Kongleveien! Resulta casi conmovedor que todavía seas capaz de sentir... preocupación por mí.

Lo sé. Tal vez sea conmovedor.

Pero contéstame ya. ¿Qué piensas de mis meditaciones en el viaje de Lysaker a Fjærland?

No sé qué decirte. Diré más o menos como tu joven estudiante: ¡Qué interesante, Steinn! Y esta vez no soy irónica, lo digo de verdad. Verte formular una frase como esta me resulta muy gozoso: «...por ahora no podemos descartar la posibilidad de que este universo sea un hervidero de almas y espíritus en las formas más dispersas». Tampoco me parece tan descabellado lo de «Creo que tiene que haber una explicación más profunda –una *raíz* o una *causa*– detrás de las leyes físicas que han formado nuestro universo». Tal vez baste con esas palabras que llamas un credo minimalista, con ello has intentado al menos responder a la pregunta que te he hecho, es decir, en qué *crees*.

Pero también te pedí algo más. Quería oírte hablar de tu sueño. Y de nuevo me presentas una tesis materialista. No dudo un instante de que sea suficiente como un *tour de force* científico, o por qué no, como una crónica de viaje, pero sólo escribes sobre la corteza exterior de nuestra naturaleza espiritual. Para mí eso equivale a ocuparse más de la concha de la madreperla que de la perla que hay dentro. Puedes ver unos cuantos miles de conchas vacías hasta encontrar una que tenga una perla dentro.

¡No dejas de asombrarme!

Me encuentro en una nave espacial que se mueve en una órbita alrededor de la Tierra. Me siento ingrátido. Como si no tuviera cuerpo. Soy pura conciencia.

El planeta por debajo de mí está cubierto de hollín y polvo. Todo el planeta está negro. No veo mar y no veo tierra. En el Himalaya no hay siquiera nunataks emergiendo del negro invierno atómico. Grito: ¡Houston! ¡Houston! Pero sé que no sirve de nada. La radio está muerta. Ese asteroide al que iba a cortar el paso, seguramente ha exterminado a la humanidad entera, y tal vez también a todos los vertebrados, al menos a los que vivían en la tierra.

Sigo dando vueltas en órbita alrededor del planeta carbonizado y pienso en lo que ha sucedido. Una vez más el impacto de un asteroide ha acabado con toda vida, exactamente como en la transición del Cretácico al Terciario, o del Pérmico al Triásico. La vez anterior fueron exterminados los dinosaurios. Esta vez es probable que no quede ni un mamífero. ¡Y todo por mi culpa! ¡Yo soy el único responsable de lo ocurrido!

El asteroide tenía un diámetro de muchos kilómetros y llevaba ya tiempo en rumbo de colisión con la Tierra. La

ONU había creado un Consejo de Crisis, y por primera vez en la historia todas las naciones habían colaborado en salvar al planeta del exterminio.

Se había planificado rigurosamente lanzar una nave espacial tripulada y con una abundante carga atómica. Sería necesariamente una misión suicida. Yo me había ofrecido a participar, junto con Hassan y Jeff. Se haría detonar la bomba cuando el asteroide se acercara, pero a una distancia tan grande que no se hiciera pedazos. Teníamos que soplar el asteroide hacia otro rumbo para que con un buen margen evitara la Tierra.

En el momento en que fuimos lanzados al espacio, la última información comunicó que la probabilidad de que el asteroide alcanzara la Tierra era ya de un 99 por ciento. Nosotros no haríamos nada para detonar la bomba. Los ordenadores se ocuparían de eso. Teníamos que mantener el rumbo hacia el objetivo hostil, y la bomba estallaría cuando se llegara a la distancia minuciosamente medida. Era una misión fácil.

Éramos tres entre cientos de astronautas dispuestos a participar. Había sido un largo proceso de pruebas de aptitud físicas y psíquicas, pero la última selección había sido una lotería. De esa manera cada uno de los seleccionados tendría una posibilidad razonable de librarse a pesar de todo. Había supuesto un gran esfuerzo común, sólo la última vuelta había sido una ruleta rusa. Pero cuando se supo que íbamos a ser nosotros los boletos ganadores o perdedores, según se mire, nos convertimos en héroes. Éramos los hombres que saldríamos al espacio a salvar el planeta de la destrucción. Éramos pioneros. Estábamos henchidos de orgullo por haber sido seleccionados.

Íbamos a acercarnos al asteroide entre Marte y Júpiter. Toda la humanidad, y tal vez toda la biosfera dependían de nosotros, de nuestra precisión y sangre fría.

Fui yo el que falló. De repente me entró pánico. Faltaban unos minutos para que muriéramos. Lo último que se nos dijo por la radio fue: ¡Mucha suerte, chicos! Tomad un trago. ¡Y gracias!

Pero yo no quería morir. Quería vivir un poco más, y en el momento decisivo desvié la nave unos grados hacia un lado, imposibilitando así el cumplimiento de la misión. Recuerdo que Hassan y Jeff se pusieron a gritar, pero ya era demasiado tarde. Yo no estaba lo suficientemente entrenado. O me habían hecho demasiadas pocas pruebas.

A la luz del sol vemos el asteroide pasarnos velozmente. Ya es seguro que alcanzará la Tierra, y cuando esto suceda, hay un 99 por cien de probabilidad de que toda la humanidad sea exterminada.

El asteroide es enorme. Tiene una forma vergonzosa. Recuerda a un cuadro de Magritte. Alcanzará Asia Central, pero la localización del impacto no significa nada, una colisión con la Tierra será igual de fatal para todo el planeta.

Estoy dando vueltas alrededor de un planeta carbonizado y no vislumbro los continentes. El hollín y el polvo suben a grandes alturas de la atmósfera, y lógicamente ésta está muy dañada. Pienso en lo que ha sucedido dentro de la cápsula.

Recuerdo que estaba avergonzado. Hassan y Jeff se quedaron boquiabiertos. Jeff extiende las manos en un gesto de abatimiento, como se hace cuando uno ha fracasado, y se reclina en su asiento resignado, pero Hassan se echa a llorar. Intuyo escarnio por parte de Jeff y un profundísimo dolor en Hassan. Él era musulmán creyente y estaba convencido de ir al cielo si teníamos éxito en nuestra misión. A mí esa convicción me resultaba difícil de entender, ya que él estaba a la vez igual de convencido de que era Dios el que decidiría si íbamos a lograr nuestro objetivo o no. En ese sentido Dios ya había hecho valer su voluntad. Pero yo ya no soporto toda esa vergüenza. Con un par de movimientos muy ingeniosos consigo desconectarlos a los dos del suministro de oxígeno. De esa manera prolongo a la vez mi estancia en la cápsula. Ya me queda tres veces más tiempo de vida que hace unos minutos. Maniobro la nave de nuevo hacia la Tierra. Tengo que ver lo que le está pasando a mi planeta. Y veo que ha sucedido lo peor de lo peor. Me queda combustible suficiente para poner la nave en órbita alrededor del planeta negro, y oxígeno suficiente para unas cuantas vueltas.

Quiero emplear esas horas que me quedan para repasar y pensar en lo que fue todo. Ha llegado la hora de la reflexión. ¿Qué era vida? ¿Qué era conciencia? Porque aquí y ahora estoy totalmente convencido de que la razón y la vida espiritual sólo han surgido en este carbonizado planeta por el que estoy dando vueltas en este momento, y en ningún otro lugar de todo el universo. Yo soy ya la única conciencia de sí misma en este universo.

De parte del cosmos me siento de repente terriblemente triste cuando pienso que ahora, ahora este universo va a entrar en una fase de anquilosamiento. Un universo con conciencia y un universo inconsciente son dos cosas fundamentalmente diferentes. Pero también estoy triste por mí. Me queda muy poco tiempo de ser yo. Si no

hubiera conseguido robar para mí el tiempo de Jeff y Hassan, estaríamos todos muertos, y la conciencia del universo ya se habría apagado por completo. Me parece importante haber alargado la conciencia de sí mismo del universo.

Luego me pongo a pensar en mi propia vida. En realidad no creo que piense, sólo *estoy* de vuelta en la década de los setenta y te veo en la residencia estudiantil de Kringsja, estás muy alegre, sonríes divertida y hacemos esas cosas que solíamos hacer. Preparamos la comida y damos un largo paseo por el bosque, vamos en bicicleta a la universidad y nos quedamos en casa, cada uno sentado en su lado del sofá estudiando para los exámenes. Vamos en coche a Normandía y andamos hasta la pequeña isla cuando la marea está baja. Tú coges una estrella de mar azul del fondo. Vamos en bicicleta a Estocolmo. Estamos en el viejo bote que nos prestó un anciano campesino de la región de Toten. Le pareció que estábamos chiflados. Sólo por eso nos lo prestó. Al hombre le dimos pena porque comprendió que tú y yo estábamos mentalmente perturbados.

Miro hacia abajo a un planeta carbonizado. Se trata de mi propia cuna, y de la cuna de la conciencia. Al mismo tiempo puedo elegir estar en la Tierra en cualquier momento y en cualquier lugar durante el rato que viví en la Tierra, como por ejemplo en la cuneta cerca del lago Mälaren de Suecia, cuando tuvimos que detenernos porque se me pinchó la rueda de la bicicleta. Me cabréé muchísimo, pero tú me reñiste, y ahora, aquí arriba en órbita, después del derrumbamiento tuyo y del mundo entero, comprendo que aquella mañana tenías razón. No puedes ponerte de mal humor sólo porque tienes que reparar la cámara de la rueda de la bicicleta, dijiste. ¡Es verano, tonto! ¡Y estamos vivos!

Ahora estoy allí y lo revivo todo. Tus padres no han prestado su coche y vamos de Bergen al valle Rutledal. Estamos en la cubierta del trasbordador mirando hacia el principio del fiordo de Sogn. Luego desembarcamos en Krakhella, en el pequeño estrecho entre Losna y Sula. Cruzamos las islas en coche y cogemos el pequeño trasbordador hasta Nara. Ese archipiélago escultural es como un mundo aparte, con todas sus bahías y cabos, estrechos y lagos. Conducimos los últimos kilómetros hasta Kolgrov, pero quieres que nos paremos en un determinado lugar para poder enseñarme la mejor vista del mar. Estás muy contenta por haberme traído al Edén de tu infancia. Detenemos el coche delante de la casa de tu abuela Randi, y cuando la saludo, es como si la conociera de toda la vida. Es porque en ella te veo a ti. Nos comportamos como niños. Vamos andando a la tienda de Eide a comprar chucherías y helados. Por las noches nos acostamos en la habitación azul, cada uno en su cama, hablando en susurros de lo que hemos visto e investigado en el transcurso del largo día de verano.

Se trata siempre de dos historias, mi propia historia y la de todo este universo, pero las dos confluyen, porque yo no habría tenido ninguna historia si el universo no hubiera tenido la suya. Yo, además, me he pasado media vida estudiando la historia del universo, y si no fuera por mí, el universo no habría tenido ninguna conciencia de sus méritos. Ya no existe otra memoria que la mía.

Me paso largos ratos en la cápsula viendo pasar la historia del planeta y del universo como un continuo desfile cósmico antes de que la era de la memoria y la conciencia hayan acabado irrevocablemente dentro de unas horas. Cuando pienso así, es decir, en nombre de muchísimo más que yo solo, es como si estuviera realmente allí cuando pienso todo eso. Ni una vez, como ocurre a menudo en los sueños, alcanzo una especie de estado de vigilia paralelo cuando me doy cuenta de que estoy soñando, sino que sigo soñando como si nada. *Estoy* en esta nave después de que un enorme asteroide alcanzara ese planeta que se encuentra debajo de mí, recuerdo los detalles del cuadro de instrumentos, todas las pantallas, y veo claramente a Jeff y Hassan, los conozco muy bien, mejor que nadie, las facciones y los rasgos de sus caras, hemos pasado juntos muchas horas en la pequeña cápsula, y ahora yacen sin vida cada uno en su silla de la nave espacial.

Pero hay una dualidad en cómo vivo todo esto, porque a la vez que soy capaz de estar contigo en todos esos lugares que visitamos juntos, pienso que tengo unas vivencias muy poderosas denominadas «extracorpóreas». Todo esto carece por completo de lógica y coherencia, pero al menos puedo, en cierta medida, elegir dónde estar allí abajo, o cuándo, casi como el viaje del alma de un chamán. Cuando estamos juntos en Normandía, estamos realmente allí. Cuando estamos sentados en una piedra comiendo trucha frita en el altiplano de Hardanger, es de verdad, porque incluso soy capaz de evocar el olor a pescado frito. No ha habido ninguna vida entremedias, no existe ningún tiempo cronológico, sólo existe un *continuo*, una eternidad, como una enorme fuente de la que se pueden coger trocitos de mosaico, o mejor dicho, las piezas de mosaico están hechas de cristal policromado y metidas en un calidoscopio por el que estoy mirando, y puedo elegir qué trozo de mosaico quiero enfocar y volver a vivir.

De repente se me ocurre la idea de que tú sigas viviendo allí, debajo de la gruesa manta de sol, polvo y carbón. Se me antoja que tal vez seas la única superviviente. Eso es pura lógica de sueños, o mejor dicho, la falta total de

lógica de los sueños. Empiezo a pensar que tú tienes que ayudarme a bajar. Has sobrevivido porque te refugiaste en uno de los profundos túneles del oeste de Noruega. Sólo tú sabrás bajarme. Pronto voy a caer dentro de un pequeño fiordo debajo del glaciar de Jostedalsbreen, y tú serás la que abra la cápsula flotando en medio del fiordo. En el sueño todo parece muy sencillo, porque puedes ir sin más a por un bote y venir a buscarme.

Vuelvo a vivir el día que cruzamos el fiordo en una barca de remos. Al otro lado nos tumbamos a tomar el sol en la hierba junto al viejo granero. No te parecía apropiado tomar el sol en *topless* en el césped delante del hotel. Estamos allí ahora mismo, hace calor, seguro que veinte grados, y hemos puesto una botella grande de refresco de naranja en el agua para que se enfríe. Luego volvemos remando a casa y descubrimos a las dos marsopas que entran nadando por el fiordo desde Balestrand. Dan un par de vueltas alrededor de la barca, y nos entra miedo, pero al cabo de un rato vuelven a alejarse.

Doy una vuelta tras otra alrededor del planeta negro. Me duele profundamente que dentro de unas horas el universo ya no tenga alma. Entrelazo las manos y rezo a un Dios en quien no creo. *¡Por favor, hazlo todo de nuevo y dame una nueva oportunidad! ¡Da a este mundo sólo una oportunidad más!*

Entonces ocurre algo curioso, en cine no habría funcionado, pero esto es un género muy distinto, es un sueño. Jeff y Hassan empiezan de repente a moverse, y parpadean. ¿Y luego? Luego se disuelve todo el polvo y el hollín alrededor del planeta, y veo el Atlántico azul oscuro debajo de mí, la cápsula va camino de la costa oeste de África...

Entonces me despierto. No entiendo cómo es posible que sólo haya sido un sueño. Lo más extraño de todo eran Jeff y Hassan. Habían sido muy vivos y muy reales, y no se parecían a nadie que conociera en la vida real. Me queda la sensación de que tiene que haber realidades paralelas y que estos viajes del alma son realmente posibles.

Fuera vuelan todavía los jirones de niebla entre las laderas. Pero hay buena vista del fiordo.

Bajo al comedor a desayunar, todavía absorto en lo que acabo de soñar. Luego me llevo una taza rebosante de café a la terraza.

¡Y allí estás tú!

## VI

Sí, allí estoy yo. Puede que entonces te des cuenta de que has tenido un sueño clarividente.

Bueno.

¿Estás haciendo algo en especial?

No. ¿Por qué?

Lo que quiero decir es si tienes algo que hacer esta tarde.

No, nada. Berit acaba de irse al teatro con su hermana.

Entonces propongo que mantengamos en marcha este diálogo. Niels Petter se ha ido a jugar al bridge con unos compañeros. Tenemos toda la tarde para nosotros. Me encanta estar aquí contemplando la ciudad. Pero estoy tensa.

¿Y tú? ¿Dónde estás tú?

Estoy en mi casa, en un pequeño cuarto de trabajo en la primera planta. Yo también tengo el escritorio delante de la ventana que da a la ciudad. La noche está a punto de posarse sobre Oslo, y las luces son cada vez más nítidas. Puedo ver hasta las de Ekeberg y Nesodden.

Yo veo hasta Vágen y la iglesia de la Cruz, y al fondo la de Johannes. También veo el parque de bomberos y el Ayuntamiento delante del lago Lille Lungegårdsvann.

Allí estaba yo, escribiste, y entonces tal vez pensaras que habías tenido un sueño clarividente.

Cuando llegué al viejo hotel de madera la noche anterior, tenía la sensación de que iba a encontrarme contigo en cualquier momento, en el salón o en el comedor. Cada escalón que subía a las habitaciones de arriba me recordaba a ti, cada cuadro de la pared, cada tapiz. Y el viejo locutorio de teléfono de madera, ¿te acuerdas? O dicho de otra manera: lo que vi con más claridad al llegar al Hotel Mundal fue que tú no estabas. Por todas partes tú. no estabas. No es, por tanto, de extrañar que soñara con los tiempos en los que vivimos juntos. Lo espectacular fue verte de repente en la terraza. Eso es lo que caracterizo como una increíble coincidencia. Pero el

que estuvieras allí no fue la causa de que hubiera soñado contigo.

¿Ah, no? Toda aquella noche que estuviste dando vueltas por el planeta carbonizado yo dormía en una cama muy cerca de ti. ¿No te parece, teniendo en cuenta lo que soñaste, que es bastante probable que tuviera lugar cierta ósmosis entre nuestras mentes? ¿Sabías que uno es más receptivo a la telepatía y a la clarividencia soñando, es decir, durante lo que se llama el sueño REM? El término profesional es *sueño paranormal*. Se ha investigado bastante en laboratorios sobre este tema, pero también se cuenta con material antropológico que dice lo mismo. ¿Has leído la saga islandesa sobre Gunnlaug Ormstunge? Al menos recordarás los sueños de José en el libro del Génesis. Todos esos sueños eran típicamente clarividentes o premonitorios.

Mi madre me leyó la saga sobre Helga, Gunnlaug y Hrafn cuando era niño. Supongo que no habrás olvidado que nací en Islandia. La cuestión es: ¿cómo de literarios son esos sueños de las sagas? Pero estoy dispuesto a admitir que la interpretación de los sueños, me refiero a los que pretenden decir algo sobre el futuro, ha sido algo casi universal.

Al menos tu sueño tenía todas las características de lo que yo llamaría un sueño *claro*. Fue un típico sueño de revelación. ¿No estás de acuerdo en que era tremendamente denso y expresivo?

Sí, estoy de acuerdo en eso. Ya te dije arriba, en Fjellstølen, que había tenido un sueño excepcionalmente intenso y lleno de contenido. Y claro que resultó un poco extraño dar aquel paseo contigo sólo unas horas después de despertarme. ¿O debería decir: sólo unas horas después de que tú me hubieras bajado del espacio? Ese sueño me dijo mucho sobre cómo esos años que vivimos juntos siguen vivos dentro de mí y me siguen marcando. También tengo la sensación de que desde entonces estoy un poco «en órbita» desde que lo dejamos. Además, creo que gran parte de los sueños se nutren de lo que uno ha vivido el día anterior. Yo llevaba todo el día viajando por un paisaje lleno de niebla.

Pero a la vez fue un sueño aterrador, como una pesadilla. Parece que estás anhelando algo en qué creer. Esa idea de ser la única conciencia existente en el universo grita su deseo de ser contradicha. Te pides a ti mismo que esa falsedad sea refutada. Somos más, Steinn. Más almas en el universo, quiero decir. Creo que formamos una miríada de espíritus. Cuántas no lo sé, claro está, pero creo que sumamos casi un número infinito, más o menos como los rayos de sol que pueden verse en la superficie del mar un día de verano.

Lo siento, Solrun. Soy incapaz de acompañarte por esos caminos. ¿Me perdonas?

Hago más que perdonar. Soy condescendiente cien por cien. Al parecer, opinas que la materia sobrevivirá al espíritu, también eso se desprende de tu sueño. Todo este monstruoso universo quedará un día aquí abandonado por nosotros como chatarra externa. Yo pienso de un modo diametralmente opuesto. No dudo de que nuestras almas

sobrevivirán a ese barro material. Creo que podemos estar de acuerdo en un punto, y es que toda naturaleza al fin y al cabo se disolverá.

Por desgracia sí. Es una consecuencia inevitable de la segunda ley de la termodinámica.

Pero no existe ningún principio que diga que el paso del tiempo deje ni siquiera un rasguño en lo que es espíritu.

Porque tenemos un alma libre que sobrevive a la muerte del cuerpo. Creo que entiendo lo que quieres decir.

Imagínate que estás dando un paseo por el bosque. Vas por un sendero y hace unas semanas que estuviste por allí, y de repente llegas a una flamante cabaña de madera que nunca habías visto antes. Resulta bastante espectacular que en tan poco tiempo hayan levantado allí una cabaña de troncos, y mientras la estás mirando se abre una puerta y sale un hombre sonriente. Tiene los ojos muy azules y los dientes blanquísimos. Es un hombre hecho y derecho y recién creado. Hace una profunda reverencia. ¡Buenos días!, dice. La escena es surrealista, misteriosa.

Luego viene la pregunta: ¿Qué ha sucedido? ¿Fue la cabaña la que se levantó por sí misma a partir de unos árboles del bosque y luego creó al hombre para que le diera un alma? ¿O fue al revés, es decir, primero el hombre levantó la cabaña y luego se metió en ella?

Me limito a preguntar qué es lo más creíble, si lo que vino primero fue el espíritu o la materia. En la epístola de tu viaje concluiste intuyendo una conexión entre la conciencia y lo que ocurrió en «la primera fracción de microsegundo del universo».

De hecho, creo que has argumentado a favor de que «algo puede haber estado allí detrás o fuera de ese tiempo y ese espacio creados por el Big Bang». Son tus palabras. ¿Y no sería en realidad un robo hablar del Big Bang como del *principio* de todas las cosas? Lo que conocemos como el mayor abracadabra del mundo podría igualmente haber sido el cambio de un estado a otro.

No lo sé. Ya no lo sé. No sabemos nada.

En el sueño estabas muy afligido. Sentías una imperiosa necesidad de ser salvado de tu visión del mundo materialista. Llegaste incluso a rezar a un Dios en el que no crees. Lo que quiero decir es que entonces uno está realmente falto de todo.

¿Pero no ves ninguna posible dimensión conciliadora? ¿Ni siquiera después de ese sueño tan ágil? Era como una continua documentación de que en el fondo tienes una vida mental muy intensa. Además, tu oración fue escuchada, lo que significa que al menos tienes una duda inconsciente de tu propio ateísmo.

¿Nunca has tenido una *vivencia*, Steinn? ¿Nunca has vivido algo que se pueda interpretar como una señal de algo espiritual o trascendental?

No son más que las diez, aún falta mucho para que me vaya a la cama.

Sí, he tenido una experiencia de ese tipo, algo que ocurrió en la década de los setenta. Tenía la intención de contártelo mientras estábamos sentados en las ruinas de la vieja granja de verano aquel día de julio, pero primero tenía que sacarme del cuerpo ese intenso sueño. Luego llegaron las vaquillas, y ya sabes lo que pasó, de camino al hotel no hablamos mucho. Resulta vergonzoso admitirlo, pero había algo que nos hacía sentir un poco incómodos el uno con el otro. En ese lugar y en ese momento de repente no había nada más que decir. Por eso sugerí que nos enviáramos correos electrónicos. ¿Recuerdas que lo mencioné abajo, donde el campo de tiro y el granero rojo? De todos modos, en el momento en el que nos encontramos con tu marido en aquellas casetas de libros se acabó toda conversación entre nosotros. Yo había pensado que podíamos despedirnos con un café los tres, pero no pudo ser.

Un año después de marcharte, volví a tener por fin noticias tuyas. Me pediste que embalara algunos de tus objetos personales y te los enviara a Bergen. No fue para mí un encargo fácil de cumplir, algo que tú también dijiste en tu correo electrónico, porque casi todo lo que teníamos lo habíamos comprado entre los dos. Levábamos compartiendo piso desde los diecinueve años, de manera que cinco años más tarde no era fácil distinguir entre lo tuyo y lo mío. Pero creo que fui generoso y que no saliste perjudicada. Muchas cosas tenían sobre todo un valor sentimental, y yo sabía lo que tú más apreciabas, aunque no siempre lo que tiene valor sentimental para uno lo tiene también para el otro. Muchas veces ocurre todo lo contrario. Seguro que te acuerdas de aquella campana de cristal que compramos en Smaland después de haber estado en Skane. Para mí tenía un gran valor, pero la envolví con mucho cuidado en papel seda y te la envié. Espero que resistiera el transporte y que aún la mantengas intacta.

Una vez oí una historia de una pareja que se iba a separar. La separación era de mutuo acuerdo y empezaron a repartir los libros de un modo fraternal. Pero pronto descubrieron que libro que uno quería, también lo quería el otro. Esa situación era cada vez más clara conforme intentaban seguir adelante con el reparto. Entonces empezaron a hablar de algunos de los títulos y descubrieron que estaban demasiado compenetrados como para separarse. Hoy siguen viviendo juntos y consideran el motivo inicial de su intención de separarse un episodio insignificante.

También en nuestro caso los libros desempeñaron un papel muy importante, pero para nosotros fue al revés. Estoy pensando en toda esa biblioteca tuya sobre esos temas, y ante todo tengo en mente un libro determinado, ya sabes a cuál me refiero. A veces puede haber más explosivos en un libro que en un «episodio» aislado.

Cuando hube embalado y enviado tus cosas, sentí que el divorcio en sí estaba sellado. No necesitábamos ningún papel que dijera si vivíamos juntos o si nos habíamos ido a vivir cada uno por nuestro lado.

Pero cuando aquella mañana salí de Correos tras haber expedido las tres cajas, no volví a casa. Me metí en el volkwagen, salí al Periférico y bajé hacia Drammensveien, más o menos como tú y yo hacíamos a veces, sin rumbo, porque no sabía adónde me dirigía hasta después de pasar Sandvika, camino de Sollihøgda y Hønefoss.

Cinco horas más tarde pasé por Haugastøl. Seguí un poco hacia el sur y subí al altiplano de Hardanger, aparqué el coche y busqué el camino que conducía a nuestro antiguo lugar. Me di una vuelta por allí y me senté un buen rato antes de volver al coche y proseguir viaje.

El lugar que habíamos habitado aquellos días seguía como si hubiéramos estado allí el día anterior. Me metí en la «cueva» y encontré nuestro catre, donde también habíamos dejado aquella piel de cordero sin curtir. Tú decías que si alguien la encontraba durante la recogida de las ovejas en el otoño, tal vez el granjero recibiera una indemnización. Tú siempre querías pagar tus deudas. Pero la piel de cordero seguía allí.

No voy a decir que aún subía humo del hogar, pero los restos carbonizados de nebrina y abedul seguían entre las piedras, tal y como los dejamos. También encontré muchos otros vestigios nuestros. Más o menos sistemáticamente me puse a realizar una investigación arqueológica erótica. Habías dejado olvidado uno de tus guantes verdes, una moneda de cinco coronas, y un pasador de pelo de aluminio, aunque pensándolo bien, ¿lo del pasador no era en realidad una infracción de las reglas vigentes en la edad de la piedra? No recuerdo que lo usaras, tal vez simplemente se te cayera de algún bolsillo. Conforme pasaban los días, los dos íbamos llevando el pelo cada vez más desarreglado, el jabón y el champú estaban sin duda en la lista negra, en lugar de jabón usábamos ramas de abedul enano, liquen y musgo. Encontré un par de nuestros anzuelos caseros, y me sentí algo avergonzado al comprobar cómo habíamos sembrado espinas de pescado por todas partes, pero seguramente eso

harían también en los alrededores de la famosa cueva de Crô-Mag-non. Creo que tú y yo nos dijimos algo así. Tenemos derecho a ir un poco desaliñados, decíamos. Nos esforzamos por vivir lo más auténticamente posible. Éramos seres humanos, pero por muy poco, acabábamos de evolucionar, de manera que tampoco podíamos mostrarnos demasiado exquisitos, teníamos que mostrarnos rudos y un poco salvajes.

Y entonces de repente —porque fue muy de repente— es como si perdiera el control sobre mí mismo y me confundiera con el paisaje que me rodea. El que ocurra allí y en ese instante es para mí algo casual, porque no se trata de nada que yo haya buscado. Lo que ocurre es que me invade la sensación de que lo que suelo considerar como «yo» y «lo mío» ya no rige, no ha sido más que una ilusión.

Me pierdo a mí mismo, y no lo siento como una pérdida, sino como algo liberador y enriquecedor, porque al mismo tiempo comprendo que soy mucho más que ese miserable ego que tanto me ha preocupado hasta ahora. No soy sólo yo. Así de simple. También soy todo ese altiplano que me rodea, todo el país, todo lo que hay, desde el más pequeño insecto hasta las galaxias en el cielo. Todo soy yo, porque soy yo el que es todo esto.

Me encuentro en un estado de conciencia completamente indescriptible. Noto y sé que soy la piedra sobre la que estoy sentado, y ésa y aquélla, y todo el brezo, nebrina y abedul enano con los que me visto. Entonces oigo el canto melancólico del chorlito dorado, pero también el canto es mío, soy yo quien canta, y es mi propia atención la que estoy llamando.

Sonrío. Debajo de una agitada superficie de impresiones sensoriales, de voluntad y deseo, también he tenido siempre una identidad más profunda, algo callado y tranquilo emparentado con todo lo que es, y ahora, en cuanto me doy cuenta, también se serena la superficie agitada. He sido víctima del mayor engaño del mundo, es decir, creer que «yo» es algo completamente independiente de todo lo demás. Pero lo que estoy experimentando no es nada trascendental. Al contrario, es radicalmente de este mundo.

Tengo una intensa sensación de intemporalidad. Aunque tampoco es como si hubiese sido arrancado del tiempo, diría más bien que me siento unido a él, y no sólo metido a presión en este rato aquí y ahora, sino en todos los tiempos. Porque no sólo vivo mi propia vida, no sólo estoy aquí y ahora, soy antes, ahora y después. Crezco en todas las direcciones y lo haré siempre, porque todo es uno y todo soy yo.

Entonces todo empieza a desaparecer, porque también lo que describo es una experiencia terrible. He sentido un feliz roce de la eternidad, de todo lo que hay antes y después de mí, aunque la experiencia en sí haya durado sólo unos segundos. Pero de ese estado he extraído un nuevo conocimiento, una dimensión que sé que me acompañará durante toda la vida.

Basta ya de hablar de la experiencia o estado de conciencia en sí. Aunque se trata de una experiencia auténtica que he intentado revocar, opino a posteriori que es posible, al menos hasta cierto punto, alcanzar esa misma comprensión mediante la reflexión.

Solemos decir que estamos *en* el mundo, *en* el universo o *en* el planeta. De acuerdo. ¿Pero no podría ser un juego tentador, por no decir un ejercicio de liberación, suprimir esas pesadas preposiciones y cambiar el verbo? Yo soy el mundo. Yo soy este universo.

Allí arriba, en el altiplano, entré en un estado de conciencia casi indescriptible. Pero lo que experimenté fue *verdad*. El que yo sea el mundo, eso *es* verdad.

¿O tú qué dices? ¿Visualizas una esperanza de conciliación a lo largo del eje que he descrito? ¿Eres capaz de alegrarte al pensar que dentro de cien, mil o un millón de años correrán por el altiplano de Hardanger liebres, perdices y renos? ¿Eres a la vez capaz de sentir que en cierta manera eres esa variedad que surgirá después de ti? ¿Un conocimiento así también te puede proporcionar un poco de paz en el alma, y tal vez una idea etérea de que tu pequeño «yo» sobreviva a su existencia terrestre como «espíritu» en un paraíso del alma?

Imagínate el siguiente dilema. Delante de ti en la mesa hay dos botones incrustados. Puedes elegir cuál de ellos pulsar. Si pulsas uno, morirás inmediatamente, y no existe ninguna existencia individual después de ésta, pero en cambio la humanidad y toda vida en el planeta seguirán vivas dentro de un futuro incalculable. Durante innumerables generaciones correrán niñas por las islas e islotes como hacías tú a finales de los cincuenta. ¿Sabes?, me las imagino claramente. Me parece que hay un montón de gente allí, detrás de la curva. Pero hay otro botón en la mesa delante de ti, y si optas por pulsarlo, vivirás estupendamente hasta que tengas más de cien años. En cambio, y he aquí el dilema: toda la humanidad y toda la vida en la Tierra morirán contigo.

¿Qué elegirías tú?

Creo que yo elegiría la primera alternativa sin vacilar. Con ello no pretendo atribuirme ninguna forma de piedad o voluntad de sacrificio. Pero yo no soy sólo yo, y no sólo vivo mi vida. Si sondeo más profundamente soy también la humanidad, y espero que ella florezca después de mí. De eso tengo una esperanza egoísta, porque gran parte de lo que considero yo está anclado en algo fuera de mi propio cuerpo. Creo que sobre ese punto estamos

en cierta forma de acuerdo. Yo no soy sólo este cuerpo. No todo depende de él.

En nuestra época se nos engaña a menudo haciéndonos creer que nuestro ego es el centro del universo. ¿Pero no resulta muy fatigoso vivir así? ¿Con la certeza de que al centro del universo sólo le quedan unos años o décadas de existencia?

Sentí una liberación mental arriba en el altiplano. Me sentí liberado de una esclavitud egocéntrica. Fue como si se rompieran algunos cercos, los cercos del ego o del yo.

### Pero tengo más que contarte.

Cuando volví al coche serían las cuatro de la tarde, y se me ocurrió seguir hacia el oeste en lugar de volver a Oslo. Crucé el altiplano y decidí bajar al valle de Mabø. Cogí el trasbordador para cruzar el fiordo desde Kinsarvik y luego continuar hasta Nordheimsund, pasando por Kvamskogen, hasta Arna. Me pareció que ya era hora de dar la vuelta, porque había empezado a anochecer, y estaba a cuatrocientos kilómetros de mi casa en Kringsja.

Pero me resultó imposible dar la vuelta estando tan cerca de ti, de manera que continué hasta Bergen, aparqué el volkswagen rojo en Nordnes y me puse a dar vueltas por las calles de la ciudad. Cuando había cruzado el fiordo de Hardanger pensé que todo era un poco absurdo, porque podría haberme traído tus cajas en el coche en lugar de haberlas enviado por correo. Todo era muy tonto, porque si hubiese traído esas cajas habría tenido un pretexto para ir a verte.

Pero estaba convencido de que en cualquier momento te vería por alguna de esas calles, pues había hecho un largo viaje, y al doblar una esquina y no encontrarte, estaba seguro de que te encontraría en la siguiente. Al final subí a Skansen y seguí dando vueltas, había estado un par de veces en el piso de tus padres en Søndre Blekeveien, pero no podía presentarme allí sin más. Habría resultado demasiado melodramático. Tenía miedo de involucrar a tus padres.

Pensé que darías un paseo nocturno, tú que siempre *sentías* dónde estaba yo y cuándo iba a aparecer, podrías usar esas habilidades tuyas y salir a mi encuentro. Pero no tenías esas artes, Solrun, al menos no aquella noche. Tampoco sabía si estabas en casa, podrías haber estado en Roma o París. Se puso a llover. No tenía dinero para un hotel, así que volví andando a Nordnes, todavía con la sensación de que iba a encontrarme contigo antes de llegar al coche. Pero tuve que meterme solo, empañado y cansado en el volkswagen rojo. Arranqué el motor, la batalla aún no estaba del todo perdida, te seguía buscando mientras salía de la ciudad, pensando que tal vez hubieras ido a visitar a una amiga y estuvieras volviendo a tu casa. En Nordheim avisté una persona que se parecía a ti, pero no eras tú. Crucé el fiordo y llegué a casa, a Kringsja, a mediodía del día siguiente. Me eché a llorar. Bebí y me quedé dormido.

La ruptura entre nosotros fue quirúrgica, y se hizo sin anestesia.

### Sí, Steinn...

Después de escribirte aquella carta tenía una pequeña e íntima esperanza de que en lugar de enviarme mis cosas las metieras en el coche y me las trajeras a Bergen. Era nuestra *ultimísima* oportunidad. Claro que pensé mucho en ti en los días siguientes, y una noche se me ocurrió la idea de que andabas infeliz por Bergen. Se me ocurrió que llevabas mis cosas en tu coche rojo, pero que no tenías el valor suficiente para venir a mi casa y entregármelas personalmente. De modo que salí a la calle. Había empezado a llover, y volví corriendo a casa a buscar un paraguas, aunque tenía la sensación de que debía darme prisa en encontrarte. Fui al Mercado del Pescado y a Torgallmenningen, estuve en Engen y en Nøstet, e incluso fui hasta Nordnes. Pero no te encontré por ninguna parte. Luego no me sentía completamente segura de que realmente hubieras estado en Bergen ese día, pero estaba convencida de que al menos habías pensado intensamente en mí, y sabía que seguíamos queriéndonos.

Después de aquello transcurrió primero un año y luego muchos más. Creo recordar que te envié unas líneas para informarte de que me había ido a vivir con Niels Petter, y unos años más tarde me llegaron rumores de que tú habías conocido a tu Berit.

Curiosamente no me alegró saberlo. Sentía celos...

Me parece muy extraño lo que me cuentas de tu visita a aquella cueva en donde vivimos. Estoy segura de no haberme puesto ningún pasador. Seguro que se me cayó del bolsillo del anorak, y la moneda de cinco coronas puede que fuera tuya.

No encontraste ninguna colilla, ¿no? ¿Lo recuerdas? Por supuesto no nos llevaríamos *cigarrillos* a la Edad de Piedra, lo que significaba que teníamos que dejar de fumar, o al menos darnos un respiro mientras estábamos allí. Pero un día cuando volviste de pescar noté que habías fumado a escondidas, porque no lograste evitar mi beso. Confesaste enseguida y te sentías muy culpable. Estabas muy arrepentido. Me diste el paquete de tabaco, que esa misma noche ardió en las llamas de nuestra hoguera.

¿Qué te parece lo que experimenté arriba en el altiplano al año siguiente?

Bueno, creo que entiendo lo que describes, y tal vez tu vivencia no necesariamente tenga que ser irreconciliable con mis propias vivencias. Porque claro, en la materia todo es uno –con sólidas raíces hacia ese Big Bang tuyo–. ¿Pero no somos ante todo personas únicas? *Eso* ya lo decíamos entonces. Hoy yo digo además que somos seres espirituales.

Obviamente puede resultar divertido pensar que los átomos y moléculas que vayan a dejar mi cuerpo formen parte luego de una liebre o un zorro montañés. Pero para mí no es más que una idea divertida. ¡Porque de esa forma yo desaparezco, Steinn! ¿Me oyes? Era eso en lo que no soportaba pensar entonces. Que yo sería yo por muy poco tiempo. ¡Quería durar! Y hoy tengo una esperanza, una fe más maravillosa que tú.

No pretendo quitarle importancia a tu bonita experiencia en el altiplano al año siguiente de haberte dejado. Pero tengo mis dudas respecto a tu conformidad con esa perspectiva panteísta que introduces, y tampoco sé si fiarme del todo de lo que dices sobre los dos botones entre los que podías elegir. De hecho, en el sueño hiciste exactamente lo contrario. Sacrificaste el futuro de la humanidad entera con el fin de tener unas horas más de vida. Y encima fuiste capaz de matar a tus dos compañeros y de robarles el oxígeno para que tú pudieras estar en esa nave espacial reflejándote en tu conciencia unas horas más.

Pero aquello fue un sueño. ¿Tú nunca has hecho en un sueño algo que no habrías hecho en la realidad?

Claro que sí, y sé que eres una persona considerada. Por cierto, me emocioné al leer todas las molestias que te tomaste en embalar mis cosas y enviármelas. Y es verdad que las repartiste de una manera muy generosa. Me tranquilizó saber que al menos te habías quedado con el coche. Ese tema ni siquiera se tocó, porque yo no tenía carné de conducir. Y tú pagaste la reparación del guardabarros y los faros delanteros.

La vieja campana de cristal está en el alféizar de la ventana justo delante de mí, y

ahora la levanto con la mano izquierda y la hago sonar. ¿La oyes?

¡Sí! Y no me olvido de Smaland. En la laguna de juncos nadaba una pareja de cisnes. Los señalaste y dijiste que eran tú y yo, y que lo que contemplábamos en el tranquilo lago eran nuestras almas. ¿Lo recuerdas? Yo te abracé y expresé una opinión diferente, pero no por ello menos cálida y entrañable. Dije: Estos cisnes son el alma universal. Ellos no lo saben, pero ahí dentro nada el alma universal.

Siempre he sido un romántico de la naturaleza. Tú también lo eras. Pero tú además te sentías *amenazada* por la naturaleza.

Berit está durmiendo. ¿Vas a escribir más esta noche?

Recuerdo los cisnes. Y también que no llegamos a ponernos de acuerdo en lo que simbolizaban. Te escribo y te lo envío esta noche. Pero no te esfuerces por mantenerte despierto. Ve a dormir, Steinn, mañana lo leerás.

Ni hablar. Esta noche estamos navegando juntos.

¿Qué dices? ¿Espero que no hayas estado bebiendo?

Relájate. ¿Acaso he escrito algo grosero? Tú escribe... Yo estaré despierto.

Intentaré ser breve, porque ya sabes casi todo lo que voy a decir.

Yo tenía diez u once años cuando pasaba las vacaciones de verano en Ytre Sula, y de repente una golondrina chocó contra la ventana del salón de mi abuela. Ella opinó que deberíamos esperar un poco antes de hacer algo con el pájaro, porque a veces los pájaros simplemente se desmayaban cuando chocaban así, decía, y al cabo de un cuarto o de media hora podían volver en sí y seguir volando. Dijo que algunos pájaros tenían una segunda vida, una vida después de la muerte, porque veíamos que el pájaro moría, y de repente estaba volando otra vez. Pero pasó todo el día, y luego toda la noche, y la golondrina no volvió en sí. A la mañana siguiente parecía un desecho y tuve que enterrarla sola, porque mis padres estaban en Bergen. Pensé que mi abuela podía haberme ayudado, pero ella opinaba que era tarea de los niños enterrar a los pájaros muertos. Tú y yo hablamos de eso, en relación con aquellos ataques míos.

Desde entonces, desde que tenía diez u once años, crecí con el intenso convencimiento de que no soy más que uno de esos pobres pájaros, que yo misma soy *naturaleza*. Ya no era una niña pequeña. La época de la inocencia y la despreocupación había acabado.

Sí, Steinn, resulta maravilloso pensar que constantemente llegan al mundo nuevos niños que van a poder vivir un rato sin conciencia de la muerte, sin dolor o miedo. Para mí una parte de la vida acabó cuando tenía diez u once años, o al menos tomó un rumbo completamente diferente. Mucho antes de llegar a la pubertad ya estaba aterrada, y en cierta manera algo alejada de este mundo, o al menos alejándome de él.

Luego llegué a Oslo y te conocí a ti, el tiempo hasta ese momento no tiene importancia, sólo lo recuerdo como una sucesión infinita de clases de piano, tenis y estudios para los exámenes, y en la última fase cierta dosis de ligueos y borracheras. Pero tú te encontraste conmigo en mi propia herida, porque tú también tenías una superficie herida, o una superficie de seriedad, tal vez suene mejor. Reconociste ante mí que para la gente como nosotros no había más esperanza que la vida aquí y ahora. Estábamos tan desnudos, tan indefensos, tan entregados el uno al otro para poder estimularnos mediante el éxtasis y la naturaleza... algo que al menos por algún tiempo fue capaz de frenar nuestros pensamientos respecto a dónde íbamos inexorablemente.

Pero yo tuve siempre una visión dual de la existencia, algo que también me ha acompañado desde aquel verano en casa de mi abuela. Experimenté que ante todo somos almas, y que las necesidades físicas que constantemente nos enardecían, y que también resultaban fáciles de satisfacer, era algo muy distinto, algo que nos caracterizaba como hombre y mujer y que en los ratos de pasión nos deleitaba, pero que en el fondo, creo, considerábamos algo efímero y externo. ¿No lo vivías tú también así?

Me encantaba cuando te acercabas a mí por detrás, me ponías una mano en la frente, me soplabas en la nuca, me levantabas el pelo y me susurrabas al oído: ¡Hola, alma! Esas veces, que no eran muy raras, no ibas buscando acostarte conmigo. ¿Sabes?, en esos momentos estabas realmente hablando a mi alma, abrías una ventanilla a una categoría completamente distinta, al espíritu, y era mi alma la que contestaba. Simplemente solía decir: Tú... Y bastaba. ¿Qué otra cosa puede decir un alma a otra? Más cerca de ti era imposible llegar.

De modo que tuviste un presagio, Steinn. Para mí es muy importante recordártelo. A menudo te oía abrir la puerta de Kringsjá media hora antes de que realmente llegaras. Las primeras veces estaba segura de que realmente eras tú, e iba corriendo hacia la puerta a recibirte, en alguna ocasión también para llevarte directamente al dormitorio, a veces lo había planificado todo. Pero me di cuenta de que sólo era un presagio que me indicaba que estabas de camino. En realidad esos avisos resultaban muy prácticos. Me daba tiempo a poner la mesa o a cocinar algo apetitoso, o incluso a arreglarme cuando quería seducirte, lo que conseguía cada vez que me lo proponía. Seguramente recuerdas que algunas tardes de invierno volvías a una casa con velas encendidas y un dormitorio calentito, tú sabías lo que te esperaba, lo llamabas sauna de amor, y te reías lleno de esperanza. Steinn, escribo sobre este tema ahora sólo para recordarte mi «tendencia» a lo oculto. Ha sido para mí una realidad viva al menos desde que tú y yo nos conocemos.

Porque hay algo más. Un día de mayo del año 1976, no muchos días antes de que atravesáramos las montañas para caminar sobre el glaciar Jostedal, nos despertamos juntos. Yo había tenido un sueño y me volví desconcertada hacia ti. Te asustaste porque me quedé mirándote fijamente. ¿Se trataba de un nuevo ataque que estaba de camino?

Dijiste: ¿Qué pasa?

Yo te contesté: He soñado que Bjørneboe había muerto.

Qué tontería, dijiste, siempre pensabas que esos presagios eran una tontería.

Pero yo repetí: No, sé que Jens Bjørneboe ha muerto. Y ¿sabes? Steinn, añadí, él no soportaba vivir más.

Y me eché a llorar. Acabábamos de leer *El sueño y la rueda*, el libro sobre Ragnhild Jølsen. Habíamos leído casi todo lo que Bjørneboe había escrito. Estabas irritado. Te fuiste a la cocina y pusiste la radio, y en ese instante empezaban las noticias. La noticia principal era la muerte del escritor Jens Bjørneboe. Volviste asustado a la cama y te tumbaste junto a mí.

Dijiste: ¿Qué *haces*, Solrun? ¡Déjalo! Me asustas.

Pues sí, he tenido algunas experiencias de «clarividencia» de ese tipo, más en aquellos tiempos que ahora. Cuando tu alma, tu «portador de presagios» o «predecesor», seguía volviendo a casa media hora antes que tú, o cuando yo tenía sueños premonitorios de los que los dos podíamos obtener una clara confirmación al día siguiente, me iba acercando a la idea de que los seres humanos tenemos realmente un alma libre, en el sentido de que es independiente de los cuerpos que habitamos.

De todos modos, eso no bastaba para que pudiera conciliarme con mi destino como «huésped en la realidad». Yo lloraba y tú eras fuerte, me aguantabas. Un día de septiembre tuve un nuevo ataque. Habíamos quedado en la puerta del auditorio Sophus Bugge de la universidad después de la clase de Edvard Beyer sobre el poeta Wergeland, y tú me consolaste como pudiste. Luego dijiste: Esta noche vas a ser la reina del Theatercafeen.

No podíamos permitirnos el lujo de frecuentar restaurantes de esa categoría, pero acabábamos de recibir nuestros préstamos estudiantiles, y nos permitimos una velada de lujo. Yo tomé *dos* postres. Te portaste muy bien conmigo, pero estabas cada vez más escéptico. Me parecía que te mostrabas muy frío. Nunca fuiste malo conmigo, pero te convertiste en un cínico, en cuanto al conocimiento, me refiero. Canalizaste tu amargura de esa manera y bueno, la mía tomó otro camino, el camino de la esperanza.

La telepatía, la percepción extrasensorial o la clarividencia son para mí fenómenos auténticos desde el día en que oí tu primer «presagio». Oí que llegabas, pero en realidad no llegabas. ¡Pero al final sí que llegaste!

¿Qué es un ser humano, Steinn? ¿Cuántas veces piensas en el hecho de que tu muslo o tu antebrazo sean *carne y hueso* justo debajo de esa finísima película de piel sensible al tacto? ¿Alguna vez has intentado imaginarte qué aspecto tienen tus vísceras o tus intestinos? ¡Por dentro, quiero decir! ¿Eso eres tú? ¿Dónde quieres situar dentro de ti lo que constituye tu verdadero sujeto y que habla, piensa y sueña como tu *yo*? ¿En la bilis o en el bazo? ¿En el corazón o en los riñones? ¿Acaso en el intestino delgado? ¿O mejor debemos buscar el punto de anclaje en el alma, en el espíritu, en aquello que *es*, porque todo lo demás no es sino el tictac del reloj y granos de un reloj de arena? Barro y lodo, diría yo.

Ahora salto hasta la penúltima noche en el viejo hotel de madera, la noche antes de que la hija del director nos pidiera que cuidáramos media hora a sus tres hijas mientras ella iba al banco.

Habíamos tomado una copita de aguardiente de manzana y estábamos a punto de subir a acostarnos, pero nos pasamos por la sala del billar a jugar una partida. Me resulta curioso pensar que las mismas tres bolas de marfil siguen todavía sobre el fieltro verde. Me pregunto cuántas veces se han tocado.

La sala de billar también servía de biblioteca y de bar, y cuando yo había conseguido diez puntos y tú sólo ocho, nos acercamos a las estanterías, como hacíamos todas las noches. Había una colección sumamente selectiva de libros, casi todos muy antiguos, y la mayoría pertenecientes a las categorías de geografía, geología y glaciología. Pero –como una contrapartida espiritual– me topé de repente con aquel libro: *El libro de los espíritus*, editado en Christiania en el año 1893, sólo dos años después de la construcción del hotel. Estaba traducido del francés, y el título original era *Le Livre des Esprits*, editado en París en 1857.

Fue la noche antes de nuestro encuentro con la Mujer de los Arándanos. Todavía abajo, en la sala de billar, empezamos a hojear ese libro, creo que yo te leí un par de frases en voz alta antes de llevárnoslo a la habitación. Empezamos leyéndonos el uno al otro en voz alta y riéndonos. Porque aunque el libro había sido redactado por una persona de carne y hueso, era un continuo manifiesto de apariciones del mundo de los espíritus. Contenía una colección de testimonios de espíritus de personas muertas recibidos por personas vivas a través de sesiones espiritistas. Recuerdo que al final dejaste el libro sobre la mesilla y me confesaste: Prefiero una mujer viva en los brazos que diez espíritus volando. Me dejé llevar, lo confieso. Era de noche.

Pero ese libro había sembrado algo dentro de mí. En el transcurso de unas semanas me convertí en espiritualista, mejor dicho, en espiritualista cristiana. Se convirtió en mi fe, mi paz y mi sosiego.

Al día siguiente por la tarde nos encontramos con la Mujer de los Arándanos. Es curioso, ¿pero no crees que cuando uno está a punto de abrirse ante algo, algo se abre al mismo tiempo ante él?

Lo que es seguro es que no puede entrar ningún pájaro volando en una casa con todas las ventanas cerradas. En ese caso choca contra el cristal.

Cuando se viven fenómenos tales como presagios, telepatía, clarividencia o sueños premonitorios, uno descubre que aparte de los cuerpos que habitamos de momento, también somos almas pertenecientes a un *orden* muy distinto al material. Para mí el camino desde allí hasta la fe en la inmortalidad del alma fue muy corto.

¿Cómo van las cosas por Oslo? ¿Duermes?

No, he estado leyendo. Son cerca de las dos. ¿Sigues junto al ordenador?

Sí.

Resulta casi increíble. Entonces encontraste realmente la salvación. Una salvación para tu alma asustadiza. Te envidio, porque yo quedo tiritando fuera de tu nueva fe.

Aún no te doy por perdido. Te voy a *regalar* algo, Steinn. Te lo prometo. Algún día te convenceré.

No voy a impedirte que lo intentes. A lo mejor yo tampoco creo del todo en ese panteísmo mío. Pero ahora hay que irse a dormir....

Sí, vamos a dormir. Curioso que tú, por una vez, lo digas *antes* que yo.

¡Buenas noches!

¡Buenas noches!

Sólo una cosa más. He reservado todo el día de mañana para reproducir con exactitud lo que sucedió aquel día hace más de treinta años. Ahora me voy a dormir unas horas, y mañana a primera hora me sentaré junto al ordenador. Intentaré enviarte algunos correos en el transcurso del día. Si eres capaz de recordar la historia entera de este universo, uno de nosotros también se acordará de todo lo que ocurrió entonces. ¿Te parece bien? ¿Estamos por fin lo suficientemente maduros para poner palabras a lo que sucedió?

Tendremos que arriesgarnos. Un día nos prometimos no volver a hurgar nunca en ello, pero creo que ya podemos desligarnos de nuestra promesa de silencio.

¿Sabes lo que he estado bebiendo toda la noche?

¡Calvados! Lo huelo desde aquí. Manzana quemada...

Impresionante. Realmente tienes esas artes. ¡Que duermas bien! Espero tus correos mañana.

¡Buenas noches!

## VII

Una tarde a finales del mes de mayo de 1976 me encuentro delante de la ventana de mi dormitorio de Kringsjá. La ventana está abierta, el día es templado e inhalo el aroma dulzón a primavera. No sé si lo que me llega es el olor al nuevo año o a la podredumbre agri dulce del año anterior, pero no creo que sean los frescos brotes de los árboles lo que huelo, de modo que llego a la conclusión de que se trata de la tierra húmeda, pues de la tierra grasa del año anterior crecen nuevos y frescos brotes. Veo una alocada urraca en un matorral, y un gato que intenta asustarla para que levante el vuelo. La urraca me recuerda al pájaro aquel que tuve que enterrar en Solund, y de nuevo me vuelve esa sensación de ser naturaleza, aquella vez lo fui y ahora ocurre de nuevo, tengo uno de mis ataques. Primero se me llenan los ojos de lágrimas, y me entra un terrible dolor de cabeza. Luego me echo a llorar, creo que lo primero que hago es emitir un consternado gemido. Tú has captado lo que está a punto de suceder, porque te oigo entrar en la habitación, pasas por delante de *El castillo de los Pirineos*, y antes de que te dé tiempo a tocarme, me doy bruscamente la vuelta y te miro. ¡Un día ya no existiremos! Jadeo, más bien lo grito. Sigo llorando, pero te dejo que me consueles. Seguramente no paras de pensar, y tal vez llegues a la conclusión de que no sea suficiente proponer una pobre vuelta alrededor del lago Sognsvann. Creo que recuerdo cada palabra que dijiste, me abrazabas y después solías jugar con mi pelo con la mano izquierda, mientras me ponías la otra sobre la espalda. Hay muchas maneras de abrazar a una mujer, y tú tenías la tuya propia.

Sécate ya las lágrimas, dijiste. Vamos a cruzar el glaciar de Jostedal en esquís.

Media hora más tarde estábamos sentados en el coche con los esquís en la baca y sendas mochilas en el maletero. La última vez que habíamos hecho algo parecido había sido vivir como cavernícolas en el altiplano de Hardanger el verano anterior. El sol estaba alto en el cielo, y nos encontrábamos ante una nueva temporada de escapadas. A mí me encantaban. ¡No sabes cuánto!

Es verdad que yo sufría de bruscos cambios de humor. Ya antes de llegar a Sollihøgda, es decir, antes de llevar una hora de viaje, me sentía eufórica. Tú también. ¡Qué *felices* éramos, Steinn! Dije que nadie en el mundo se conocía mejor que tú y yo. Llevábamos conviviendo desde los diecinueve años, casi toda una vida, cinco años, y decíamos que ya empezábamos a hacernos viejos. Hoy resulta nostálgico pensar en ello, porque en realidad éramos muy jóvenes y podríamos haber tenido toda una vida por delante. De

eso hace ahora treinta y un años.

Íbamos en el volkswagen rojo y bajando las cuestas de Sundvollen bromeábamos con que éramos –aparte de hombre y mujer– dos golondrinas que revoloteaban sobre las copas de los abetos mirando ese pequeño escarabajo rojo a vista de pájaro. ¿Lo recuerdas? Nos veíamos avanzando por el paisaje con los esquís en la baca sólo unos días antes de junio. Y sabíamos que la convivencia más lúcida del planeta se estaba desarrollando allí abajo en nuestro escarabajo rojo. Las ganancias del trabajo de dos veranos habían pagado ese coche.

Poco a poco nos hartamos de charlar, ¡pues habíamos hablado ya de todo! Desde que pasamos Bromma, nos callábamos de vez en cuando uno o dos minutos. Íbamos viendo todo el rato lo mismo, así que no hacía falta decir lo que veíamos. En una ocasión permanecimos hasta cuatro o cinco minutos sin decir nada ninguno de los dos. Entonces tú o yo nos echamos a reír y el otro se rió también. Y volvimos a hablar.

Llevábamos mucho tiempo conduciendo, pero aún teníamos por delante el valle de Hemsedal y el Oeste. En lo alto de Hemsedal, en un aparcamiento al lado derecho de la carretera, vimos un enorme camión con matrícula extranjera. Hablaríamos muchas veces de ese camión durante las siguientes semanas. Unos kilómetros más adelante nos fijamos en una mujer que iba andando por el borde de la carretera en dirección a la montaña, es decir, en nuestra misma dirección. ¡Mira!, dijiste. Y luego: ¿La ves?

Era ya tarde, y nos pareció extraño que una mujer sola estuviera paseando a esa hora del día. La única razón por la que no nos paramos a ofrecerle subir al coche era que no iba por la carretera, sino por un sendero a unos metros de la calzada. Andaba muy decidida, como si supiera bien adónde se dirigía. Llevaba un traje gris, y sobre los hombros un chal de un color carmesí. Constituía una visión pintoresca, y la imagen de esa mujer con el chal carmesí en la noche azul de verano, andando rápidamente y con paso decidido, camino, por alguna razón, de la alta montaña, sigue en mi retina como el tráiler de una película. ¡Iba a *cruzar* la montaña, Steinn! Iba camino del Oeste. Redujiste la velocidad, y al pasarla, los dos la miramos. En los días siguientes estábamos totalmente de acuerdo sobre el aspecto de la mujer. Una mujer mayor, decíamos. Una mujer de mediana edad con un chal carmesí sobre los hombros. O una mujer en la cincuentena.

¿Estás despierto, Steinn? ¿Te has levantado temprano tú también? Durante esta hora, mientras estoy sentada en la habitación amarilla escribiéndote, has de estar cerca de mí. Hace una generación tú y yo nos prometimos solemnemente no volver a mencionar nunca más lo que ocurrió allí arriba en la montaña. Pero ya nos hemos librado de ese pacto.

Estoy aquí. Es muy temprano, pero ya estoy en la cocina tomando un café doble. Ahora mismo voy a leer lo que me has escrito. Lo haré durante todo el día de hoy. Estaré constantemente online. Dentro de unos momentos me llevaré el portátil al despacho de la facultad. Creo que es la primera vez que salgo tan temprano de casa por la mañana, está empezando a amanecer. Berit está durmiendo y le dejo una nota diciendo que me he despertado muy temprano y no he podido volver a dormirme. Tengo mucho trabajo, pongo en la nota.

Cuéntame, estoy esperando. Tú lo recuerdas todo mejor que yo.

Arriba, en Hemsedal, te enfadaste porque tal vez no habría cama aquella noche. De repente te entraron deseos de *tenerme*, fue justo después de pasar por delante de la mujer del chal. Al principio no fue más que un comentario jocoso, un parloteo sin consecuencias, lo llamaría yo, pero te estabas poniendo cada vez más pesado y yo me eché a reír de nuevo, y entonces viste un desvío y te internaste unos metros en un camino forestal junto al río. Era un día seco y pensé que me llevarías hasta el brezo entre los árboles. Pero hacía frío, y estabas pensando en unos juegos muy distintos. Pobre Steinn. Por alguna razón te habías imaginado no sé qué tipo de malabarismos dentro del escarabajo rojo; eran unas imágenes de las que no eras capaz de librarte. No soy más que un ser humano, dijiste. Te miré de reojo, los ojos te daban vueltas, y confesaste: No soy más que un hombre.

Media hora más tarde estábamos de nuevo en la carretera principal y aceleraste. Reconfortados por la pasión satisfecha tenemos la sensación de volar por el aire como un proyectil. ¡A la montaña, a la montaña! Nos habíamos fijado en que nos encontrábamos en la Carretera Nacional 52, lo que nos hizo gracia, ya que los dos habíamos nacido ese año. Una carretera de buena cosecha, dijiste. O tal vez lo dijera yo.

Eras tú el que siempre iba sentado tras el volante. Yo ni siquiera tenía carné de conducir por aquel entonces. Tal vez fuera medianoche, en esa época del año no oscurece del todo. Había sido un día caluroso, pero ahora está más fresco y algo nublado, pues estamos en alta montaña. Si hubiera sido una oscura noche de otoño, los contornos habrían sido más nítidos, y habríamos visto con más claridad a la luz de los faros del coche. Pero esa noche todo era azul suave. La única excepción era un brillante resplandor en el horizonte lejano. Creo que lo comenté, al menos hablamos de ello en los días siguientes.

Justo en la línea divisoria hidrográfica y la frontera provincial por el lago Eldrevatnet, avistamos de repente algo rojo y aleteante a la luz crepuscular, de repente sentimos un golpe en el coche y que se tensaban los cinturones de seguridad. Reduces la velocidad, al menos la velocidad se reduce, pero al cabo de unos segundos vuelves a acelerar. Luego pasan cuatro o cinco minutos antes de que ninguno de los dos digamos nada. Y tal vez fuera eso el mayor enigma, porque ¿qué pensaste tú y qué pensé yo, Steinn? Tal vez no pensáramos nada en absoluto. Tal vez estuviéramos en estado de shock.

Tras pasar el largo lago nos cruzamos con una furgoneta blanca que iba en dirección al Este. Entonces dices nervioso: Creo que hemos atropellado a una persona.

Es como si pensáramos con un único cerebro, porque es el mismo pensamiento que tengo yo en ese instante, te vuelves hacia mí vehementemente, y yo asiento con la cabeza repetidas veces.

Lo sé, digo. Atropellamos a la mujer del chal carmesí.

Hemos pasado ya el refugio de Breistølen y llegamos a la primera curva cerrada bajando hacia el Oeste, y allí, en medio de la curva, frenas en seco y das la vuelta. No dices nada, pero puedo leer en tus hombros y en tu mirada tensa lo que estás pensando. *Tal vez la mujer necesite ayuda. Tal vez esté gravemente herida. Tal vez hayamos*

*matado a alguien...*

Unos minutos después estamos de vuelta donde chocamos con algo en el crepúsculo. Te paras y los dos salimos disparados del coche. Hace frío, y sopla una leve brisa. No vemos a nadie. Descubres que el faro delantero derecho está roto y recoges unos trozos de vidrio de la carretera y de la cuneta. Miramos a nuestro alrededor, y de repente señalas un chal carmesí tirado sobre el brezo en la cuesta que baja hacia el lago, a sólo un par de metros del coche y de la carretera. El chal parece intacto y seco, como si hubiera sido quitado de los hombros de la mujer hace unos instantes; aletea ligeramente al viento, como si estuviera vivo, y ninguno de los dos nos atrevemos a tocarlo. Miramos a nuestro alrededor, y aunque es una noche de verano no vislumbramos ningún contorno de figura humana por ninguna parte. No tenemos nada más que un chal carmesí en que apoyarnos. Encuentras más trozos de cristal del faro delantero. Nos metemos en el coche y nos vamos rápidamente.

De nuevo estamos en estado de shock. Tú tiemblas sobre el acelerador y en el volante, y creo que no decimos nada, pero nuestras almas están tan entrelazadas que de todos modos tenemos cierto acceso a los pensamientos y sentimientos del otro.

En las siguientes horas y días volveríamos a analizarlo todo, pero ya sentados en el escarabajo rojo teníamos muy claro que habíamos atropellado a esa misteriosa mujer a la que habíamos visto andando justo antes de permitirnos esa pequeña escapada junto al río, con lo que le habíamos dado una ventaja fatal.

El único rastro que quedaba de ella era el chal carmesí, así que los dos pensamos que la herida o la accidentada tendría que haber sido recogida por la furgoneta blanca, pues nos parecía la única explicación posible de su desaparición. Aquello ocurrió muchos años antes de que existiera el teléfono móvil, y nos imaginamos que el conductor de la furgoneta blanca se paró en la primera granja de Hemsedal con el fin de pedir ayuda y, claro está, para llamar a la policía y la ambulancia, u optó por correr todo lo que podía con el fin de llevar a la víctima de nuestra arrogancia al ambulatorio de Gol. O tal vez ya no había razón alguna para acelerar, pensamos también. Reflexivo y considerado, el conductor de la furgoneta tal vez se dirigiera a la comisaría rural de Hemsedal con el fin de entregar una mujer accidentada que había encontrado en la Carretera Nacional 52. También diría algo de un volkswagen rojo en dirección contraria.

Bajamos hacia el Oeste, y al pasar otra vez por el refugio de Breistølen y llegar a las curvas cerradas donde habíamos dado la vuelta, frenaste en seco justo donde el precipicio y me ordenaste que saliera del coche. ¡Fuera!, gritaste. ¡Fuera!

Estabas furioso, yo creía que estabas enfadado conmigo, al menos no me atreví a decir nada y salí del coche. Steinn, Steinn, gemía. ¿Qué pretendías? ¿Dejarme allí abandonada? Estaba tan asustada que pensé: ¿Me va a matar? ¿Para eliminar al único testigo? Si ha matado una vez... Aceleraste y te dirigiste hacia el precipicio. ¿Te saldrías de la carretera suicidándote? Volví a gritar. ¡Steinn! Steinn! Golpeaste el coche contra un bloque de piedra al borde del precipicio. Saliste enérgicamente y constataste que también el faro delantero izquierdo estaba roto, y el parachoques se había doblado.

Pregunté: ¿Por qué has hecho eso?

Ni siquiera me miraste, te limitaste a contestar: Aquí tuvimos un pequeño percance con el coche.

Fuiste a por los trozos de cristal que nos habíamos llevado y los esparciste delante del bloque de piedra junto a los trozos recientes. Fue como si colocaras las últimas piezas de un puzzle.

Era de noche y hacía frío. Pensé que el coche tal vez no arrancara, pero por suerte se podía conducir, aunque se había abollado un poco. Estábamos cansados e íbamos algo distraídos, y tuvimos la mala suerte de chocar contra la gran piedra que seguramente habían colocado en esa curva para proteger a los coches de una caída libre de varias decenas de metros.

Bajamos hasta Borgund, y nos estremecimos al ver erguirse de repente la iglesia medieval de madera como un decorado macabro en la nebulosa luz. Estaba además rodeada de viejas lápidas; y delante de una de ellas ardía una vela rosa en la oscura noche de verano.

Seguimos camino bordeando el río Lærdal mientras se hacía de día, y, curiosamente, nos asustábamos más conforme avanzaba la mañana y había más luz. En Lærdal ya es casi de día, pero estamos de acuerdo en que es a la vez demasiado tarde y demasiado pronto para alquilar una habitación en algún lugar; además, sería sospechoso y no nos apetece enseñar el dichoso coche a nadie, de modo que conducimos los últimos diez kilómetros hasta el embarcadero del trasbordador en Revsnes. Quedan aún unas horas para la primera salida. Aparcamos, no hay más coches en el muelle, echamos los asientos hacia atrás e intentamos dormir un poco. Pero en el fondo estamos resignados. Pensamos que la policía nos encontrará antes de que podamos cruzar el fiordo. No existen más salidas que por el trasbordador a través del fiordo. Aunque la mujer esté muerta y no pueda dar explicaciones, el conductor de la furgoneta blanca vio un volkswagen rojo con esquís en la baca unos minutos antes de encontrar a una mujer muerta o herida en la cuneta. Estaba clarísimo que la policía podía llegar en cualquier momento.

¿Por qué caminaba aquella mujer por la montaña en medio de la noche? No había nada allí arriba, ni una choza de pescador o cazador. Tampoco iba adecuadamente vestida, nada parecido a una vestimenta deportiva.

¿Quién *era* esa persona? ¿Podíamos dar por seguro que estaba allí sola? ¿O estaba con alguien? También nos habíamos fijado en aquel enorme camión aparcado en lo alto de Hemsedal. Quizá se estaba tramando algo.

Estamos demasiado alterados para poder dormirnos. Pero nos asusta la luz. Nos quedamos tumbados con los ojos cerrados hablándonos en susurros, como cuando los niños duermen juntos. Me parece justificado recordarte que sólo nos hemos movido un par de grados en un pequeño planeta que se mueve en una órbita alrededor del sol, y tú te apresuras a añadir que el sol no es más que una de cien mil millones de estrellas en la

Vía Láctea. Y ya estábamos en marcha. Lo que acabábamos de experimentar no era más que un cabrilleo en un gran océano. Tendríamos que ampliar nuestra perspectiva. Tendríamos que salir del enfoque. Pero esta vez no se me llenan los ojos de lágrimas y no exclamo que un día ya no estaré aquí. Ya no vale, ya no está el ambiente para el dolor, el sentimiento de culpa lo ha sustituido, porque es probable que hayamos causado la muerte a otra persona. El pensamiento resultaba tan terrible que no me atrevía a comentarlo. Pero no podía dejar de pensar en ello. ¡Haber robado a alguien la vida! Yo que no soportaba la idea de que yo misma desaparecería un día de la superficie de esta tierra y con ello de todo este inmenso universo, de todo. De ti, Steinn, sí, de ti también.

Creo que desde el momento en que llegamos al embarcadero aquella frágil mañana no hablamos casi nada de «esa mujer a la que atropellamos», tampoco hicimos ningún comentario directo sobre lo que había sucedido. Sólo decíamos *aquello* cuando nos veíamos obligados a tocar el tema, o *lo que sucedió*. Tú conducías muy deprisa arriba en el altiplano, luego bajamos una suave pendiente, aceleraste todo lo que pudiste el pequeño volkswagen, y tal vez atropellamos y matamos a una mujer en la montaña de Hemsedal. Luego fuimos incapaces de hablar de ello. Ya de vuelta en Oslo esa parte de la historia se convirtió en algo encapsulado y tabú. ¿Cómo íbamos a poder seguir viviendo juntos? Vivir juntos conlleva, entre otras cosas, dialogar, pensar en alto juntos, bromear y reírse, también el dormir juntos y el estar cerca el uno del otro.

Y sin embargo de la Mujer de los Arándanos hablábamos, al menos al principio, con toda naturalidad, y ella es el motivo de que hoy, al cabo de tantos años, pueda repetir casi sin vergüenza que por accidente atropellamos y matamos a una persona en la montaña de Hemsedal. Volveré sobre la bendita Mujer de los Arándanos, puedes estar seguro. Pero esta vez me esforzaré por narrarlo todo en orden cronológico.

¿Y tú? ¿Has llegado ya a tu despacho?

Sí, sí, no tardé mucho en entrar en Outlook. Y al cabo de muy poco recibí el primer correo de la mañana. Era tuyo. Acabo de leerlo y borrarlo.

Tú recuerdas más detalles que yo. Lo único que me pregunto es si exageras cuando aseguras que ya en esos momentos tuvimos una idea bastante clara de que la mujer a la que habíamos atropellado no sólo había resultado herida, sino que de hecho había muerto debido al golpe. Podría estar gravemente herida, tener un brazo fracturado o simplemente haberse ido con aquella furgoneta blanca a Hemsedal. Pero lo que ocurrió fue más que dramático en sí, y ahora, aquí en el despacho, acabo de revivirlo todo.

Estoy de acuerdo en que debes esperar para introducir a la «Mujer de los Arándanos» en el relato. Sé que sobre ella tendré interpretaciones divergentes a las tuyas. Pero eso ya lo sabes de antemano.

¿Interpretaciones divergentes? Es como si pudiera oler que te encuentras en un instituto de ciencias exactas. Por cierto, ¿qué aspecto tiene? Tu despacho, quiero decir.

Es un pequeño despacho de esos típicos de la Universidad de Oslo en Blindern, un cuarto rectangular en el edificio de matemáticas, también llamado Casa de Niels Henrik Abel<sup>1</sup>. Los estantes, la mesa y el suelo están repletos de informes, compendios y revistas científicas. Pero yo apenas me fijo ya en ese entorno tan prosaico. Leyendo en la pantalla lo que escribes tengo la sensación de estar en la misma habitación que tú, oyéndote contar,

o en el mismo coche que tú. Sigue, pues. Habíamos aparcado el coche en ese embarcadero al sur del fiordo de Sogn.

Ya a las cuatro era de día, y al poco rato salió el sol, pero cerramos los ojos y seguimos hablando en susurros. Nos recordamos lo seguro que había sido vivir en la Edad de Piedra, tanto en la de hace unos miles de años, como en la del altiplano de Hardanger el año anterior. Incluso esa última nos parecía lejanísima de lo que acabábamos de vivir. Pensamos en esas largas noches en que estábamos acostados en el exterior de la cueva explorando la noche del espacio. Entonces nos había parecido estar contemplando distancias incalculables. Resultaba casi doloroso estar en un contacto tan cercano con tantos rayos a miles de años luz de distancia. Las exóticas luces se habían precipitado a través del espacio durante miles de años antes de llegar a nuestras mentes, y allí teníamos que recibirlas y atenuarlas. La luz de los astros lejanos había viajado eternamente antes de alcanzar nuestras retinas, para luego continuar viaje hasta una dimensión diferente, hasta otro cuento, a través del velo del aparato sensorial y hasta el mismísimo fondo del alma. Luego una noche llegó la luna, al comienzo como una fina hoz que fue creciendo hasta dejar inundados de luz plateada primero el altiplano de Hardanger y luego el firmamento entero. Lo vivimos como un alivio, y no sólo porque podíamos volver a mirarnos incluso de noche, sino también porque proporcionó un descanso al ojo y al alma no tener que contemplar tan dentro del espacio como las noches anteriores.

Sentados en el escarabajo rojo recordando la Edad de Piedra, el universo y nuestro lejano pasado, seguíamos con los ojos cerrados porque era de noche. Habíamos decidido quedarnos allí el tiempo que pudiéramos, hasta que la policía o la gente del trasbordador llegara y nos despertara. Al escuchar ruidos lejanos procedentes del trasbordador en el fiordo supimos que la noche estaba a punto de acabar, y entonces uno de los dos se sintió inmediatamente obligado a recordar aquella enorme lluvia de estrellas fugaces la noche en que matamos el cordero. Tuvimos que taparnos la boca de pura impresión. En el transcurso de un par de minutos contamos hasta treinta y tres estrellas fugaces, pero estábamos tan pasmados que nos habíamos olvidado de pensar en los noventa y nueve deseos que podrían cumplirse. Estábamos saciados de tanto comer cordero asado. Y nos quedaba más para los días siguientes. ¿Y deseo? Nos teníamos el uno al otro.

Logramos cruzar el fiordo. Nos parecía que la tripulación del barco miraba con desaprobación la parte delantera del coche y luego a nosotros con compasión. Porque con los golpes de los coches ocurre como con las heridas en el cuerpo: se ven cuando son recientes. Testigos, pensamos. Creo que nos dijimos algo al respecto en voz baja. Ya entonces la programación nocturna de Radio Nacional Noruega ofrecía un breve noticiario cada hora. Lo sabíamos, pero no sabíamos qué estaban escuchando en ese momento en la caseta del timonel.

Desembarcamos en Kaupanger y seguimos dirección oeste hacia Hella. Desde allí continuaríamos en barco hasta Fjærland, que era el lugar desde el que iniciaríamos el ascenso hasta el glaciar de Jostedalén. Eso era antes de Internet, pero llevábamos un libro

llamado *Guía de Noruega*, y sabíamos que teníamos el tiempo justo para llegar al primer trasbordador hasta Fjærland, y que si no llegábamos, habríamos de esperar medio día en Hella. Pero el juego pronto llegó a su fin, porque la policía nos paró entre Hermansverk y Leikanger. Allí nos dieron alcance.

Son dos coches de policía, uno con las luces azules encendidas. Pienso que había sido muy estúpido pensar que lograríamos escapar, pues toda la parte delantera del coche daba claro testimonio de lo que habíamos hecho. Era ya completamente de día, y aunque en aquellos tiempos no existía el teléfono móvil, la policía habría sido informada hacía horas de lo ocurrido. Aunque habías preparado con gran esmero esa ingeniosa coartada arriba en la montaña, en el instante en que la policía nos hizo señas para que paráramos dijiste con voz alta y firme: Nos damos por vencidos. No intentaremos negar nada.

Yo asentí con la cabeza. Tú proseguiste: ¿Me oyes? Nos entró pánico, eso es todo. Volví a asentir con la cabeza. Me sentía muy cansada, Steinn, y muy afligida. Estaba destrozada. Todo lo que amaba y en lo que creía, había sido pisoteado. Después de lo sucedido no tenía más voluntad que la tuya.

Pero sólo era un control rutinario. Ni siquiera nos hicieron bajar del coche, lo que en el fondo fue una suerte, porque estoy segura de que no habría conseguido mantenerme en pie. Era un lunes por la mañana, pero tampoco era un control de alcoholemia. Nos dieron no obstante un documento por el que se nos obligaba a reparar los faros delanteros en un tiempo máximo de diez días; para entonces estaríamos de vuelta en Oslo, dijeron los policías, muy amables ellos. Y aunque las noches eran ya luminosas, anotaron también la prohibición de conducir el coche por la noche antes de que los faros fueran reparados.

Nos prohibieron conducir de noche, Steinn. Así fue. Y esa resolución no podíamos recurrirla...

Llegamos a Hella a buena hora antes de la salida del trasbordador. Hella era, como Revsnes, un típico «no-lugar», sólo un embarcadero, ni siquiera había un quiosco abierto. A mí me había entrado ese invencible deseo de comer chocolate, y lo pasé un poco mal. Durante la media hora que transcurrió hasta que llegó el barco no hablamos más que de los esquís. Estábamos de acuerdo en dejar aparcado el escarabajo, no tenía ningún sentido llevárnoslo a esa pequeña población sin carretera, y tampoco resultaba muy divertido mostrarlo en el estado en el que se encontraba. Pero ¿y los esquís?

Estoy segura de que recuerdas todo eso tan bien como yo, pero por una vez hay que narrar esta historia del principio al fin. Hablábamos con la cabeza, razonábamos, calculábamos.

¿Deberíamos dar la vuelta? No. Estábamos de acuerdo en que nos debíamos el uno al otro el subir al glaciar de Jostedal, pues era el destino de nuestra excursión, nos lo habíamos prometido, y ocurriese lo que ocurriese después, tendríamos que buscar un lugar donde dormir, nos hacía falta un buen edredón bajo el que podernos acurrucar. No podíamos saber si pasarían uno, dos o tres días hasta que nos detuvieran, pero estábamos seguros de que era cuestión de tiempo, en el mejor de los casos de unos días. Habíamos visto cómo la tripulación del barco miraba los recientes daños en el coche, y

nos habían dado el alto, inspeccionado y prohibido algo durante un control rutinario de la policía. El resto, dijimos, sería cuestión de coordinación e investigación, es decir, de tiempo. Esa mañana en Hella llegamos a la conclusión de que no habría ninguna excursión en esquís por el glaciar. No teníamos tanta sangre fría como para emprender una excursión por él después de lo sucedido. Teníamos que leer los periódicos y escuchar la radio. Habíamos de estar en guardia, no nos quedaba más remedio. Sabíamos de un legendario hotel de madera en ese pueblo donde podíamos alojarnos. De modo que los esquís podrían quedarse en Hella. Pero no, la descripción era un escarabajo rojo con un par de esquís en la boca. ¡A finales del mes de mayo! Era demasiado arriesgado. ¿Y en calidad de qué nos presentaríamos en el hotel? Lo mejor sería llegar como visitantes con intención de subir al glaciar.

No obstante intuíamos cómo acabaría todo, quiero decir lo referente a la investigación policial, pues ya habíamos tenido un par de sustos. Aparte de mis ataques de angustia y tu tendencia a tomar una copa de más, habíamos vivido juntos casi sin roces hasta el instante en el que la mujer del chal carmesí fue atropellada junto al lago Eldrevatnet, y ahora nos encontrábamos por primera vez en crisis, una crisis de verdad. Pero aún no podíamos separarnos. Mañana tal vez, o pasado mañana, pero aún no.

Necesitábamos unas últimas horas y días juntos antes de que todo acabara.

Así que tuvimos una travesía casi alegre por el estrecho brazo del fiordo. Nos dirigíamos hacia el norte y el imponente glaciar. La naturaleza nos impresionó tan profundamente que algo nos ocurrió, algo parecido a una redención, o como un dique que de repente se rompe. Volvimos a bromear y a reírnos. ¿Lo recuerdas? Hicimos a la perfección los papeles de libres y despreocupados. Fuimos unos actores estupendos. No habíamos dormido, y eso seguramente influyó, pero lo principal era que aún estábamos libres y sinceros juntos –al menos durante otras doce, veinticuatro o tal vez cuarenta y ocho horas. De repente nos habíamos convertido en Bonnie & Clyde. Estábamos tan acostumbrados a estar solos tú y yo... a estar en un puesto avanzado, solíamos decir. Ahora éramos además proscritos. Nos entregamos por completo al papel, eso es algo que podemos admitir ahora, más de treinta años después. Empezamos a hacer el papel de cínicos.

En el hotel dijimos que nos quedaríamos unos días, no sabíamos exactamente cuántos. Pensábamos subir al glaciar, dijimos, porque habían visto los esquís, y nos inventamos una mentira sobre un cursillo de glaciares, etc. Tú nombraste el glaciar Svartisen...

Lo único que pretendíamos era pasar unos días juntos, pues pensábamos que tal vez sería nuestra última escapada. ¿No insinuamos que éramos recién casados? Todo eso fue sólo cuatro años después de que la llamada ley del concubinato se derogara en Noruega. Durante el primer año que vivimos juntos, nuestro estado de soltería podía ser denunciado a la policía como una situación delictiva y susceptible de escándalo.

Fuera como fuera, pedimos la habitación más bonita que tuvieran, pues íbamos a celebrar algo importante, dijimos. Creo que contamos algo sobre exámenes aprobados, y en realidad era verdad, pues yo acababa de hacer el mío de historia de las religiones, y tú

algunos de física.

Lo de la habitación más bonita no supuso problema alguno, la temporada alta aún no había empezado, y nos dieron la habitación de la torre. No sé si me gusta incluir este dato en la narración, Steinn, pero casualmente esa misma habitación nos dieron a Niels Petter y a mí cuando llegamos al hotel este verano. Fue extraño estar allí de nuevo, ahora con él. Por otra parte, no estoy del todo segura de que fuera tanta casualidad el que aterrizáramos en la misma habitación. No es que esté de talante «oculto», pero fue él el que la reservó, y el hombre con el que estoy casada es un hombre muy generoso y muy considerado. Le entristeció bastante el que te dedicara casi todo el tiempo en la Ciudad del Libro, pues a Niels Petter y a mí nos hacía mucha ilusión repasar las casetas de venta en busca de todos esos libros que no leímos en la juventud por falta de tiempo. Creo no obstante que te conté que se le pasó camino de casa.

En la recepción del hotel pedimos además algo que a lo mejor fue un poco atrevido, pero no teníamos otra elección. Preguntamos si había radio en la habitación, y al recibir una respuesta negativa, pedimos prestado un transistor, pues nos sentíamos desesperadamente infrainformados. Dijimos que tú estudiabas derecho y que queríamos seguir un programa de actualidad. Ocurría algo con Alemania y la Baader-Meinhof, dije.

Eso fue sólo unos días después de que Ulrike Meinhof fuera encontrada muerta en la cárcel de Stammheim. No sé por qué dije eso, puede que fuera porque sentía de repente que tú y yo teníamos cierto parecido con Andreas Baader y Ulrike Meinhof. Me miraste indignado.

Nos dieron la habitación y la radio. Teníamos nuestro propio balcón en forma de semicírculo con unas vistas impresionantes al glaciar, el fiordo y las dos tiendas que había en el viejo embarcadero. Ya en la habitación nos metimos directamente en la cama con el transistor encendido. No miramos ni siquiera la hora, y estábamos convencidos de que todo lo que saliera del pequeño transistor trataría sobre nosotros. Antes de sucumbir al sueño, escuchamos un noticiero de los de todos los días, con noticias nacionales e internacionales. El Senado había apoyado la propuesta de rebajar la edad del servicio militar obligatorio de veinte a diecinueve años, y el filósofo alemán Martin Heidegger había muerto. Pero no había ninguna novedad en el frente montañoso.

Esa ausencia de señales empezaba ya a molestarnos. De los seminarios de champán en la cama de matrimonio de nuestra casa, teníamos aún muy presente el Raskolnikov de Dostoievski, y como él, empezamos a sentir la necesidad de ser descubiertos, o al menos de que nos hablaran o interrogaran. Pero nos dormimos al instante, no creo que ni siquiera apagáramos la radio, y no nos despertamos hasta bien entrada la tarde.

Al despertarme estabas llorando. Esa vez eras tú quien lloraba. Te puse un brazo sobre el pecho, te besé la nuca e intenté acunarte.

Nos incorporamos en la cama y escuchamos la radio. Escuchamos con los cinco sentidos un noticiero de media hora, pero no dijeron nada. Eran las siete de la tarde, habían pasado más de doce horas desde lo ocurrido en la montaña de Hemsedal, tal vez

un atropello mortal, en el que el delincuente se había dado a la fuga, abandonando a la herida o fallecida, sin llamar a la ambulancia o entregarse a la policía. «Un gran efectivo de policías está investigando.» Pero no, no dijeron nada de eso, aunque estábamos en una habitación de un hotel muy dentro de un brazo del fiordo de Sogn sabiendo que habíamos abandonado a la mujer del chal carmesí después de –nublados por nuestra propia felicidad– haberla atropellado y simplemente seguido camino a través del país. Encontramos su chal, así que el conductor de la furgoneta blanca la habría recogido después de que nos fuéramos. ¿Y él no había avisado a la policía?

¿Qué era aquello? ¿Por qué no hablaban en la radio de lo sucedido? ¿Por qué se estaba ocultando esa noticia? Alguna explicación tendría que haber. ¿Cuál sería? ¿Por qué las autoridades no hacían público lo que sabían? ¿Qué hacía esa mujer de traje gris y chal carmesí arriba en la montaña en medio de la noche? ¿Por qué estaba allí? ¿Podría tener implicaciones militares o de espionaje? ¿Nos habíamos topado con algún asunto importante que tenía que ver con la seguridad del reino?

Yo tenía la imaginación más descabellada de los dos. ¿Podíamos estar seguros de que la mujer a la que habíamos atropellado era un ser humano normal y corriente?, pregunté. No decían nada por la radio. La policía no buscaba testigos. Tal vez ella fuera una extraña, una visitante del espacio. Porque sí que había una luz muy especial en el cielo aquella noche. Intenté hacerte reaccionar a ese comentario, diciendo que habíamos visto una luz brillante en el cielo.

No entendíamos nada. ¿Quién era la accidentada? Si no era una «extraterrestre» o algún fantasma, tendría que haber alguien que se preguntara quién había sido el autor del crimen. Porque tenía que ser un hombre, no cabía duda, intentamos trazar un perfil, y concluimos que ninguna mujer habría huido de esa manera. Tal vez la policía intentara encontrar al autor de los hechos antes de informar a los medios de lo ocurrido.

Habíamos dejado el coche aparcado en Hella. ¿Deberíamos simplemente entregarnos? Podríamos hacer una llamada anónima e informar sobre el volkswagen averiado en el embarcadero, poniendo así fin a nuestro calvario. El coche ya estaba registrado en los papeles de la policía como un vehículo sospechoso.

Pero de ese caos de preguntas y respuestas tentativas surgió por fin un nuevo empuje de cálculo frío. Yo lo dije primero. Querido Steinn, dije, llevamos cinco años viviendo juntos. De repente hemos tenido muy mala suerte, por una vez hemos hecho algo estúpido los dos juntos. Ha sido muy poco inteligente seguir camino después de ese golpe. Pero sea lo que sea lo que le haya ocurrido a la pobre mujer atropellada, ya no podemos ayudarla. Así que ¿por qué no sacamos lo que podamos de belleza de estos últimos días?

Sirio, supliqué. Andrómeda, Steinn. ¡Captaste inmediatamente la asociación con lo que habíamos estado hablando en Revsnes!

Yo recé por nosotros, y a ti te pareció bien. Con ello marcamos el inicio de los últimos días maravillosos que pasamos juntos. Nos dimos una ducha, y media hora más tarde bajamos al salón museal a tomar un aperitivo. No tenían Golden Power, pero sí Smirnoff y lima.

Después de cenar nos sentamos frente a la chimenea con una taza de café, pero desde entonces y durante lo que quedaba de esa semana teníamos los horarios de los noticieros de la radio muy presentes, y subimos a la habitación a escuchar el de las veintidós. Pero no dijeron nada.

No necesito entrar en detalles sobre la semana que pasamos en el hotel, porque tú lo recuerdas y algo hablamos de ello cuando nos volvimos a encontrar hace poco. Dimos largos paseos todos los días. El primer día subimos por el valle Suppehelledalen hasta el borde del glaciar. ¿Recuerdas todo lo que ocurrió aquel día, Steinn? ¿Recuerdas lo que encontramos en el musgo cerca del río después de comer tarta de chocolate y comprar guantes de lana tejidos a mano en la acogedora cabaña de Hjerdis, junto al glaciar Suppehellen? Al día siguiente nos prestaron unas bicicletas y subimos a los valles de Horpedalen y Beyadalen. En Beyadalen nos quedamos unas horas en la morrena del siglo XVIII, viendo cómo se resquebrajaba el glaciar.

A todas las excursiones nos llevábamos el pequeño transistor que nos habían prestado. Una vez, al pasar por la recepción, una chica llamada Laila, lo señaló y preguntó con un atisbo de ironía: ¿Baader-Meinhof?

Pretendimos ignorarlo. En la radio no decían nada. A nadie le importaba lo que habían hecho Bonnie & Clyde en su enloquecido viaje por el país. Así podríamos disfrutar de otro día más. No teníamos una perspectiva más larga. Nos alegrábamos por cada hora que nos era concedida.

Hablábamos y especulábamos. ¿Era *intencionado* el que esa mujer fuera atropellada por un coche para morir en el accidente? De ser así, nosotros éramos un poco menos culpables y nos sentíamos utilizados por alguien. Tal vez ella fuera empujada a la carretera en el momento de pasar nosotros, porque sí había algo de luz y sin embargo no vimos nada hasta que algo rojo apareció de repente delante del coche. Además no vimos quién podía estar escondido entre los matorrales cuando volvimos al lugar de los hechos. También podría haber estado ya muerta antes de recibir el golpe de nuestro coche. ¿Por qué no? Sólo vimos «algo rojo delante del coche», fue una expresión que repetimos muchas veces. A la mujer no la vimos, tal vez sólo fuera su chal en ese aire tan ligero de montaña. Alguien la había matado ya y necesitaba simular un accidente de coche para encubrir un crimen.

¡Sería extranjera! Estábamos cada vez más convencidos de ello. Por esa razón nadie la había echado de menos o reclamado. ¿Y no vimos de hecho un camión con matrícula extranjera –de repente estábamos seguros de que era alemán– aparcado en Hemsedal, justo antes de que te... metieras por aquel camino forestal, Steinn?

Quizá fuera el camionero el que la recogiera. O tal vez hubiera alguna relación entre la furgoneta blanca y el camión. Como todo había ocurrido en medio de la noche. Algunos encuentros suelen tener lugar en medio de la noche.

Empezamos a fantasear sobre un camión alemán que había llegado al este de Noruega y una mujer de unos cincuenta años –tal vez fuera una mensajera– cruzando la montaña para que la recogiera una furgoneta del Oeste. Ni siquiera con nuestra gran capacidad de

imaginarnos cosas conseguíamos avanzar.

¿Estás ahí?

Sí, y ya empezaba a impacientarme porque tardabas mucho. Hoy no he hecho casi nada más que esperar correos tuyos. He estado aquí, dando vueltas como un animal enjaulado, esperando a que me dieras un toque, en el ordenador quiero decir. Creo que este despacho mide nueve metros cuadrados. Pero bueno, poco a poco me he ido tranquilizando y me he puesto a hacer algo práctico. He ordenado y clasificado un montón de papeles y tesis doctorales, es algo que uno hace sólo cada cinco años. Además, estoy empezando a sentir una especie de desasosiego. Pero, bueno, cuéntame y no te sientas presionada por mi impaciencia a enviar algo muy resumido demasiado pronto.

«Los últimos días» antes de ser descubiertos no parecían llegar nunca a su fin, y fue una semana muy romántica precisamente porque vivíamos en una tensión constante por no saber cuánto duraría nuestra felicidad. Por otra parte, la incertidumbre tampoco resultaba muy llevadera. Agradecidos por esa «semana de gracia», como la llamó uno de nosotros el último día, empezamos a hablar con cierta expectación de cómo serían por fin arrestados los Bonnie & Clyde del Oeste. Hablábamos de cómo sería la presentación de la noticia en los periódicos, discutíamos los titulares. Ni se nos ocurría pensar que pudiéramos salir de aquello completamente indemnes y no ser nunca acusados de lo que habíamos hecho. Y, no sé, pero tampoco quiero descartar por completo que si se nos hubiera presentado la oportunidad de vivir el resto de nuestros días con lo que había pasado sin que se descubriera jamás, nos habría parecido terrible. Ahora bien, lo insoportable era el no saber. Ya había pasado casi una semana y aún no se había mencionado en ninguna parte que una mujer había sido atropellada en ese puerto de montaña. O que de un modo vil y brutal había sido abandonada en el lugar de los hechos una noche en la montaña de Hemsedal.

¿¿¿Quién era esa mujer, Steinn???

Empezamos a tener un problema de veracidad ante la gente del hotel. ¿Por qué no subíamos al glaciar, tal y cómo habíamos dicho que haríamos? Dijiste que yo no me encontraba del todo bien, y yo asentí obedientemente cuando mentiste sobre una supuesta migraña mía. Después de haber escapado tras un accidente de tráfico, dejando abandonada a una persona gravemente herida o muerta, resultaba fácil mentir. Estábamos esperando a ver, dijimos. Dimos a entender que yo tenía la regla. Pero no era así. A lo mejor te parece innecesario recordarte esto ahora, pero no tuvimos un solo «día inhábil», y yo nunca sufro de jaquecas. Estábamos tan unidos en todo que me pareció bastante feo por tu parte que me echaras la culpa a mí.

Un día, la amable dueña del hotel nos preguntó, medio o totalmente en broma si estábamos huyendo de algo o de alguien. ¿Recuerdas lo que contestamos? Los dos fuimos igual de coquetos. Estamos huyendo de todas nuestras obligaciones, dijimos. Nos hemos escondido del trajín de todos los días. Ella nos miró con desconfianza, nos escrutó. Nos desconcertó bastante, y tú dijiste, con una pizca de agresividad: ¿No es esto un lugar de vacaciones?

Lo que acabo de relatar sucedió justo antes del desayuno, y mientras desayunábamos, acordamos que ya había llegado la hora de partir. No sólo por ese interrogatorio de la dueña. Lo que más nos urgía era volver al lugar de los hechos. Se suele decir que el malhechor tiende a volver al lugar de los hechos, y nos asistía una buena razón. Teníamos que averiguar si habíamos dejado alguna huella sin borrar. Al menos ver si el chal carmesí seguía allí.

Y había algo más. Esa mañana yo me desperté antes que tú, y cuando te levantaste, me viste tumbada en la vieja cama turca, concentrada en el libro que había encontrado en la sala de billar y que habíamos ojeado la noche anterior, me refiero a *El libro de los espíritus*, que habías calificado como un «libro espiritista de revelaciones». Al verme con él te enojaste, por no decir enfadaste, y no sé... pero tuve la sospecha de que también querías que nos marcháramos para apartarme de mi nueva lectura. Había que devolver el libro a su sitio antes de irnos, pero, sin que lo supieras, me lo metí en la mochila y no volví a sacarlo hasta que estuvimos de vuelta en Oslo.

Al atravesar el salón para salir a la terraza y admirar el fiordo y las hayas rojas esa última mañana antes de subir a hacer el equipaje, la hija de la dueña del hotel, es decir, la que regenta hoy el hotel, nos preguntó si podíamos quedarnos media hora con sus tres hijas, mientras ella iba al banco, pues curiosamente en aquellos tiempos había una sucursal del Banco del Oeste en esa pequeña población de montaña. Contestamos que sí al instante, ya las conocíamos, la más pequeña no tendría más de dos años. Por cierto, en el transcurso de los dos últimos meses yo había hablado en serio sobre la posibilidad de dejar de tomar la píldora anticonceptiva. Nos alegramos por la confianza que nos mostraba, porque ¿quién habría confiado sus hijos a Bonnie & Clyde? No recuerdo por qué, pero al final resultó que cuidamos de las niñas más tiempo de lo previsto, y dijimos que eso era lo mínimo que podíamos hacer a cambio de habernos prestado bicicletas y transistor. No habríamos necesitado decir eso, porque la verdad es que nos dejamos una fortuna en ese hotel. Fuimos buenos clientes y no ahorramos ni en vino en las comidas, ni en una copa después del café. ¡Tenían calvados, Steinn! Tu memoria no te engaña. En aquellos tiempos eso no era muy normal, al menos en pequeños hoteles alejados de las ciudades. Después de aquel viaje a Normandía adorábamos el calvados. Ahora no me acuerdo de si a mediados de los setenta vendían siquiera calvados en la Tienda Estatal de Vinos, y, de todos modos, era un lujo que en circunstancias normales estaba muy por encima de nuestro presupuesto. Pero allí, en unas profundas cicatrices de varias épocas de hielo, tomamos calvados todas las noches después de cenar.

Nos quedamos, pues, una noche más en el hotel. Cuando a las doce volvió la madre de las niñas, teníamos el resto de la tarde para nosotros. Habíamos estado en casi todos los rincones de ese pequeño valle, y también habíamos subido a algunos de los picos más altos (lo notábamos en las rodillas al día siguiente), pero curiosamente no habíamos subido a Fjellstølen, en el valle detrás del hotel. Al día siguiente volveríamos a nuestra casa de Oslo, siempre y cuando el coche siguiera aparcado en Hella y la policía no lo hubiera inmovilizado. Nos quedaba sólo una excursión por hacer, y era a Fjellstølen. Hacía un tiempo magnífico, de hecho apenas había llovido desde que llegamos.

Nos equiparon con bocadillos y un termo de té, y emprendimos la marcha a través del valle Mundal, donde volvimos tú y yo hace sólo unas semanas. Estoy segura de que recuerdas tanto esa reciente excursión como la que hicimos hace muchos años, pero ahora escribo todo lo que yo recuerdo para obligarte a reflexionar una vez más sobre lo que sucedió.

Pasamos por delante de la última granja con su granero pintado de rojo a la izquierda del camino, y el campo de tiro a la derecha, para continuar un buen trecho a lo largo del alegre río Mundal a nuestra izquierda. Al cabo de un rato llegamos a Heimstølen, teníamos que ir dando saltos para no pisar montones de excrementos de ovejas y vacas, pues hacía poco que habían soltado a los animales en el monte.

Disfrutamos de la excursión. Había transcurrido ya una semana y no sabíamos lo que nos esperaba. Aunque nunca nos acusaran de lo ocurrido en la montaña de Hemsedal, sabíamos que nos marcaría para toda la vida y que sería difícil convivir con los recuerdos de lo ocurrido. Pero aún bromeábamos y nos reíamos, como los que habíamos sido, a la vez que sabíamos con cierta nostalgia que ése era el último día en el Paraíso, en «ese recoleto lugar erótico», decíamos, aunque lo erótico no era el lugar, sino nosotros, que llevábamos una semana disfrutando allí.

Y mientras andamos, tú insistes en abrazarme todo el tiempo. Incluso pides algo más muy en serio, tenemos todo el valle para nosotros, dices suplicando, es fácil esconderse entre los matorrales y hace calor, pero yo me pongo seria y digo que primero tenemos que llegar a Fjellstølen. Ya veremos lo que queda de tu virilidad cuando llegemos allí arriba, bromeo. Recuerdo muy bien ese comentario, porque te ofendiste mucho. Pero entremedias sucedió algo que te quitó la virilidad durante los días e incluso semanas siguientes. La verdad es que nunca volvimos a estar juntos después de aquello. No nos *conocimos* desde entonces.

A unos doscientos metros de Heimstølen crece en la cuneta izquierda un gran ramo de dedaleras, *Digitalis purpurea*, en latín. Son rectas y rosáceas, sé que son mortales si se comen, pero también sé que las hojas de dedalera pueden salvar vidas humanas. Hay algo seductor en esas flores con forma de campana. Me libero de tus brazos y me acerco a tocar las flores. ¡Ven!, digo.

Nos paramos un rato junto a las dedaleras, luego seguimos hacia la derecha, donde los altos abedules se yerguen muy juntos en una suave pendiente que baja hacia el camino. Hay un pequeño claro entre los troncos blancos y negros, un trozo de musgo verde claro, y allí vemos de repente una mujer con un traje gris y un chal carmesí sobre los hombros, es del mismo color que la dedalera, he pensado mucho en eso desde entonces.

La mujer nos mira atentamente y sonrío. ¡Es la mujer a la que atropellamos en la montaña de Hemsedal, Steinn! Es como si de repente hubiera sido trasplantada al paisaje por una mano superior y sólo en honor a nosotros. Hoy sé lo que era y de dónde venía. ¡Espera!

Después estamos completamente de acuerdo en lo que hemos visto. Se trata de la

mujer a la que habíamos visto caminando a unos metros de la carretera nacional arriba en el valle de Hemsedal una semana antes. Lleva el mismo chal, ese que quedó tras ella junto al lago, y es la misma figura. Estamos, pues, totalmente de acuerdo en lo que acabamos de ver. Lo curioso es, sin embargo, que no hay forma de que nos pongamos de acuerdo en lo que ella *dijo*. Fue realmente curioso, en aquel entonces lo viví como algo muy extraño, aunque ya tengo una explicación razonable de ello.

¿Qué dijo ella? Recuerdo con toda nitidez que se volvió hacia mí y dijo: Tú eres la que yo fui, y yo soy la que tú serás. Pero tú insististe en que había dicho algo muy distinto. ¿No es curioso eso, después de habernos puesto de acuerdo en que habíamos visto lo mismo? Tú insististe en que ella te había mirado a ti diciendo: *Deberían haberte puesto una multa por exceso de velocidad, hijo*.

Quiero decir: desde un punto de vista fonético no se puede decir que esos dos enunciados sean tan parecidos que puedan confundirse. Yo añadiría, ni semánticamente, ni en cuanto a contenido. «Tú eres la que yo fui, y yo soy la que tú serás.» Y luego: «Deberían haberte puesto una multa por exceso de velocidad, hijo». A ti te llegaron unas palabras y a mí otras muy distintas. ¿Pero por qué iba ella a lanzarnos un doble mensaje? ¿Y cómo consiguió ese malabarismo? Ése era el enigma más grande en ese momento y en ese lugar. Espera...

Hoy estoy convencida de que «la mujer mayor con el chal carmesí» era a quien atropellamos y matamos, y luego se nos apareció desde el otro lado. ¡Y lo hizo para consolarnos! Nos sonrió, no voy a decir que fuera una sonrisa cálida, porque lo de «calor» y «frío» debe ser algo muy físico, pero al menos no fue una sonrisa malvada. Era juguetona, pícara y burlona. Era cautivadora, Steinn. ¡Ven, ven, ven!, decía la sonrisa. No existe la muerte, ¡ven, ven, ven! A continuación su imagen desapareció lentamente.

Tú te arrodillaste sobre el camino, te cubriste la cara y lloraste. No querías mirarme a los ojos, pero yo me incliné sobre ti y te acuné en mis brazos.

Steinn, dije, ya se ha ido.

Pero tú no parabas de sollozar. Yo estaba muerta de miedo, porque en aquellos tiempos no tenía fe en nada, pero me sirvió de ayuda tener un niño de quien cuidar.

De repente te levantaste de un salto y echaste a correr valle arriba. Corrías como si tu vida dependiera de ello y yo intenté seguirte. No quería que te alejaras. Al cabo de un rato andábamos juntos de nuevo y poco a poco comenzamos a hablar de lo ocurrido. Los dos estábamos igual de conmocionados.

Aún no habíamos empezado a posicionarnos. Nos hicimos preguntas el uno al otro, deliberamos, estudiamos los pros y los contras. Pero estábamos de acuerdo en que la mujer que habíamos visto en el bosque de abedules era la misma que habíamos observado en la montaña de Hemsedal, y a quien, en mi opinión, habíamos atropellado y sin duda matado, mientras tú, por otra parte, argumentabas enérgicamente a favor de la teoría de que ella no sólo había sobrevivido, sino que aparentemente había salido muy

bien parada de aquello.

¿Cómo ha conseguido seguirnos?, preguntaste asustado. Tenías miedo de que ella nos siguiera aún. Pensabas que tal vez hubiera ido al hotel y nos la encontráramos en la cena. De esa manera tus preocupaciones se inclinaban cada vez más hacia un firme fundamento materialista. Yo por mi parte empecé a adoptar una postura totalmente distinta a la tuya. Dudaba de que ella hubiera pedido una habitación en el hotel y de que la viéramos en la cena. Dije: Ella murió, Steinn. Tú me miraste, me escrutaste. Yo proseguí: A lo mejor no vino tras nosotros, sino a nosotros. Desde el otro lado, Steinn. Tú me miraste fijamente. Pero en tu mirada no había fuerza. Lo que había era impotencia.

Sí, era impotencia. Porque me di cuenta de que nos estábamos alejando el uno del otro. No creía entonces, y no creo hoy, que los muertos sean capaces de visitarnos, o que se encuentren en algún lugar determinado. Tú sí lo creías. Hoy soy capaz de respetar tus ideas, de modo que algo he evolucionado durante estos treinta años o más, pero tienes razón, en aquel entonces me resultaba imposible.

Sigue contando. Me parece que eres muy fiel a nuestra historia.

Tras haber estado toda la mañana dando vueltas en estos nueve metros cuadrados, me siento cada vez más inquieto y nervioso. Tengo que hacer algo, son las doce, y he tomado una decisión.

Escribe ya los tres últimos capítulos. Tengo bastante claro lo que van a decir, porque hablamos de ello día y noche cuando rompiste con todo y te volviste a Bergen. Te contestaré antes de acabar el día, te lo prometo.

Arriba, en Fjellstølen acordamos dejar de lado toda clase de interpretaciones mientras fuera posible. Al día siguiente nos esperaba un largo viaje en coche hasta casa, y además pasaríamos por el puerto de montaña entre las provincias de Sogn og Fjordane y Buskerud. ¿No deberíamos por tanto contentarnos con ponernos de acuerdo sobre lo que realmente habíamos vivido, mientras lo tuviéramos reciente en la memoria?

Estábamos de acuerdo en que yo estaba agachada tocando las campanas color carmesí. Te acercaste a mí por detrás y me tocaste el pelo. Luego te sentaste y también tú te pusiste a jugar con las dedaleras. No era capaz de recordar si oímos un ruido al otro lado del camino, pero de repente algo nos hizo girarnos. En ese mismo instante la figura de una mujer aparece en el paisaje entre los abedules. Con los pies bien plantados en el musgo y un chal color carmesí sobre los hombros parece «la mujer de los arándanos del cuento». Ésas fueron mis palabras. Fui yo quien introduje la denominación «mujer de los arándanos», y nos sirvió de ayuda retórica, como un tabla verbal de salvación para dos almas en apuros. Hablamos durante muchos días de la Mujer de los Arándanos, e incluso hoy, más de treinta años después, seguimos hablando de ella. Por aquel entonces no podíamos hablar con naturalidad del encuentro con un fantasma, un espectro o un espíritu que había aparecido ante nosotros. Te recuerdo que estoy hablando de mediados de los setenta. Unos días antes habían encontrado muerta a Ulrike Meinhof en la cárcel de Stammheim, y en esa misma época se publicaron en Noruega novelas tituladas *Han despedido a Jenny*, *Lucha*, *Entra en tu época*, *La Cruz de Hierro*, *La campaña* y *Graffiti*. Aunque, por otra parte, se oían voces que postulaban que estábamos entrando en una nueva era, que nos encontrábamos en una encrucijada, en el umbral de «la época

de Acuario».

Desde tu punto de vista materialista –frente a mi incipiente orientación espiritualista– lanzaste una teoría muy divertida impulsado por tu febril esfuerzo de querer comprender. Como ya he dicho, estábamos de acuerdo en que la Mujer de los Arándanos era idéntica a la mujer que habíamos visto en la montaña de Hemsedal. Luego te llegó la inspiración y dijiste: ¡Intenta verlo como una película, o leerlo como una novela policíaca! Me interesaba mucho saber cómo continuarías. Dijiste: Tal vez la mujer que vimos en el bosque de abedules fuera gemela de la otra.

¡Y tal vez Jesucristo pudo andar sobre el agua porque el lago de Nazaret se había helado!

De vuelta al hotel teníamos que pasar de nuevo por *aquel* sitio. Íbamos cogidos de la mano y andando muy deprisa, pero habíamos acordado que no nos entraría el pánico. Los dos estábamos igual de aterrados. Conseguiste no echar a correr, pero yo tuve que pagar el precio por ello, porque me apretaste con tanta fuerza los nudillos que la mano me estuvo doliendo durante muchos días después. Recuerdo que en la cena tomamos vino en abundancia. Lo necesitábamos, nos bebimos una botella entera y tuvimos que pedir otra media, y también recuerdo que apenas podía coger la copa porque me habías quitado la fuerza de la mano de tanto apretarme.

Recuerdo esa noche, Steinn. Esa vez fui yo la que intenté seducirte a ti. Fui muy directa. Pensé que era mi última oportunidad. Si no lo lograba, jamás volveríamos a estar juntos. Intenté seducirte con toda clase de artimañas e ingenios, y si hubiera sido sólo unas horas antes, tal vez habría conseguido aturdirte y hechizarte de deseo. Pero eras intocable. Y debido a la tristeza que sentías, y porque seguramente pensabas en el futuro, te emborrachaste bastante. Después de la cena y el licor de manzana, nos subimos una botella de vino blanco a la habitación. Yo ni lo probé. ¿Recuerdas cómo terminó aquello? Tú te echaste a dormir con la cabeza a los pies de la cama, y yo en sentido contrario, con los pies junto a tu cabeza. Intenté acariciarte la mejilla con el pie, pero lo apartaste, no con dureza ni falta de amabilidad, pero sí con decisión. Ninguno de los dos logramos dormir las primeras horas. Estábamos despiertos y sabíamos que el otro también lo estaba, pero los dos intentábamos hacernos los dormidos. Al final nos dormimos de verdad, al menos tú, con esa cantidad de alcohol en el cuerpo te resultaba imposible seguir despierto.

Me arrepentí amargamente de no haberme rendido ante ti arriba entre los matorrales antes de encontrarnos con la Mujer de los Arándanos. Sabía que nos íbamos a separar, y ya empezaba a echarte de menos.

Una añoranza entre dos en la misma cama puede resultar más dolorosa e intensa que una añoranza a través de un continente.

El cuento había acabado. En el barco fuimos charlando amablemente. Tomamos café y comimos tortas de cebada típicas del lugar. Desembarcamos con nuestras mochilas y esquís en Hella, y allí estaba el coche, exactamente como lo habíamos dejado, como

sintiéndose abandonado y echándonos de menos. Pobres faros, pensé, creo que lo dije en voz alta. Tú te descolgaste con un comentario de humor negro. Nos metimos en el coche y arrancamos.

¿Qué queríamos averiguar en la montaña? ¿Qué se nos había escapado cuando abandonamos el lugar? ¿Buscábamos rastro de sangre? ¿De piel y pelo?

Pero no sólo hablamos de eso. Teniendo en cuenta las circunstancias tuvimos un agradable viaje hasta Oslo. Tal vez porque sabíamos que se trataba de nuestro último viaje juntos. Habíamos empezado a comportarnos con el otro con una especie de consideración postsimbótica. A partir de ese momento quedaba descartado cualquier desvío espontáneo y pasional hacia un nuevo nido de amor. Pero nos mostramos amables. Educados y considerados.

Primero teníamos que cruzar el fiordo para llegar a Lærdal, al río y a la iglesia medieval de madera. Tuve un pequeño ataque de depresión al pasar la curva en la que una semana antes pensé que ibas a matarme, o que te ibas a suicidar. Quitaste el brazo derecho del volante y me abrazaste. Eso me ayudó. Y de nuevo nos encontramos en la alta montaña.

Yo voy en sentido contrario. Estoy en Gol, y me he metido en una zona wifi en el Hotel Per. He leído tu último correo, y te estoy contestando desde aquí.

Siento que me miran con malos ojos, pues no me alojo en el hotel, no soy más que un casual viajero de paso. Antiguamente uno entraba a hurtadillas en los hoteles para ir al servicio. En nuestros tiempos se hace para entrar en la red.

Sentí una imperante necesidad de cruzar de nuevo la montaña. Pero primero acaba tú. Te quedan cuatro o cinco horas hasta que yo esté online en el viejo hotel. Allí es adonde me estoy dirigiendo ahora. He llamado diciendo que voy. Queda poco para que acabe la temporada y me han dicho que a lo mejor soy el único huésped esta noche.

¿Vas a ir a Fjærland, Steinn? Nos saludaremos con la mano en Hemsedal. Nos cruzaremos en algún lugar de por allí, y entonces sólo nos separarán un metro y treinta años...

Vemos la fría y resplandeciente superficie del lago Eldrevatnet, y noto que vuelves a temblar sobre el volante y el acelerador. Ya estamos allí. Sacas el coche de la carretera y aparcas. Los dos salimos del escarabajo rojo, y seguimos queriéndonos mucho, pero el dolor, el miedo, el arrepentimiento y la amargura por lo que ha sucedido han roto el vínculo erótico entre nosotros. Gritas unas palabras feas, verdaderamente vulgares. No sabía que tuvieras semejante vocabulario. No hago más que llorar.

El chal color carmesí ha desaparecido. Se trata de un espacio grande, y aunque estamos buscando algo de un color muy llamativo, no se ve por ninguna parte. ¿Se lo habrá llevado alguien? ¿O habrá sido el viento?

No sé si nos produce alivio o decepción encontrarnos con unos trozos más de cristal del faro delantero. No se trata, pues, de una película. Allí atropellamos a una persona, e íbamos muy deprisa. No encontramos más huellas. No vemos sangre, ni una piedra grande contra la que el coche podría haber chocado.

Volvimos al escarabajo y seguimos camino. Comentaste algo de ese extraño pico de montaña al final del lago, parecía un terrón de azúcar, como si eso tuviera algo que ver con nuestro misterio.

Bajando por Hemsedal sólo hablamos de lo que había sucedido cuando íbamos en dirección contraria. Creo que empezaste tú, y fue justamente al pasar por ese desvío que cogiste cuando habías empezado a seducirme. Ahora nos resultaba impensable comentar *aquella* escapada.

Llegamos a un acuerdo: podemos discutir el fatal atropello durante todo el camino de vuelta a casa, pero desde el momento en que estemos de nuevo en el apartamento de Kringsjá, jamás volveremos a hablar de lo que ha sucedido en el puerto de montaña, ni entre nosotros ni con nadie más. Y eso hicimos desde que llegamos a Oslo. A partir de entonces el suceso junto al lago Eldrevatnet no se mencionó nunca más que como eso. Con estos correos estoy rompiendo el viejo pacto, y no creo que vaya a evocarnos nuevas desgracias, sino todo lo contrario. Por eso escribo.

El chal carmesí ya no estaba en la montaña. Por otra parte, habría sido muy raro encontrarlo después de tantos días, pero en el fondo me decepcioné un poco, porque si lo hubiéramos vuelto a encontrar en ese lugar, aunque roto por algún animal, al menos habría sido un indicio de que la mujer que vimos en el bosque de abedules no era un ser humano de carne y hueso, sino un espíritu que apareció ante nosotros, porque en ese caso habría *dos* chales, el que perteneció a la mujer atropellada y el que seguía sobre los hombros de la Mujer de los Arándanos.

Dado que el terrible accidente nunca fue mencionado en las noticias, los dos estábamos de acuerdo en que tuvo que ser el conductor de la furgoneta blanca el que se encargó de la mujer del chal. Pero no logramos ponernos de acuerdo sobre el estado en que se encontraba en ese momento. El reencuentro con ella en el bosque de abedules se convirtió para ti en un testimonio de que sólo resultó con heridas insignificantes, y para mí en la prueba decisiva de lo contrario, es decir, de que murió por las lesiones, y de que hay algo al otro lado. ¡Steinn! Tú opinabas que tal vez ella se hubiera levantado al instante y hubiera hecho autostop al pasar la furgoneta blanca, pues te había entrado la manía de pensar que la mujer volvía a Hemsedal y que tenía algo que ver con el camión extranjero. Tal solución al enigma sería una explicación razonable de por qué no habíamos oído nada en las noticias sobre un accidente de tráfico aquella noche de verano. Yo, por mi parte, estaba convencida de que la mujer del chal carmesí o estaba gravemente herida o muerta cuando la metieron en la furgoneta blanca. Paradójicamente había sin embargo algo sobre lo que logramos ponernos de acuerdo: ya a la semana después de atropellar a la mujer del chal carmesí, se encontraba bien. Tú te referías a este mundo, y yo al otro.

Discutimos el tiempo y la hora. Si sólo la rozamos ¿no era precipitado relacionarla con la furgoneta blanca que pasó por allí unos minutos más tarde? ¿Y si ella siguió andando

sin más? En ese caso, ¿para qué tendría que llamar a la policía el conductor de la furgoneta blanca simplemente por haber visto a una mujer de mediana edad andar por la Carretera Nacional 52?

Dije: No vimos ni rastro de ella, era como si se hubiera evaporado. Y aunque sólo la hubiéramos rozado, estaría tan cabreada con nosotros que lo primero que haría al llegar donde había gente sería llamar a la policía y denunciar que había estado a punto de ser atropellada por un volkswagen con esquís en la baca.

Agarrabas el volante con más fuerza que a la ida, negaste con la cabeza y razonaste: Para ella no era cuestión de acudir a la policía, porque ¿qué estaba haciendo allí arriba en mitad de la noche? No se va de paseo por la montaña a esas horas, y tampoco había salido a tomar el aire, porque se encontraba a muchos kilómetros de la población o cabaña más cercana. Naturalmente se puede cruzar la montaña de noche, porque la oscuridad no es total en esta época, y tampoco hace demasiado frío, pero si se hace es por necesidad, es decir, porque se tiene una razón muy poderosa o porque se está huyendo de algo.

Yo escuchaba. Ahora estábamos hablando bajo tus premisas. Pregunté: ¿Y de qué podría estar huyendo?

Seguiste conduciendo durante cuatro o cinco minutos sin contestar. Habíamos empezado a hablar de una manera nueva y extraña. Ya no éramos novios. Habíamos dejado de conversar, habíamos dejado de reírnos. Pero, como ya he dicho, nos mostrábamos amables y considerados. Deseábamos lo mejor el uno para el otro, pero ya no éramos capaces de crear lo mejor para los dos.

¿De quién o de qué estaría huyendo?, repetí.

Del conductor del camión del aparcamiento, contestaste. Algo había pasado, y ella se refugió en la montaña. Tal vez conociera la región, y de hecho no requiere mucha destreza cruzar ese puerto de montaña a pie, pues los dos grandes valles del este y del oeste están poco separados. Casi espalda contra espalda, en realidad lo único que los separa es el lago Eldrevatnet.

Me miraste como si estuvieras pidiendo ayuda para seguir con tu razonamiento. Dijiste: También puede que estuviera huyendo de un crimen, de haber asesinado brutalmente a un hombre que llevaba años maltratándola y que yacía muerto en la cabina del camión con matrícula extranjera. En una situación así no corres a la policía a denunciar que te han molestado un poco.

Quedé tan impresionada con tu ingenio que me tapé la boca para que no vieras que me estaba riendo. Pero te diste cuenta y dijiste: ¡Olvídalo! ¡Ella era la conductora del camión! No había nadie en la cabina cuando paramos donde estaba aparcado. Pero vimos a la conductora cruzar la montaña unos minutos más tarde, hacía frío y se había puesto un chal sobre los hombros. Nos dio la espalda porque no quería que nadie la viera. El conductor de la furgoneta blanca y ella habían acordado encontrarse en un lugar algo retirado de la carretera principal. Se reunirían en la línea divisoria hidrográfica, y se entregarían algo muy valioso. Unos kilos de polvo blanco quizá, o sólo unos billetes o ¿por qué no billetes a cambio de polvo blanco? ¿O esperaban una importante entrega

lanzada desde un avión? En esos casos no vas a ver ni a la policía ni a los granjeros locales. No obstante, si un volkswagen te tira y te golpea puedes obsesionarte con la idea de la venganza, y si vas caminando por las carreteras no es extraño que al cabo de una semana la persona en cuestión se tope con nuestro escarabajo en Hella. Nosotros nos habíamos ido a esconder donde el glaciador, en un lugar donde no había conexión por carretera con el mundo exterior, por ejemplo para camiones. Ella nos siguió. En primer lugar con el fin de gastarnos una broma. Aunque llamarlo broma..., dijiste, hay muchas maneras de destrozar la vida de alguien. Si tienes imaginación, hay muchas maneras de imponer a alguien cadena perpetua. Tú mismo has mencionado algo parecido en uno de tus correos, sobre un mago árabe que mediante artes mágicas incitó a una pareja de enamorados a separarse.

Con esto último dejé de intentar ocultar que tu ingenio me resultaba hasta divertido. Te puse una mano sobre el muslo, creo que te gustó, pero también creo que fue una de las últimas veces que hubo entre nosotros cercanía física y dije: ¿Y el *chal*, Steinn? Si no hubiera resultado gravemente herida, ¿por qué se lo iba a haber quitado o perdido en el frío de la noche?

No sé si tú mismo tenías mucha fe en todas esas teorías tuyas. Decías que sólo intentabas pensar racionalmente. Estabas en tu derecho, Steinn, pero lo singular de la Mujer de los Arándanos no era que se pareciera por completo a la mujer a la que atropellamos, sino la forma en que apareció en el bosque cuando tú y yo estábamos tocando las dedaleras –esas campanas carmesí tan carnosas y frescas– y en la que volvió a desaparecer igual de repente. Yo ya había empezado a desarrollar mi interpretación espiritualista, y en el coche camino de casa, durante el trayecto hacia Gol y Nesbyen, y luego Krøderen, Sokna, Hønefoss y Sollihøgda, me escuchabas atentamente, y no sólo como una amabilidad postsimbótica. Todo era aún muy reciente, estabas realmente perdido. No dije nada del libro que había mangado de la sala de billar del hotel, y que estuve leyendo a primera hora de la mañana, mientras tú aún dormías. ¿Y no era, por cierto, bastante curioso que diéramos justo con ese libro sólo unas horas antes de encontrarnos con la Mujer de los Arándanos?

Poco a poco fui comprendiendo que el encuentro con la Mujer de los Arándanos también podía interpretarse como algo prometedor. Nosotros, que siempre habíamos compartido la misma intensa sensación de vivir, y por ello también la misma profundísima tristeza de saber que un día todo acabaría, habíamos recibido una señal de que sólo estábamos de paso en la vida y de que nuestras almas tendrán una vida después de ésta. Su sonrisa tenía algo de Mona Lisa, burlona y pícaro. ¡Ven! Nos hizo partícipes de un gran regalo. Aún hoy, en este momento, me hubiera gustado compartir ese triunfo contigo. No tiene por qué ser demasiado tarde.

Había otro factor muy positivo: la mujer del *chal* carmesí ya no se encontraba en un estado lamentable. ¿No nos hizo sentir eso un poco menos culpables? Habíamos interrumpido la existencia terrenal de la mujer, porque está claro que su cuerpo murió,

bien inmediatamente o en el transcurso de la siguiente semana. Todavía nos puede resultar un poco tenebroso pensar en ello, pero la Mujer de los Arándanos nos reveló que había pasado a otra dimensión. ¿No fue precisamente por eso por lo que apareció ante nosotros? ¡Para perdonarnos y darnos nuevo coraje! A mí me dijo: «Tú eres la que yo fui, y yo soy la que tú serás». No te preocupes, dijo. Tú serás como yo. No morirás nunca. También a ti te dio un mensaje de consuelo: «Deberían haberte puesto una multa por exceso de velocidad, hijo». Desde su punto de vista, quiero decir, desde su *nuevo* punto de vista, no eras culpable de nada más grave que una infracción de tráfico, que cualquiera puede cometer mientras nos movemos en este barro que es la vida terrenal. Lo que ocurrió no fue tan grave, porque de todos modos nuestros cuerpos son frágiles y efímeros, y hay una existencia más pura y más estable después de ésta.

Así que en cierto modo a los dos nos dijo lo mismo.

Por fin llegamos a casa, y ya no podíamos hablar de lo sucedido. Pero el trauma seguía dentro de nosotros y cargábamos con una culpa y una vergüenza que afloraba cada vez que nos mirábamos, cada vez que freíamos un huevo juntos, y cada vez que servíamos al otro una taza de té o de café.

Con el tiempo he pensado que no fue la vergüenza lo que imposibilitó nuestra convivencia, ya que hubiéramos conseguido dejarla atrás. Creo que habríamos ido a la policía a entregarnos. ¡Así de sencillo! Habríamos soportado el castigo y la deshonra que nos hubiera correspondido, apoyados fuertemente el uno en el otro.

No creo que hayas olvidado lo que hicimos antes de dar todo por zanjado. Al final llamamos a la policía, aunque anónimamente, es cierto. Preguntamos si había tenido lugar algún accidente de tráfico o atropello en la frontera entre las dos provincias la noche en la que pasamos por allí. Dijimos que llamábamos porque tal vez habíamos sido testigos de algo. Tomaron nota de la hora y del lugar, y quedamos en volver a llamar, porque insistimos en mantener el anonimato. Dejamos pasar dos o tres días antes de volver a llamar, y la policía nos dijo entonces que no habían recibido ningún aviso ni la noche en cuestión ni nunca en ese lugar, pues la carretera justo en ese tramo es inusualmente recta y previsible.

De repente nos encontramos con que no había rastro alguno de lo sucedido, lo que convirtió esa parte terrenal en un misterio aún mayor, e incluso hoy sigue siendo un enigma de suspense. Porque éramos dos, y sabíamos que habíamos atropellado a una mujer. Alguien, que no fuera ni la policía ni otras autoridades, tendría que haberse ocupado de su cuerpo. Yo, por mi parte, estaba cada vez más convencida de que habíamos estado en contacto con el espíritu de esa mujer unos días después de que ella pasara al otro lado. Justo en este punto radicaba la profunda diferencia de opinión entre nosotros. Yo saqué conclusiones muy distintas a las tuyas de lo que habíamos vivido. Por esa razón no podíamos seguir juntos. Empecé enseguida a leer filosofía espiritualista, y también tenía el libro de la sala de billar. Cuando lo descubriste en casa tuve miedo de que me lo tiraras a la cabeza. Con el tiempo también leí la Biblia, y hoy me considero cristiana.

Cristo resucitado se apareció a sus discípulos, y creo que fue algo parecido a lo que hizo la mujer que se reveló ante nosotros. Hablamos de eso entonces. A mí me resultaba de todos modos demasiado simple creer que Jesucristo primero muriese y luego su cuerpo muerto volviera a estar vivo. En ese sentido no me adhería al dogma de la iglesia sobre la «resurrección del cuerpo», o sobre esas ideas arcaicas de tumbas que se abrirán el último día. Yo creo en la resurrección del *alma*. Como Pablo, creo que después de la muerte de nuestro cuerpo, resurgiremos con un «cuerpo espiritual» en una dimensión muy diferente al mundo físico en el que vivimos aquí y ahora.

Yo había encontrado una síntesis entre el cristianismo y una fe en mi visión racional de que poseemos un alma inmortal. Aunque para mí no se trataba sólo de fe. Yo había *visto* una aparición de la mujer a la que atropellamos y matamos, de la misma manera que los discípulos de Jesucristo, según los cristianos de la primera iglesia, vieron a Jesús después de que «resucitara de entre los muertos». ¿No crees tú también que Jesús se apareció ante los discípulos para mostrarles misericordia, es decir, para infundirles esperanza y fe?

O para decirlo con palabras de Pablo: «Pues si de Cristo se predica que ha resucitado de los muertos, ¿cómo entre vosotros dicen algunos que no hay resurrección de los muertos? Si la resurrección de los muertos no se da, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana vuestra fe».

De los dos, yo fui la que lloré con amargura aquella vez que para consolarnos nos metimos en el escarabajo para ir a esquiar al glaciar de Jostedalén; yo que siempre había sentido tanta tristeza porque jamás me hartaría de vivir, de repente había encontrado una fe conciliadora en una vida eterna después de ésta.

Ya un par de días después de nuestro regreso a casa, el pequeño apartamento se fue llenando de escritos comprados y prestados sobre esos fenómenos que tú llamas «sobrenaturales». No creo que te dieras cuenta de que además leía la Biblia. Fue todo eso lo que no soportaste. No tenías ninguna fe que encajara con mi nueva orientación. La viviste como una traición. Tú y yo habíamos tenido nuestra propia comunidad religiosa. Ahora se había quedado con un solo miembro.

Porque no fue al revés. No fui yo la que no soporté vivir contigo debido a tu ateísmo. De verdad que no. Pero a la larga no sabía cómo relacionarme con tu rechazo a mi nueva convicción. No tenías ningún margen de variación. No mostrabas ninguna tolerancia, ninguna piedad. Resultó tan doloroso que al final tuve que coger aquel tren para Bergen...

Luego, más de treinta años después, se añadió un nuevo capítulo a esta historia. Sales a la terraza con una taza en la mano y de repente me descubres. En ese instante me parece poder verme a mí misma desde tu ángulo, y tengo una sensación inquietante.

Acompáñame en una última hipótesis. Para mí es importante, porque representa una atormentadora duda que me ha sobrevenido en los últimos tiempos. Sí, Steinn, yo también dudo.

Imagínanos cruzando la montaña aquella vez, e imagínate que hubiéramos montado

una cámara de cine en el capó del coche. Si hubiera filmado la carretera delante de nosotros inmediatamente antes del momento del choque, ¿puedes hoy estar totalmente seguro de que la mujer del chal hubiera quedado grabada en el rollo de película?

Supongo que mi manera de expresarme te resulta extraña. Pero estoy escribiendo sobre algo verdaderamente extraño.

Aquello que llamamos la Mujer de los Arándanos fue una aparición del más allá, y como ya te he dicho no estoy segura de que hubiéramos podido sacarle una foto, de la misma manera que no hubiéramos podido grabar lo que nos dijo en una grabadora portátil. Ella era un espíritu que visitó a dos personas vivas de carne y hueso. Por eso no es correcto insinuar que se «materializó». Tampoco los dos oímos lo mismo. Llegó a nosotros con un pensamiento para ti y otro para mí. Fueron dos frases muy distintas entre sí, aunque el mensaje fuera esencialmente el mismo.

Gracias a la literatura me considero relativamente bien informada sobre gente que ha tenido experiencias análogas a las nuestras. Déjame subrayar un punto esencial. Los espíritus no están, huelga decirlo, sujetos al tiempo ni al espacio de nuestra existencia cuatridimensional, por no decir nuestra existencia cuadrada. ¿Qué podría sujetarlos? En ese sentido no es seguro que la Mujer de los Arándanos hubiera pasado ya al otro lado, o si eso es algo que aún queda por suceder visto desde nuestra perspectiva, quiero decir desde nuestro rincón físico de este misterio. Ella pudo ser un aviso, y es posible que siga entre nosotros.

Pero sí que la atropellamos, dirás para tus adentros, y la verdad es que yo he argumentado siempre que ella murió allí y en aquel momento, o en el transcurso de los siguientes días. Eso es lo que me pregunto, Steinn. Eso es lo que de repente se ha convertido en mi pequeña duda. Tal vez lo que nos ocurrió en aquel lago de montaña fuera el aviso de algo que *va* a suceder.

Pero los faros se rompieron, ¿no? Y los cinturones de seguridad se tensaron. Sí, se tensaron, aunque no mucho, y sí que nos dimos cuenta de ello.

Ya entonces pensé que teniendo en cuenta las circunstancias, los daños en el coche eran más bien pequeños. Además seguiste camino. ¿Lo habrías hecho si hubieras atropellado a un reno o a un alce?

Cuando volvimos poco después encontramos al menos el chal. Es verdad, y ahora digo como tú que hace mucho tiempo de eso y que ahora ya no lo sé. Pero la policía confirmó que en ese lugar no había ocurrido ningún accidente.

Para estar completamente segura de haber mencionado todas las posibilidades, acabaré por insinuar que la Mujer de los Arándanos apareció ante nosotros hasta en tres ocasiones. Primero en el sendero de Hemsedal, luego junto al lago y por tercera vez en el bosque de abedules detrás del viejo hotel de madera. ¿Tú qué crees, Steinn?

Nunca se nos ha vuelto a aparecer a ninguno de los dos. De hecho, fue lo primero que nos preguntamos cuando nos quedamos solos. Fue muy claro que vino a *nosotros*. Quizá no existan más testigos de ella que tú y yo.

Espero que este resumen no te haya resultado demasiado desgarrador. Puede que tenga miedo de que rompas de nuevo el contacto debido a nuestras opiniones divergentes. A lo mejor sigues pensando que estoy mentalmente perturbada. Pero sé que dentro de ti hay espacio para una interpretación más abierta del misterio que vivimos juntos, aunque con el tiempo hayamos llegado a conclusiones muy diferentes. Recuerdo cómo dialogamos las primeras veinticuatro horas, y recuerdo el viaje de vuelta a Oslo. Fue cuando empecé a llenar el apartamento de todos esos libros cuando tú te encerraste en ti mismo. Ahora, más de treinta años después, me escribes que te daba miedo.

Pero no dejemos que esto sea lo último que se diga. También hemos sido cavernícolas juntos, no debemos olvidarlo. Hemos sido *Homo erectus*, *Homo habilis* y *Australopithecus africanus*. En un planeta que bulle de vida, en un universo intensamente enigmático. No niego nada de eso.

Pero ese gran misterio del que formamos parte no tiene necesariamente sólo una parte física o material. Además, somos quizá espíritus inmortales, y tal vez *eso* sea el verdadero núcleo de nuestra personalidad. Todo lo demás –estrellas y estegocéfalos– en comparación no son nada más que tonterías. Ni siquiera el sol sabe más que un sapo, y ni siquiera una galaxia sabe más que un piojo. No saben hacer más que quemar el tiempo que les ha sido concedido.

Tú has dicho siempre que nuestros cuerpos están emparentados con sapos y reptiles. Pero a pesar del parentesco genético entre vertebrados primitivos y el *Homo sapiens*, el ser humano es en mi opinión esencialmente distinto al sapo. Nosotros podemos ponernos frente al espejo y mirarnos a los ojos, y los ojos son el espejo del alma. De esa manera somos testigos de nuestro propio enigma. Un sabio de la India lo expresó así: el ateísmo es no tener fe en el esplendor de tu propia alma.

Aquí y ahora somos cuerpo y alma a la vez. Pero sobreviviremos a los sapos que hay dentro de nosotros. La Mujer de los Arándanos ya no tenía cuerpo de carne y hueso, era un milagro por encima de este mundo. Ojalá un día llegues a sentir el misterio divino del que ella fue mensajera.

Luego pienso, con un sonrisa, en cómo tú y yo, una y otra vez y casi insaciables, nos entregamos el uno al otro. Sobre todo tengo pequeños tráilers mentales de esa última semana que pasamos juntos en el pueblo junto al fiordo. Son buenos recuerdos, pues no me avergüenzo de mi naturaleza carnal, nunca lo he hecho. Pero hoy me produce gran placer ser mucho más que eso. Algo más *duradero*.

Espero tu respuesta.

## VIII

¡Las dedaleras! ¡Eres un genio, Solrun! Sin saberlo, puede que hayas solucionado un enigma antiquísimo. Pero tendré que empezar por la otra punta.

Aquí estoy de nuevo. Sentado en la misma habitación de la torre que aquella vez. Aquí recibí hace un rato tu correo, y he estado leyendo la última parte de tu resumen en un finísimo portátil colocado sobre mis rodillas en la misma cama turca de entonces. Ha sido extraño y doloroso. Tuve que salir al balcón y echar un vistazo a las montañas y al glaciar. Necesitaba ver que algo era normal. Que algo era eterno. Después de leer tu correo me di un paseo hasta el viejo embarcadero. Tenía la sensación de que podía toparme con nosotros dos en cualquier momento. ¿Qué es el tiempo? Todo es como una película doblemente expuesta. He leído tu correo dos veces antes de borrarlo. Me he sentado a la mesa a contestarte.

A mediodía me escapé del departamento. Ya te dije que me sentía inquieto, que había tomado una decisión. Te avisé desde Gol.

Llamé a Berit y le dije que había cogido el coche y que iba camino de la sierra, donde me quedaría todo el fin de semana para concentrarme en un par de artículos que tenía que escribir. Dije que tenían que ver con los glaciares y el Museo Glaciar. Lo de los artículos no era más que un pretexto, había algo que tiraba de mí; me refiero, claro está, a tus correos. Sentía una imperiosa necesidad de volver aquí. Llegué justo a tiempo para la cena, y cuando acabé subí disparado a la habitación para abrir tu último correo, media hora después de que lo hubieras enviado. Me subí el decantador de vino. Ahora está aquí, vacío, en la mesa delante de mí.

Vine solo. Sin ti, quiero decir. Aunque al pasar por la caseta del peaje se me ocurrió que tal vez aparecieras un poco más tarde. Nos imaginé sentados en la vieja rotonda del salón de música con un café y una copa. Era la primera vez que estaba aquí completamente solo. Tal vez deba empezar a acostumbrarme, a entrenarme, porque me he enamorado de este lugar, tanto del pueblo, como del viejo hotel de madera.

Además, ha sido la primera vez desde entonces que he cruzado la montaña en mi propio coche. Fue una sensación extraña, porque en cierta manera llevo toda la vida cruzando esta montaña en coche. Día y noche me he encontrado tras el volante junto al lago, antes de que aparcaráramos en el viejo embarcadero y nos pusiéramos a dar vueltas por el espacio, antes de que nos parara la policía de Leikanger. En ese momento estaba seguro de que el conductor de la furgoneta blanca había visto el volkswagen rojo y había avisado a la policía.

Supongo que se podrían discutir ciertos matices de tu exposición, pero suscribo gran parte de la misma. Es auténtica, y eres capaz de señalar las diferencias en nuestras interpretaciones de lo que sucedió entonces.

Durante todo el trayecto entre Oslo y Gol, y luego por Hemsedal, al volante de mi nuevo coche híbrido, estuve pensando en ti y en tu visión cosmológica espiritualista. Me impresionó la nitidez y la consistencia de la composición de tu concepto de la vida. No tiene ningún atisbo de base científica, pero soy consciente de que la fe en el alma inmortal del ser humano no puede ser del todo refutada por las ciencias exactas. ¿Nuestra conciencia no es más que un producto de la química del cerebro y del entorno de ese órgano, o somos, como argumentas con tanta convicción, almas o espíritus más o menos soberanos que aquí y ahora sólo emplean el cerebro como una conexión entre una dimensión espiritual y el entorno material de este mundo? El planteamiento es antiguo, y creo que nunca acabaremos del todo con él. La visión espiritualista del estatus y de la ontología del ser humano tal vez sea una visión demasiado hermosa para que podamos desecharla del todo. Siempre se discutirá sobre este tema.

*¡Somos espíritus, Steinn!...*

*No existe la muerte, y no existen los muertos...*

Yo mismo no soy capaz de creer en algo tan maravilloso. Pero si las cosas no *son* así, tal vez es así como deberían haber sido. Nosotros somos la conciencia de este mundo. Puede que seamos las criaturas más nobles y más fascinadas de todo el universo. En ese caso a lo mejor no tenemos que pedir perdón por albergar esperanzados sueños de un destino diferente al que nos espera en carne y hueso.

Tomo nota con satisfacción de que, en tu dualismo, no desapruebas nuestra vida terrenal. Imagínate que hubieras escrito que nuestros abrazos de entonces se debían a un malentendido. La historia está llena de ejemplos de que las exaltaciones religiosas conllevan a menudo la negación de todo lo sensual y terrenal; en otras palabras, aquello que gran parte de nosotros consideramos la única realidad verdadera.

Los pensamientos daban vueltas en mi cabeza durante todo el viaje desde Oslo. Cuando llegué a la parte alta de Hemsedal, me salí de la carretera y cogí el camino forestal a la izquierda. Allí reflexioné durante unos minutos, acto seguido me metí de nuevo en el coche y seguí camino.

Subo al altiplano por el que llevo más de treinta años conduciendo en la tenue luz crepuscular. Como un holandés errante he sido condenado a dar vueltas allí arriba, si no todos los días, al menos todas las noches.

Sé que recuerdas aquella curiosa colina que vimos justo antes de atropellar a la mujer del chal, pues tú misma la mencionas como un «terron de azúcar»; por cierto, una acertada denominación, porque la verdad es que es muy exuberante. Mirando el GPS veo que tiene un nombre y es —claro que sí— la *Colina de los Mayores*.

Nada más pasar esa extraña colina veo un desvío a la derecha. Han puesto carteles de información histórico cultural. En uno de ellos pone:

*La Colina de los Mayores es la colina redonda que se ve al sur del cartel de información turística. En esta colina vivía un grupo de subterráneos, llamados el Séquito de Asgard o los Navideños. Cada Nochebuena, a las 12, salían disparados de la colina para viajar por Hallingdal. Se metían en las granjas, donde se les servía comida navideña y cerveza. La gente que les ofrecía abundante comida y bebida tenía fortuna en la vida. Si la comida estaba marcada con la señal de la cruz, el séquito de Asgard se ofendía y podía llevar desgracias a gentes, animales y propiedades. Las gentes de Hemsedal conocían los nombres de algunos de los componentes del séquito de Asgard: Tydne Ranakan. Helge Høføtt. Trond Høgesyningen. Masne Trøst. Spenning Helle. El séquito de Asgard se desplazaba hasta los pueblos de los alrededores de Drammen, donde permanecían durante todas las navidades y no volvían a la Colina de los Mayores hasta el seis de enero.*

¡Masne Trøst! ¡Tydne Ranakam! ¡Vaya nombres!

Me acordé entonces de que habías escrito que lo que habíamos atropellado no necesariamente tenía que ser una persona de verdad, sino tal vez algún fantasma, y me puse a pensar.

¡Con las dedaleras y la mujer de los arándanos puede que dieras en el blanco!

Vimos lo mismo, escribes. Pero oímos o captamos cosas diferentes.

Fuimos atraídos hacia las exuberantes dedaleras; a ti te fascinaron de tal manera que sentiste la necesidad de tocarlas. Eso muestra que pensamos lo mismo. Aunque no habláramos constantemente de aquello, pensamos casi sin parar en la mujer a la que habíamos atropellado arriba en la montaña. Y las dedaleras eran exactamente del mismo color que el chal que ella llevaba sobre los hombros y que luego volvimos a encontrar en el brezo. No sólo tenían el mismo color, sino hasta exactamente el mismo matiz. Quizá por eso nos llamaron tanto la atención.

De repente algo hizo que nos volviéramos, tienes razón. Tal vez fuera un armiño o una urraca. Nos volvemos, y a los dos nos parece estar viendo a la mujer que atropellamos, la vemos en el claro del bosque con el mismo chal color carmesí sobre los hombros.

Ahora bien, ¿no es extraño que tengamos más o menos la misma alucinación, teniendo en cuenta el estado mental en el que nos encontramos tras habernos dejado embaucar por las exuberantes dedaleras de ese color tan seductor? Justo al lado crecían también unas bellísimas campanillas azules.

Si existen cien, mil o cien mil colores distintos es una pregunta puramente científica. En este caso concreto se trataba del mismísimo tono. Algo se movió en el bosque detrás de nosotros, nos volvimos y levantamos la vista. A los dos nos pareció ver a la mujer con el chal sobre los hombros. A mí me pareció que dijo algo, y a ti algo muy distinto. Pero no te niego que yo no podía dejar de pensar en lo deprisa que conducía por el altiplano y tampoco cabe duda de que tú, desde los once años, pensabas en el hecho radicalmente irremediable de que un día

tendremos que abandonar este mundo.

Y habías encontrado el libro. Habías leído algunos párrafos, y yo también. Lo único que nos quedaba eran aquellas dedaleras.

Estábamos tan conmocionados que tuvimos visiones. Éramos frágiles e indefensos; perdimos el equilibrio, quedando totalmente aturridos por unos instantes.

Mañana seguiré camino. Pero no quiero cruzar la montaña otra vez de vuelta a Oslo. Prefiero ir por el valle de Aurlandsdalen hasta Gol. Además, he pensado en la posibilidad de pasar por Bergen para verte.

¿Puedo?

Podría coger un trasbordador y cruzar el fiordo desde Lavik a Oppedal. Si cuadra con los horarios del barco, a lo mejor sigo el fiordo hasta Rutledal, para luego pasar a Solund. Tengo que volver allí. Pero claro, tú no podrás acompañarme. Reunirte conmigo en Rutledal, quiero decir. Si pudieses, lo mejor sería que cogieras un autobús hasta Oppedal, porque sería poco práctico ir en dos coches. Como una última aventura, o «escapada», como tú lo llamas. Tenemos mucho de lo que hablar. Me hubiera encantado dar una vuelta contigo por esas islas del este. Me refiero a la carretera hasta Kolrov. Podríamos entrar en la tienda de Eide en el muelle y comprar un helado, exactamente como en los viejos tiempos. Pero entiendo que te resulte difícil escaparte. ¡Dale recuerdos míos, por cierto!

Por si acaso, he reservado una habitación en el Hotel Norge a partir de mañana. Soy el último huésped de la temporada antes de que el hotel cierre para el invierno. Ya han empezado a hacer las maletas y a tapar los muebles con mantas y sábanas.

Yo podría llegar a Bergen mañana por la tarde. Entonces tal vez pudiéramos dar un paseo en coche el domingo, si te lo permiten en casa, claro.

Sería bonito volver a ver las mismas bahías y rocas. Además, en esta época la isla estará rebosante de brezo en flor. Fue justo en esta época del año cuando estuvimos allí. Tienes razón. Casi todas las noches nos íbamos hasta la punta del cabo para ver el sol ponerse en el mar al oeste.

Me parece que ése es el tipo de paisaje en el que encajamos ahora.

Tal vez. Pero un día nuestras almas se levantarán sobre un horizonte muy distinto y más sublime. Creo en eso.

¿Puedo entonces ir a Bergen?

¡Vente!

¿Lo dices en serio?

Sí, Steinn. Ojalá estuvieras ya aquí. ¡Vente!

No tengo por qué ocultar que te he querido durante todos estos años. Cada día he pensado en ti y en cierta manera he estado en permanente diálogo contigo. En ese sentido se puede decir que he convivido contigo a pesar de todo. Es extraño. Ha sido una convivencia extraña. Pero te agradezco también estos últimos treinta años.

Ya te dije que tengo la sensación de haber vivido como una bígama. Yo también te he sentido siempre cerca. Además, esa hipersensibilidad mía me hacía darme cuenta de que pensabas en mí.

Pero tú.

Seguimos borrando. Ahora ya sólo estamos tú y yo.

¿No hemos sido ante todo dos almas que se han pertenecido la una a la otra? Entrelazadas, quiero decir, como dos fotones inseparables que se pertenecen y se perciben recíprocamente a muchos años luz.

Me pregunto si no resulta más fácil notar la diferencia entre el cuerpo y el alma a nuestra edad que cuando se es muy joven.

Tendremos que hablar largo y tendido sobre eso. Un día de estos iremos a Solund, ¿verdad? He bebido vino y me voy a acostar. He conducido cuatrocientos kilómetros y tal vez me duerma inmediatamente. ¡Pero el sueño es un estado imprevisible! No puedo asegurarte que no te implique durante la noche. El género de sueños cósmicos ya está cubierto, de manera que puede que esta noche tenga unos sueños completamente cotidianos. Podría llevarte conmigo a un tranquilo paseo alrededor del lago Sognsvann. ¡En sentido contrario a las agujas del reloj!

¡Buenas noches!

## IX

¡Buenos días!

Le he dicho a Niels Petter que estás camino de Bergen. Ya está hecho, y siento un gran alivio. Ahora me voy a dar un largo paseo y estaré fuera el resto del día. Tengo mucho en que pensar. ¡Nos veremos! ¡Si no antes, al menos mañana!

Te enviaré un correo en cuanto me conecte desde el hotel en algún momento de la tarde o de la noche, y ya quedaremos entonces. Que pases un buen día. ¡Y feliz paseo! Bajaré a desayunar temprano antes de meterme otra vez en el coche. Anoche tenía todo el comedor para mí solo. Era un poco triste, así que pedí una garrafa grande de vino; puede parecer mucho, pero también tenía que beber tus copas. Me imaginaba que estabas sentada al otro lado de la mesa, y alternaba entre verte como eres hoy y como eras hace muchos años. ¡No hay mucha diferencia!

\* \* \*

Hola de nuevo. Por fin estoy en Bergen tras un largo viaje en coche; me encuentro en la habitación del hotel mirando el lago Lille Lungegardsvann y Ulriken. Las luces de fuera son cada vez más nítidas, es de noche, y por primera vez este verano tengo sensación de cambio de estación.

Presencé un terrible accidente de tráfico justo al sur del fiordo de Sogn que me dejó temblando. Ahora voy a vaciar el minibar y a echar una ojeada al periódico antes de acostarme. ¿Te parece bien que preguntes por mí en la recepción sobre las nueve? Y luego si quieres podríamos ir en mi coche hasta Rutledal y allí coger el trasbordador hasta Solund.

Me hace mucha ilusión saber que voy a volver a verte, y que podré abrazarte.

\* \* \*

Ya he desayunado y he estado un rato dando vueltas por la recepción. Son las nueve y cuarto. Aunque no has respondido a mis últimos correos, supongo que los has leído y que estás de camino. Si no, me llamarás, ¿no? Estoy en la habitación, constantemente *online*.

\* \* \*

Son las doce y aún no has dado señales de vida. He intentado llamarte al móvil, pero lleva toda la mañana apagado. De todos modos esperaré unas horas antes de llamarte. Steinn.

Steinn:

Has metido en el ordenador el lápiz de memoria que Solrun llevaba colgado del cuello cuando ocurrió. Sólo he leído lo necesario para comprender que se trata de una larga correspondencia entre vosotros. Estas huellas electrónicas te pertenecen sólo a ti. No creo que haya copias en ninguna parte, porque ella iba borrando todo de su ordenador. He incluido en este mismo lápiz mi último saludo para ti, también he grabado los últimos correos que le enviaste en el transcurso de estas terribles veinticuatro horas.

No sé si debo referirme a nuestro último encuentro como agradable, creo que mejor no. Tampoco quiero resumir diciendo que fue un funeral digno. Opté por mantenerte en el anonimato, y aunque intercambiamos unas palabras cuando el cortejo fúnebre pasó por Lille Lungegårdsvann no quería que Ingrid y Jonas supieran quién eras, ni tampoco nadie más. Esperaba que tuvieras el suficiente sentido común –o mejor dicho, respeto– como para al menos no acudir al acto conmemorativo posterior. Un funeral es en cierto modo un acto público, pero el acto conmemorativo es privado, familiar, algo que pertenece a lo que yo llamaría el círculo íntimo. Pero dijiste que acompañarías a Solrun hasta que se hubiese dicho la última palabra. Y no tuve más remedio que permitírtelo y presentarte como un viejo compañero de carrera de Solrun. Llámalo doble moral burguesa o lo que quieras, pero uno no está entrenado para situaciones como ésa. Uno no ensaya para convertirse en viudo.

Aun arriesgándome a parecer mezquino añadiré: hacia el final del acto conmemorativo te pusiste a bromear con Ingrid. Estabas en tu salsa, te sentías muy inspirado. No sólo te colaste en el acto sin ser invitado, también querías acaparar la atención, querías público. Lo conseguiste. Me dolió la risa de Ingrid.

Reconozco que Solrun y tú tocaríais algunas cuerdas que ella y yo no compartíamos. Claro que he oído hablar de ti. O de vosotros dos, habría que decir. La pareja estrella de principios de los setenta. Cuando escribo «oído hablar» pretendo que sea irónico. Se habló bastante.

El que te envíe este lápiz y además añada unas palabras puedes considerarlo un acto obligado, me refiero a que es algo que creo que debo a la memoria de Solrun. Me siento como si estuviera administrando una herencia, porque los mensajes que os enviabais no me conciernen. No tengo la más mínima idea de lo que os escribíais. Pero sé que os escribíais, eso sí. Solrun nunca ocultaba nada.

Y he pensado: ¿Qué aspecto tendría hoy el mundo si no os hubierais vuelto a ver aquel día en la Ciudad del Libro? ¿Seguiría ella viva? Tengo el desagradable deber de plantear esta pregunta. Ella ya no puede hacerla. Además, resulta doloroso cargar con una pregunta tan enorme yo solo.

Cuando en compañía de tíos, primos y sobrinos fuimos andando desde la capilla de la Esperanza de Møllendal hasta el acto conmemorativo que tendría lugar en el Hotel Terminus, te prometí que un día me pondría en contacto contigo para contarte con más

detalle lo que sucedió. También pensaba en este lápiz que te pertenecía. ¿No te diste cuenta de que me sentía violento ante mis hijos, por no decir ante toda la familia? ¿Quién eras tú?

El viudo soy yo, ese papel me lo reservo, y te pido que me entiendas cuando digo que a partir de ahora no quiero tener ningún contacto contigo.

La última vez que la vi viva fue aquel sábado. Me pareció especialmente deslumbrante esa mañana antes de despedirnos. Me había dicho que ibas a venir a Bergen. ¿Por eso estaba tan agitada? Intenté no ser mezquino y sugerí que te invitáramos a casa, algo que ella rechazó de plano. Ni hablar, dijo, al parecer era para ahorrarme el disgusto. Creo yo, o al menos creí entonces. Pero hay algo más.

Un día de diciembre hace muchos años, tal vez diez o quince, le regalé a Solrun para el Adviento un bonito chal y una flor de Pascua. Lo recuerdo muy bien, porque la planta y el chal eran del mismo color carmesí. Primero compré la planta y luego vi en un escaparate de Sundt ese chal que era del mismo color que la planta.

Pero Solrun no se lo puso nunca. Se sintió incómoda con él ya en el momento de desenvolverlo. Le pregunté que qué pasaba y creo recordar que me dijo que se sentiría vieja con ese chal. Luego me explicó que le recordaba a algo misterioso que había vivido contigo en una ocasión. Lo menciono sólo porque ella volvió sobre ese tema cuando salíamos de la Ciudad de los Libros en el mes de julio, al pasar por el lago Jølstravatnet. Hice un breve comentario sobre el tiempo, había estado nublado todo el día, por fin empezaba a despejar, y ella se puso de repente a hablar sin parar de ese chal, de la planta y de algo que había sucedido más de treinta años antes, pero no reveló qué era esa cosa «misteriosa». Yo me limité a escucharla sin comentarios. Solrun ya había dicho otras veces cosas así. También de «Steinn». Sugerí que diéramos una vuelta por la casa de verano de Solund para quitarnos de encima algunos recuerdos, por no decir fantasmas, del pasado. Me cogió la mano y respondió que sí, que nos hacía falta.

Bueno, ya estás informado. Esto lo hago sólo por ella, y para que tengas todas las piezas del drama.

Debes entender que no pido ninguna respuesta, sólo cumplo con el deber de cualquier esposo. No hago sino poner orden tras ella.

La misma mañana en que desapareció, y por razones que desconozco, había vuelto a sacar aquel viejo chal. No lo vi hasta que regresamos del hospital y lo encontré sobre su escritorio, todavía pulcramente doblado en el mismo envoltorio en que se lo regalé hace diez o quince años. Pero ¿por qué? ¿Por qué había vuelto a sacarlo?

En el mismo paquete metí también ese lápiz de ordenador que ahora estás leyendo, pues me parecía que tanto el chal como el lápiz te pertenecían más a ti que a nosotros. Tengo el firme propósito de que nada tuyo permanezca en nuestra casa. No quiero que mi hijo Jonas hurgue en lo que Solrun y tú os escribisteis, y no tengo ningún deseo de que mi hija Ingrid herede ese chal. También yo he de intentar seguir viviendo. Después de un fallecimiento hay muchas cosas que arreglar, hay que anular cuentas, dar de baja

suscripciones, en fin, liquidar. Tú también estabas en esa lista.

Yo había dicho que me daría una vuelta por la oficina esa mañana, y ella había dicho que iba a visitar a una amiga. Por una vez dejó claro que no volvería a comer, e insinuó que llegaría tarde. «Muy tarde», dijo.

No me contó de qué amiga se trataba, ni dónde vivía. Por tanto sigue siendo un misterio por qué emprendió viaje hacia el norte, hacia Sogn, esa mañana, jamás había mencionado ninguna amiga que viviera allí, pero, como ya he dicho, había subrayado que estaría fuera todo el día.

¿No habría pensado ir hasta Solund, donde hemos pasado bastantes vacaciones los últimos años? Aunque así hubiera sido ¿por qué no lo dijo? ¿Por qué no cogió el coche y por qué se puso a andar por esa carretera tan transitada?

Fue en la E39 justo al sur de Oppedal, es decir, en el desvío hacia Brekke y Rutledal, donde fue arrollada. El conductor del autobús ha confirmado que ella se subió en Bergen, y se fijó en que se bajó en Instefjord, que es una especie de tierra de nadie. Cuando ese mismo autobús volvía de Oppedal, ella seguía aún allí parada.

A veces Solrun era algo imprevisible. Pero esas cosas ya no tienen ninguna importancia. Supongo que no era a ti a quien estaba esperando. ¿Tú no viniste en tren?

Fue arrollada por un gran camión con remolque unos kilómetros al sur del fiordo de Sogn. Era un tramo limitado a la velocidad máxima, a 80, pero el tráiler bajaba la larga cuesta hacia Instefjord a casi el doble de velocidad, había poca visibilidad y al conductor, un hombre joven que intentaba llegar a tiempo para coger un traspaldador en Oppedal, le espera un juicio y, ojalá una larga estancia en la cárcel.

También él tuvo la desfachatez de acudir al funeral. Pero al menos tuvo la decencia suficiente como para no ir al acto conmemorativo. Si lo hubiera hecho, lo habría echado, claro. Habría llamado a la policía.

Aquel sábado cuando me llamaron del Hospital Haukeland estaba trabajando en mi oficina. Me comunicaron lo sucedido y dijeron que Solrun había sido recogida en un helicóptero ambulancia y que su estado era crítico. Salí disparado y llamé a Ingrid y a Jonas desde el taxi. Dispongo de unos minutos a solas con ella antes de que lleguen nuestros hijos. Está muy mal, pero de repente abre los ojos y con una mirada totalmente despejada dice: ¿Y si me equivoqué? ¡Tal vez Steinn tenía razón!

No sólo los niños y los borrachos dicen la verdad. También de los moribundos pueden salir palabras muy meditadas.

Tal vez tú tenías *razón*, Steinn. Qué bien suena, ¿verdad?

Por un sentimiento de deber hacia Solrun te transmito su último saludo. ¿O debería mejor decir «frase teatral»? No tengo ni idea de lo que hablaba, pero tú quizá sí. Ahora

bien, reconozco que hay algo que me inquieta, es decir, tengo una sospecha.

Resumiendo, no puedo sino pensar que ese reencuentro que tuvisteis en el viejo hotel fue realmente fatal. Ella no volvió a ser la misma.

Sé, y quizá tú también lo sepas, que Solrun era una persona profundamente religiosa. Toda su existencia estuvo fuertemente marcada por su fe en una vida después de ésta. No sé si debo pensar que tú eres más bien racionalista. Al menos eres, en calidad de investigador del clima, un científico. Me atrevo a pensar que Solrun y tú erais muy distintos en cuanto a vuestra visión de la vida.

No obstante, me he preguntado si lo mejor no habría sido dejar a Solrun tener sus ideas en paz. Ella era una luz, una llamarada, y había en su naturaleza algo clarividente.

*¡Tal vez Steinn tenía razón!*

Me miró con pánico. Vi en su mirada un inmenso dolor, una fuerte rebelión y una desesperación insoportable. Entonces desapareció de nuevo, antes de volver por última vez. Entonces sólo me miró, vacía y desamparada. No quedaba nada más por decir. Tal vez le quedaran aún fuerzas para despedirse, pero no lo hizo.

Había perdido la fe, Steinn. Se había quedado hueca. Estaba desierta y vacía.

¿Qué quiso decir con que eras tú el que tenía razón? ¿Es eso algo tan importante? ¿Tener razón? ¿Por no decir tener la capacidad o la voluntad de sembrar una duda atormentadora en la fe de otras personas? No, no, ya he dicho que no quiero ninguna respuesta tuya, se han acabado ya las conmemoraciones.

No sé por qué, pero se me ha ocurrido pensar que entraste en la vida de Solrun y mía como uno de esos malhumorados personajes de los dramas de Ibsen que resurgen del pasado. Como un hombre del mar<sup>2</sup>, por así decirlo. ¿O apareciste más bien como un Gregers Werle? En ese caso, asumo gustosamente el papel de Relling. Estoy sentado en la dorada habitación de Solrun, en la buhardilla, contemplando la ciudad.

Solrun dijo algo de que tal vez iría uno de estos días a Solund para despedirse del mar antes de que llegara el invierno. No era propio de ella planificar ese tipo de excursiones sola. ¿Acaso ibais a despediros del mar los dos? Vosotros dos, que os largasteis a la montaña tan repentinamente aquel día de julio.

No sé muy bien por qué pregunto, porque no quiero ninguna respuesta, y tampoco significa ya nada.

¡Viniste a Bergen, chico! Pero era demasiado tarde. Luego llamaste a casa por la tarde cuando todo había terminado. Acabábamos de volver del hospital. Fue Ingrid la que cogió el teléfono. Pero ella sólo dijo que no sabía quién eras y que no quería hablar contigo. Yo tampoco. El que se puso al final y te informó fue Jonas. Le dejé hacerlo.

¿Qué hiciste a continuación? ¿Te quedaste en Bergen hasta el funeral? ¿O te fuiste a ver el mar?

Las preguntas son retóricas.

A partir de ahora rechazaré todo contacto contigo, y espero que respetes esta decisión. Durante mucho tiempo mis hijos y yo tendremos de sobra con protegernos los unos a los otros.

La casa se ha quedado muy vacía sin ella. También a este lado de las montañas había alguien que la quería. Aunque he asumido el papel de Relling, no pensaré nunca en Solrun como en una persona vulgar.

Eso es todo,

Niels Petter

## Notas

<sup>1</sup> Niels Henrik Abel (1802-1829), insigne matemático noruego. (*N. de las T.*)

<sup>2</sup> El autor alude a la obra de Ibsen *La dama del mar*. Gregers Werle y Relling son personajes de otra obra de Ibsen, *El pato salvaje*. (*N. de las T.*)

## Créditos

Título original: *Slottet i Pyreneene*

Edición en formato digital: noviembre de 2012

© W. Aschehoug & Co. (W. Nygaard) AS, Oslo, Norway, 2008

© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15723-75-2

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portada	2
Portadilla	3
EL CASTILLO DE LOS PIRINEOS	5
I	7
II	22
III	32
IV	45
V	49
VI	60
VII	72
VIII	98
IX	102
Notas	108
Créditos	109